



CONCURSO GANDALF 2015

1° Lugar

La Cazadora y el Sabio

Autor: Tempestad

Ankatu era pálido y tenía los cabellos oscuros.

Kura era alta y tenía brazos fuertes.

Ankatu era ágil y gustaba de pasar sus horas arriba de los árboles, con los pies muy lejos de la tierra.

Kura era sólida y suave como una piedra de río.

Ankatu a menudo pensaba en voz alta, perdido en sus reflexiones.

Kura era silenciosa y mortal.

La sonrisa de Ankatu era difícil, pero sincera.

Los ojos de Kura nunca revelaban sus intenciones, por eso era tan buena cazadora.

Ankatu había sido elegido por el consejo de ancianos en la plenitud de su vida gracias a su sabiduría e insaciable sed de conocimiento.

Kura podía oler la lluvia cuando las nubes aún no bajaban de las montañas.

Kura sabía que su destino era alimentar a las gentes de su pueblo, y este designio de los dioses no era una carga para ella. Sin embargo cuando llegaba el invierno y las presas escaseaban, se encontraba así misma sin un propósito para levantarse en la mañana. La inactividad la hacía ponerse pálida y se echaba junto al fuego bajo todas las mantas que podía encontrar, rendida ante el hielo implacable.

Durante los largos días de verano que el Consejo pasaba tranquilamente a la sombra de los árboles, el calor dejaba a Ankatu aturdido y malhumorado, así que se encontraba cualquier lugar fresco y oscuro donde dormir todo el día y salía solo en las noches. Dedicaba parte importante de su vida nocturna a maldecir al Cielo y su Sol por mortificarlo con su luz cegadora, y a rezongar entre dientes por el calor, tres veces maldito, que no lo dejaba pensar claramente.

Ankatu conoció a Kura cuando el Consejo visitó la aldea para la fiesta anual de la cosecha.

Kura supo en ese momento que cada criatura que cazara de ahí en adelante, sería un tributo al espíritu viejo del joven anciano.

Ankatu amó su corazón inquieto, quiso descifrar su mirada inescrutable que no siempre se condecía con la sonrisa de sus labios y se sintió embriagado por las ansias de conocer a una criatura tan diferente de sí mismo, con la misma curiosidad que lo había llevado a ser el hombre más instruido de las cuatro aldeas cuando su barba aún era completamente negra.

Durante el ciclo lunar que él pasó en el poblado, se celebraron muchas fiestas pero también muchas reuniones importantes para las gentes de los poblados de la región. Mientras tanto, Kura debía presidir las últimas partidas de caza del año, curar las pieles y ahumar las carnes. A media tarde, cuando las personas dormían, Ankatu le enseñaba palabras extranjeras a la cazadora, y ella le mostraba cómo

disponer las trampas para no dañar la piel de los animales. Al atardecer, ella volvía a salir y él volvía al Consejo y durante la noche, pasaban horas haciéndose preguntas y contándose historias.

Al finalizar las celebraciones, los sabios decidieron que gracias a la productiva caza de las partidas de Kura, la aldea era lo suficientemente próspera para alimentar a cuatro ancianos más durante el invierno. Pasó la estación y el Consejo partió cuando comenzó a derretirse la nieve. Kura le hizo prometer a Ankatu que volvería al año siguiente con el Consejo y esta vez él no tuvo que inventar una excusa para prescindir de la compañía de otras personas, pues se sentía cómodo y feliz en presencia de la cazadora.

Durante los otoños de los siguientes tres ciclos solares, Ankatu celebró, asistió a importantes reuniones con los jefes de las tribus y aprendió de las costumbres de los animales y del cielo. Durante esta época, también se escuchaban sus maldiciones desde lejos cada vez que Kura lo encontraba tallando madera sobre la rama baja de algún árbol y jalaba sus pies con fuerza haciéndolo aterrizar con cualquier parte de su cuerpo excepto los pies. Fue así como él aprendió a caer y a nadar.

A él le gustaba provocarla arrojándole guijarros mientras acechaba a los pudúes y luego corría más rápido que un zorro, por lo que Kura nunca podía alcanzarlo y golpeaba furiosa los árboles, que dejaban caer una lluvia de hojas secas sobre su cabello desteñido por el sol. Ankatu tenía el cuidado de no volver demasiado pronto, pues la ira de Kura era terrible, aunque breve.

Aunque todos se preguntaban cuándo Kura elegiría a alguno de sus pretendientes, ella no parecía tener prisa en desposarse. Se decía que el día que no pudiera salir a cazar por alimentar a sus propios cachorros, la aldea tendría que aprender a comer nada más que piñones e higos secos.

Ankatu tenía cosas más importantes en las que pensar que en un grupo de chiquillas acechándolo mientras se reunía con el resto del Consejo.

Una tarde, hacia finales del cuarto verano después del primer encuentro, los ancianos ya se preparaban para partir a la acostumbrada visita otoñal al que ahora era un pequeño pueblo, más grande y próspero que sus tres aldeas hermanas. Ankatu había despertado cuando aún no se ponía el sol y había querido aprovechar las horas de luz que le quedaban para tallar algo que llevarle a Kura de regalo.

Caminaba el joven Anciano siguiendo la riera de un estero que cruzaba el bosque, cuando se detuvo a beber; se arrodilló a la orilla del agua y sumergió sus manos en la corriente fría. Bebió con avidez, porque de pronto se dio cuenta de que estaba terriblemente sediento. De repente el cuenco de sus manos no fue suficiente y hundió su cara en las aguas bajas del suave caudal. Cuando se irguió de nuevo, sintió un raro sabor metálico en la boca; el agua no había aplacado por completo su sed, pues de pronto se había vuelto turbia. Primero pensó que en su entusiasmo simplemente había agitado la tierra del fondo y había bebido algo de ella, pero cuando se llevó las manos al cabello para secarlas, estas goteaban sangre que a su vez parecía brotar de su cara. Asustado, se tocó la frente y las mejillas buscando la herida misteriosa, pero todo parecía estar en orden. Todo excepto el arroyo. Lo que había sido agua fresca y cristalina ahora era una sustancia roja y viscosa que corría entre piedras negras que apestaban a muerte y putrefacción. El pensamiento de haber bebido de esa agua junto con el olor nauseabundo que despedía fue demasiado para su estómago y cayó sobre sus rodillas azotado por las violentas convulsiones de su cuerpo que se negaba a aceptar el macabro alimento.

Mientras Ankatu intentaba recuperar el aliento con la cabeza aún hundida entre los hombros, oyó un gruñido. Un puma negro como el carbón lo miraba desde la otra orilla del estero terrible, que había aumentado su caudal y ahora arrastraba frenéticamente las suaves piedras redondas de la orilla. Sus ojos como zafiros, el único trazo de azul dentro de ese mundo negro y escarlata que de pronto se lo había tragado, lo miraban fijamente. El puma mostró los dientes y gritó, con un sonido que no era un chillido ni un trueno, pero estaba a medio camino entre ambos. Ankatu gritó mientras el animal se abalanzaba contra él saltando por sobre el río, mientras el sonido de las piedras arrastradas por el caudal de sangre llenaba sus oídos con notas secas y claras como lamento de espíritus.

Mientras tanto Kura, sabiendo que se acercaba el momento de reencontrarse nuevamente con su compañero, se había propuesto tener la aldea mejor abastecida que nunca. Las mujeres se afanaban de sol a sol ahumando piernas de cerdo del porte de niños y curtiendo bellas pieles de gatos salvajes. Durante el plenilunio anterior a la llegada de los ancianos, que siempre lo hacían con la luna nueva, Kura dejó la aldea arguyendo que durante las partidas había avistado un espléndido puma, que quería cazar sola, y se marchó llevando consigo provisiones para varias jornadas.

Le llevó tres días solo encontrar el rastro del animal. Era un macho solitario en la plenitud de su vida que tenía un territorio vasto donde abundaban las presas, por lo que no se alejaba demasiado para cazar. Tenía zarpas tan grandes que podrían haber cubierto —y arrancado— completamente la cara de Kura de un arañazo; una piel hermosa, sin cicatrices visible de la que se podría hacer una capa de guerra, y dientes y garras tan afilados que podrían enterrarse en su carne tan fácilmente como una brasa en la nieve. Eso era lo que Kura quería: las garras del porte de su pulgar y los colmillos mortíferos harían un collar de compromiso tan espléndido que Ankatu no podría negarse. Sabía que aún si él no había pensado así en ella, el regalo le abriría los ojos. Era una mujer fuerte que podría tener muchos hijos y adorarlo como ya lo hacía, solo que no tendría que ocultarlo tras risas y juegos. Ankatu era solitario por naturaleza, pero si la había aceptado de esa manera en su corazón, Kura estaba segura de que la aceptaría como esposa.

Con este pensamiento como poderosa motivación, Kura observó paciente al puma ir y venir durante cuatro días más y se dedicó a conocer sus sitios habituales de caza y los senderos que ocupaba regularmente. Aún faltaban siete u ocho días para que Ankatu llegara a la aldea, y ella estaba decidida a que su plan resultara al primer intento. Decidió que el quinto día de acecho sería el elegido para atacar a su presa. Se posicionó a la orilla del arroyo donde el animal volvía a beber cada mañana asiendo la red que había tejido ella misma, tan resistente como era posible, y las mejores flechas que se hacían en toda la región. Luego de un rato, tal como lo había previsto, el animal llegó a saciar su sed. Al levantar la cabeza, su mirada se dirigió exactamente al lugar donde Kura lo acechaba. Los ojos de ambos se encontraron entre el follaje y ella sintió el peso del magnífico espécimen: todo el poder de un maestro depredador cayó sobre ella y por un segundo el terror se apoderó de la cazadora. El puma percibió su titubeo y mostró los dientes, pero Kura llevaba muchos años controlando su miedo a base de disciplina y se recuperó fácilmente. Si no actuaba rápido, lo perdería y no alcanzaría a recibir a Ankatu con su regalo: era ahora o nunca.

El puma saltó, las negras garras desenfundadas, con la ventaja de cuatro patas de tracción y veinte kilos extra de puro músculo y dientes. Eran depredador contra depredador, ambos cazadores y presa al mismo tiempo. Kura salió de su escondite con un grito de guerra, y toda la fuerza de sus músculos cuidadosamente entrenados se concentró en lanzar la pesada red, pero un segundo demasiado tarde. La red alcanzó su presa en un lanzamiento perfecto, pero el animal cayó sobre Kura, apresando su hombro izquierdo entre las poderosas fauces, mas la voluntad de la cazadora no claudicó y con un solo movimiento certero, enterró su cuchillo entre las costillas de la bestia, directo al corazón. Con un último estertor, el animal dio un zarpazo débil directo a su mejilla, que se abrió como la última flor de la primavera mientras la sangre caliente de la bestia caía a borbotones sobre su vientre.

Ankatu despertó entrada la noche, sucio de su propio vómito, aterrado y desorientado, con un peso en el pecho que no tenía nada que ver con el terrible dolor abdominal que le habían causado las contracciones de su estómago. Respiró despacio tratando de sosegar su imaginación y tomó conciencia del lugar donde estaba utilizando todos sus sentidos, tal como le había enseñado Kura... Kura. El peso en su pecho se convertía en una punzada de dolor ante la presencia de su nombre.

Se encontraba efectivamente en el último lugar reconocible que recordaba, junto al pequeño estero de agua fresca que oía inmediatamente frente a sí; olía la tierra húmeda cubierta de una delgada alfombra de hojas secas bajo sus piernas; veía el resplandor de la luna llena entre las copas, alta, por lo que debía ser cerca de medianoche y sentía en su cuerpo otros dolores que no eran como los dos anteriores. Su mejilla derecha lo quemaba y su hombro izquierdo estaba amoratado y resentido. Una vez que se hubo

calmado, caminó de vuelta al poblado donde se alojaban los ancianos tan deprisa como podía sin volver a sucumbir a la desesperación.

Los hombres sabios saben cuándo pedir ayuda y a pesar de todo su conocimiento, Ankatu sabía que este era territorio de los espíritus y no de los hombres, así que fue a ver a la anciana más vieja de todos los sabios, la sabia mujer cuya conexión con el otro mundo era tan profunda que se decía que no podía morir realmente, pues los dioses le habían dado paso libre entre ambos planos. En consecuencia, la vieja pasaba más tiempo en el otro mundo que en este, pero sintiendo que uno de sus hermanos necesitaba desesperadamente su consejo, volvió a su cuerpo y juntó las hierbas que producirían el humo que le daría respuesta a las preguntas del joven.

—La cazadora ha... ofendido a los espíritus y los dioses le han quitado su bendición... Se alejó del destino que fue trazado para ella; cerró su... comunicación con el mundo espiritual por volver su voluntad hacia motivos... egoístas y asesinó al príncipe del bosque que le había otorgado refugio en su vasto territorio —parecía que sus ojos ciegos buscaban las palabras que ya había olvidado en el idioma de los hombres—... Sus heridas no volverán a sanar bien, solo encontrará presas viejas o enfermas que cazar y... perderá el rumbo si da aunque sea un paso en falso camino a casa.

—Imposible —respondió Ankatu—. Ella jamás haría una cosa así, Nuke; Kura respeta y venera a los espíritus. ¡Mira bien!

—Es todo lo que me han dicho los espíritus, pero... podrías descubrir un poco más por tu cuenta, si es lo que deseas. Aunque... deberías tener cuidado en tus próximas incursiones. Es un mundo que... no está hecho para los... no iniciados.

—No entiendo, Nuke, dime qué debo hacer y lo haré —Ankatu temblaba en oleadas de terror y aunque su mente estaba clara, su cuerpo parecía no haber superado los recuerdos de la visión.

—Tu alma, niño... siento que parte de ella no está completamente en este plano. Al no ser un iniciado en El Viaje, ha quedado... retenida por un tiempo... solo hasta que encuentre el camino de vuelta, por supuesto—La actitud parsimoniosa y etérea de la vieja, que antes había sido objeto de admiración para Ankatu, ahora era la fuente de una profunda desesperación—. Sucede... a veces durante el entrenamiento de los estudiosos, pero... no debes temer. El vínculo en un joven como tú es fuerte y resistente... Ya pasará.

Kura calculó que aún estaba a dos días de distancia de la aldea si no se detenía, y sin dar las gracias por la caza, comenzó su camino de vuelta. Conocía cada metro de ese bosque por los días que lo había estado recorriendo. Los cortes en su cara ardían furiosamente, mandando un pulso constante y doloroso hasta el punto más alto de su cráneo y hasta la base del cuello, además había perdido la mayor parte de la sensibilidad de la mano izquierda. Apenas quedaban dos raciones de sus provisiones que no podía comer, pues cada ligero movimiento que hiciera su mandíbula, incluso el respirar, significaba agonía. La primera noche la pasó entre sueños febriles de pumas fantasmas y ojos azules, y despertó bañada en un sudor frío, con el ojo derecho tan hinchado que apenas podía abrirlo. Algo en su interior gritaba que algo no estaba bien, había un sentimiento de culpa enterrado en lo más profundo de su pecho, una disculpa que se le escapaba con cada suspiro, pero no se detuvo a pensar. Ni a descansar. Ni a beber. Estaba tan cerca.

Tan cerca.

Ankatu llegó a la aldea cinco días antes que el resto del Consejo, su cuerpo nuevamente en absoluto control, mas por momentos le parecía escuchar nuevamente el sonido de las piedras arrastradas por el caudal de sangre, ver los troncos negros, o un destello azul justo en el límite de su campo de visión. Sin siquiera saludar al jefe de la tribu, se adentró en el bosque haciendo grandes esfuerzos por controlar su

mente, asimilando que cualquier cosa de este plano que lo pillara desprevenido podía hacerle más daño que las imágenes de su mente.

Hacia la mitad de la jornada, Kura encontró el sendero que llegaba a la aldea. Ya podía escuchar a lo lejos hachas cortando madera y el ladrido de los perros, pero también se sentía observada. El recuerdo del cadáver del puma pudriéndose a la orilla del estero la incomodaba. Debería haberlo dejado en un claro para los cóndores y no junto al agua fresca que se contaminaría con la putrefacción, pero ya no importaba, y a pesar de sentir ojos posados constantemente sobre su nuca, no miró atrás, no buscó un escondite y sobre todo, no aminoró el paso.

Algo más profundo que su vago sentido de la orientación estaba guiando a Ankatu. Oía el miedo y el frenesí de Kura, oía sangre vieja y enferma que sabía que era suya y más rápido avanzaba entre las ramas de los árboles y los helechos a través del sendero que se adentraba en el bosque.

“No”, pensaba Kura “No me alcanzarás” y corría y tropezaba, pero nunca caía ni miraba atrás. De haberlo hecho, habría visto apenas una sombra, una ráfaga de humo negro a pasos de su espalda, un suspiro de los árboles.

Ankatu vio a la bestia primero. La sonrisa torcida, los colmillos chorreaban brea humeante; pura furia en forma de animal sobrenatural rodeada de árboles carbonizados. Al siguiente parpadeo, Kura corría directo hacia él a lo lejos, a menos de 3 pasos de donde había estado el animal hace un momento.

—¡DÉJALA! ¡NO ES TUYA, DÉJALA!—gritaba Ankatu y corría pendiente arriba, hacia Kura, que llevaba los pies más ligeros que el viento, los ojos (el ojo que aún se veía) desorbitados, cada célula de su musculatura tensada al máximo.

Ankatu abrió los brazos al tiempo que los labios de ella articulaban su nombre y la bestia se lanzaba a la carga para dar el golpe mortal. Ankatu, preparado para sentir el peso de una montaña solo sintió los brazos de Kura a su alrededor y el mundo completo quedó en silencio. No más sonido de piedras que rodaban, no más chillidos atronadores, ni siquiera la brisa entre las hojas secas, nada. Kura, un peso muerto; la mitad de su cara chorreaba sangre negra; la herida en el hombro hedía. Ankatu se arrodilló sujetando su cabeza y acarició su cabello castaño. Ella abrió un milímetro los ojos y dibujó una sonrisa vaga que se perdió en una mueca de agonía. Ankatu tomó su mano viendo cómo la vida escapaba de ella tan, tan rápido. Kura lo asió con fuerza y él sintió el pinchazo de varias espinas en su palma. Las lágrimas corrieron libremente por sus mejillas cuando se dio cuenta de lo que ella aferraba en sus manos.

—Oh, Kura, estarás bien. Tendrás hijos osados e hijas aguerridas como tú. No te preocupes estarás bien.

Kura intentó decir algo, pero se atragantó con su propia sangre que corría de su boca a su pelo y goteaba en las rodillas de Ankatu.

—No te preocupes, yo lo haré —dijo Ankatu con la voz quebrada—. Solo respira y dime el nombre de quien has elegido y le daré el collar... No tienes que preocuparte de nada, solo de sanar. Sólo... recupérate —Ankatu pegó su frente a la de Kura sollozando como un niño—. Cuando despiertes él estará a tu lado... y todo esto no será más que un mal recuerdo, y yo estaré ahí para acompañarte siempre, no me volveré a separar de ti cuando termine el otoño, y él te amará para siempre, para siempre...

Kura abandonó definitivamente el plano real mientras él lloraba por los hijos que ella nunca tendría, sin la más remota idea de que la última voluntad de vivir la había abandonado en el momento en que se dio cuenta de que Ankatu jamás la amaría como ella a él.

2° Lugar

La venganza de la bruja

Autor: Skorukh Vex Orit

“Y finalmente, cuando los colosales hombres de piedra fueron encerrados en el centro de la tierra, Ul’iviac-ciac, el dragón guardián, borró sus recuerdos y les encomendó una labor que no terminarían jamás en la fragua infernal, así, los tres hermanos quedarían prisioneros en su madriguera soterrada hasta el fin de los tiempos.

Cuando el equilibrio del mundo fue restablecido, la alianza entre el Rey de Elichmorf y el dragón finalizó, posteriormente la maravillosa bestia se marchó y nadie más la volvió a ver”

—¡Pero padre, como iba a terminar ahí el cuento! —Atemus, se puso de pie enérgicamente sobre la cama con los brazos rígidos pegados al cuerpo y una mueca de pocos amigos en el rostro en señal de protesta—. ¿Dónde se fue Ul’iviac-ciac?, ¿Qué pasó con el rey?. ¡Tienes que contarme! —Sus ojos grandes miraban con enfado al atónito padre que aquella jornada ya no tenía más que decir.

—Hijito tranquilo, por favor —respondió Oleck, tratando de calmar el berrinche del niño—. Debes entender que esto es historia, no un cuento. Además, tu abuelo, el gran rey Armin’Mus Rham, nunca nos quiso contar donde estaba la madriguera del dragón ni cómo llamarlo. Volvería a nuestras tierras cuando fuera necesario, eso fue todo lo que nos dijo.

—Creo que me estás engañando —el niño se sentó resignado en la cama, mientras abrazaba a su compañero de siestas, un burdo oso de tela relleno con paja que por ojos tenía un par de botones grises—. Nadie ha visto un dragón —prosiguió—, ¿y qué tal si el abuelo mintió para que te portaras bien?

Los cuestionamientos eran sorprendentes para un chico de tan corta edad, lo que demostraba una agudeza mental notable si se le comparaba con sus coetáneos. Mientras la mayoría de los niños, a los siete años soñaban convertirse en héroes y disfrutaban enajenados de las narraciones épicas que cantaban los juglares sobre la guerra de los gigantes, Atemus ya estudiaba estrategias de guerra y se interesaba en cómo funcionaba la economía con la certeza de que algún día él cuidaría el reino.

—Atemus. —Oleck abrazó tiernamente a su hijo y lo envolvió con una frazada—. Todo este relato, es cierto. Te lo cuento porque algún día serás rey y debes saber que siempre te acechará el mal, así como también habrá fuerzas que te ayudarán a combatirlo. ¿Lo has entendido?

—Lo entiendo su alteza —a pesar que el chico había asentido, Oleck podía ver el escepticismo en su rostro.

—Si no me crees, algún día podrás buscar a los aliados de mi padre, yo no los he visto, pero se dice que aún habitan al interior de Aeleck’jo, el gran árbol que reina al centro del bosque azul.

—¿Entonces por qué tú no los has buscado?

—Porque yo confío en la palabra de mi padre, y a diferencia de ti, sé que estarán allí. Tú eres el incrédulo.

—Pero si esos magos vivieron con el abuelo no puede ser posible, tienen que ser sólo cuentos.

—Sin embargo es cierto Jovencito iluso. Por esta noche, ya he cumplido con el deber de hablarte sobre los poderes antiguos y te aseguro que cuando seas mayor, te acordarás de mi y me lo agradecerás. Ahora, mi buen príncipe, le deseo buenas noches. Oleck, puso al chico en su cama y luego apagó las velas del candelabro para caminar hacia sus aposentos.

El príncipe, creció oyendo sin cuidado los relatos sobre el bien y el mal, sobre el modo en que debía proteger a su pueblo y, a medida que se hacía mayor sus deseos de convertirse en el rey que estaba destinado a ser, crecían también porque todo lo que el chico soñaba era ser el rey.

Los años pasaron rápido y cambiaron drásticamente al príncipe Atemus en cuerpo y alma, su rostro infantil se tornó al de un hombre severo, de facciones duras y su cuerpo se hizo alto e imponente, de aquel niño solo quedaron sus dulces ojos color miel. En cambio el tiempo no parecía avanzar del mismo modo para su padre, el justo rey Oleck Rham, quien tuvo una vida extraordinariamente longeva y que

sería recordado como el hombre que reinó por más tiempo Elichmorf. Cada año que el bondadoso viejo cumplía sano y salvo, se volvía un castigo para el príncipe Atemus.

—¿Acaso moriré siendo príncipe? ¿cuándo terminará la condena que no me permite llevar la corona?
—solía discutir en voz alta consigo mismo, mientras maldecía al anacrónico viejo que se sentaba en el trono.

Las ansias de poder del joven comenzaron a sobrepasarlo poco a poco cada día que envejecía sin convertirse en el regente, hasta el punto en que pensó el mismo poner fin al reinado de su padre, de un modo vil y traicionero. Afortunadamente, de un día para otro, como si Oleck presintiera las oscuras intenciones de su hijo, abandonó su lugar en el trono y el mundo de los vivos sin previo aviso. Atemus ni siquiera se molestó en fingir tristeza frente a la corte el día que su padre finalmente murió.

A pesar de todas las recomendaciones de los consejeros de su padre y del peso del honor que caía sobre su línea familiar, el nuevo Rey solo quería tomar el mando y expandir su imperio, con despotismo de ser necesario. En apariencia, nada podía aplacar su feroz ambición y apetito de poder. Sin embargo, un punto débil se le conocía al astuto rey Atemus —y los consejeros tratarían de explotarlo—. Desde que era joven, el nuevo regente había estado perdido de amor por la bella Sibia, líder de las sacerdotisas del dios árbol, Aeleck'jo. Gracias a la maquinación del consejo, la infortunada mujer ahora pasaría a ser la reina por la razón o la fuerza.

Durante un día se celebraron los funerales del rey Oleck, jornada a la que inmediatamente le siguieron cinco días de fiesta por la boda de Atemus y Sibia.

Tras solo una década bajo el yugo del nuevo gobernante, el próspero país de Elichmorf, perdió sus habitantes alegres y el verde de sus preciosos campos, la ambición del rey —decían— había traído una maldición sobre las cosechas; enfermedad en el ganado y la migración de los peces hacia otras costas. Panaderos, granjeros y pescadores se quedaron sin los ingredientes para alimentar a un país, por lo que robos y asesinatos por comida, se hicieron comunes. De algún modo, la corrupción de Atemus, finalmente se estaba traspasando a su pueblo que ahora cometía todo tipo de bajezas para sobrevivir. El único lugar que conservaba estoicamente su belleza, era el castillo de Rham, al cual Atemus había convertido en una fortaleza inexpugnable para proteger a la reina, quien vivía allí encerrada y custodiada en una torre como si fuera la más preciosa de las joyas del rey. Y es que Atemus jamás se habría arriesgado a perder a su amada Sibia, quien soportaba sus días de claustro sabiendo que sin ella, el rey se convertiría en un tirano mucho peor de lo que era. La mujer representaba los restos de humanidad y nobleza que quedaban en el corazón del último vástago de la familia Rham.

Por años los impuestos habían subido mes a mes, y eran cobrados violentamente por los alguaciles para poder financiar la creación de un ejército formidable. Los planes de Atemus incluían invadir y conquistar nuevas tierras, pero sometían a la población a condiciones insostenibles. La pobreza, hambruna y enfermedades asolaban a la gente, que en su desesperación inició la búsqueda de los míticos hechiceros del rey Armin'Mus Rham. Hechiceros, cuya existencia era considerada un mito por muchos, incluido Atemus el cruel —como comenzaba a llamarlo la gente.

Los rumores sobre milagrosas pócimas que podían revertir los efectos de la peste; sobre campos que estaban floreciendo y de lluvias que repletaban los ríos nuevamente se esparcieron como el polen de las flores con el viento. Algunos pobladores, incluso hablaban de marcharse hacia los alrededores del bosque azul, donde serían protegidos de todo mal —según les habían contado varios comerciantes itinerantes.

El día que los chismes y habladurías llegaron a oídos de los espías del rey, el tirano reaccionó con furia y tomó a los magos por enemigos. Temiendo que el pueblo y los viejos hechiceros del bosque azul se alzarán en su contra en una pugna por el poder, decidió arruinar la reputación de la pareja acusándolos de traición y de usar la magia negra, culpándolos a ellos por la maldición que se cernía sobre Elichmorf.

El juego político en que se aventuró el rey en contra de los magos, no tuvo los resultados favorables que él esperaba, su popularidad seguía bajando y la gente continuó abandonando sus hogares para hacerse

de un lugar en la comunidad del bosque. Las caravanas eran guiadas por el aventurero que encontró el gran árbol del bosque azul, Pitro, un valiente panadero que no descansó hasta dar con los magos Anagrom y Nilrem. Pitro les contó que ocurría con el pueblo y ambos ofrecieron su ayuda sin pensarlo —aunque no daban crédito al hecho de que el villano, fuera un miembro de la familia Rham— y le encomendaron la labor de guiar a todo aquel que necesitara asilo, hasta los límites del bosque azul, donde ellos los protegerían con su magia.

Pitro, se movilizaba durante las noches para poder escabullirse de las autoridades y cruzaba los poblados más grandes de Elichmorf como el portavoz de la esperanza, en su camino recibía la ayuda de todos los pobladores que habían resistido honradamente la crisis sin dejarse caer en el pillaje ni el vandalismo como muchos otros.

Con el correr de los años, Sibia que se las había arreglado para manejar una red de efectivos informantes desde su claustro, se enteró con mucho más detalles que el rey sobre las cosas que ocurrían a su pueblo, y comenzó a soñar con conocer y ayudar a “Pitro el errante”; “Pitro el aventurero”; “Pitro el panadero”. El héroe del pueblo había despertado en ella sentimientos que iban más allá que la simple admiración a pesar de que nunca lo había visto, y gracias a sus aliados logró contactarlo para apoyar con recursos a los protagonistas del éxodo de Elichmorf, e inició un amor que llevaron en secreto. Luego del fracaso de sus artimañas en contra de Anagrom y Nilrem, Atemus decidió cortar el problema de raíz y eliminar a la vieja pareja que daba alivio a los problemas mundanos de la población. El día que el rey y sus soldados partieron hacia el bosque azul, se sentía en el aire el aroma de la rebelión, la gente miraba al noble y su ejército con desprecio, castigando a la reina con la misma actitud a pesar de que ella siempre abogaba por los inocentes —hecho que el pueblo desconocía—. La guerra civil estaba a punto de estallar.

La resistencia férrea que opusieron algunos rebeldes a pesar de los horridos métodos de tortura asustaban aún más al paranoico rey. Pero finalmente uno de los prisioneros rebeló la localización de Aeleck'jo y el ejército marchó al lugar sin demoras, la caravana era encabezada por la pareja real rodeada fuertemente por la guardia de élite. El viaje les tomó cuatro días.

—Por orden de Atemus Rham el grande, Abrid la puerta —ordenó el heraldo del rey cuando llegaron al pie de la robusta puerta que envolvía todo el tronco del árbol. Al instante, un conjunto de poleas y engranajes que colgaban de las ramas más altas, comenzaron a subir la puerta de corteza que abrió el paso hacia la oquedad habitable del gran árbol.

En cuanto ingresaron en la morada de los magos, la pareja real y diez soldados subieron por la escalera de espiral hasta que llegaron a un amplio salón que contaba con un hermoso balcón hecho en una gruesa rama donde la pareja esperaba.

—Su alteza, sea bienvenido —se oyeron las voces de Anagrom y su esposa Nilrem mientras ponían una rodilla en el suelo para saludar al rey.

—Se dice que sois vos junto al criminal Pitro, los culpables de la revuelta que se organiza en las calles —Atemus habló acusándoles de inmediato y sin dar espacio a réplica.

—Su majestad, nosotros jamás haríamos algo en contra de vuestra honorable familia a la que tanto le debemos —se las arregló para interrumpir tímidamente Anagrom.

—¿Me llamáis embustero? —Atemus avanzó bruscamente mientras los viejos aun estaban de rodillas frente a él, y en un movimiento que tomó a toda su comitiva por sorpresa, desenvainó su espada y de un certero y potente tajo, decapitó a Anagrom que en ningún momento alzó puño ni magia para defenderse.

—¡Nooooo! —El grito desgarrador de Nilrem al ver desplomarse el cuerpo inerte de quien había sido su compañero por más de dos siglos, fue sobrecogedor. Al instante se tiró sobre los restos de Anagrom, hundiendo su rostro en el pecho y sin ver hacia arriba —sabiendo que ya no había un rostro que mirar allí—. Trató de oír un último latido de su corazón mientras enjugaba sus lágrimas en la túnica oscura que él tenía puesto, pero ya era muy tarde.

Sibia, fue un testigo mudo del aterrador espectáculo que la dejó congelada, no sabía si era el miedo por el rey o ver cómo le habían arrancado el amor tan horrendamente a la vieja, lo que le afectaba tanto.

Los soldados también quedaron estupefactos y mudos.

—Cogedla a ella también —ordenó Atemus para romper el silencio.

Los soldados no reaccionaron de inmediato, lo que provocó una réplica más iracunda aún por parte del rey, momento en que acataron. Cuatro soldados hicieron falta para conseguir mover a la vieja del cuerpo de su marido. Cuando la pusieron frente al rey, la vieja le escupió el rostro y obtuvo una bofetada por respuesta. Sibia continuaba enmudecida.

—No puedo creer que lo hicieras, no hemos sido más que hermanos para vuestra familia, ¿cómo os atrevisteis? —incredó la vieja, mirando con rabia y sangre recorriéndole el rostro.

—Vosotros envenenasteis la mente del pueblo, y ahora pagareis por ello —Atemus limpió la sangre de su espada con una sacudida y avanzó hacia la vieja.

—Algún día, pagarás por todo esto tirano —La protesta no hizo más que causar las burlas del rey y los soldados.

—Tu vida terminará hoy, nadie me hará pagar por nada porque yo soy el rey.

—Me has quitado el amor, ya no importa si tratas de quitarme la magia o la vida, porque sin lo primero, los otros dos también se han ido. Pero sabed esto rey de lo putrefacto y lo oscuro. Os maldigo, a vos por tu horrible corrupción y a vuestra reina por su indiferencia. Un día, te quitaré lo mismo que hoy me robaste —dijo mirando hacia el cuerpo de Anagrom— y tu propia maldad terminará de aniquilarte. Luego el rey Atemus clavó su espada a través del pecho de la mujer, que no paró de mirarlo con un profundo odio hasta que la vida abandonó su cuerpo.

—Soldados, escoltad a la reina, vamos de regreso al castillo de inmediato —Atemus no se podía arriesgar luego de las amenazas de la vieja. El populacho también podría intentar represalias al enterarse del asesinato de los magos.

Esa noche, los espíritus que brillaban en el bosque —lo que llenaba el lugar del brillo azul que le valía su nombre— no aparecieron. El rey y su caravana huyeron a toda marcha sin dar descanso a los caballos. Debían ganar al menos un día para proteger nuevamente a la reina en la torre.

El día que Atemus tuvo la certeza, de que no existía poder que se le opusiera, hizo un banquete que todos recordarían. La comida y el alcohol rebosaban las mesas y llenaban a los invitados. Luego de la media noche, cuando el rey ya estaba borracho, Sibia abandonó los salones para volver a su torre. Atemus sabía que esa jornada ella no le recibiría en su lecho, por lo que siguió divirtiéndose con alguna cortesana de alegre vida. En el clímax de la celebración, la música y el bullicio se vieron enmudecidos por un ruido estruendoso. El rey se puso de pie, haciendo uso de la poca lucidez que le quedaba.

—Es Pitro y sus mugrosos rebeldes —gritó—. Deben estar atacando el castillo. Soldados, a las armas y a defender vuestra patria.

Al abandonar los salones e ingresar al patio interior del castillo, el espectáculo que todos presenciaron fue impactante. Un nuevo crujido de la roca se escuchó fuertemente y entonces vieron como una serpiente gigantesca envolvía la torre de la reina Sibia, apretando y asfixiando el lugar hasta romper la columna que le unía al castillo. Cuando los primeros arqueros dispararon sus flechas, desde el cuerpo de la serpiente roja se desarrollaron unas alas magníficas y este se echó a volar, no sin antes derretir lo que quedaba de la torre con su aliento de fuego.

—¡Mi reina! ¡Nooooo! No puede ser mi reina.. ¡busquen a la reina imbéciles! —exclamó, pero sabía que nadie había sobrevivido en la torre que fue calcinada hasta derretir la roca.— La pena se apoderó de él, recordando como amaba a Sibia desde que era un niño, luego recordó las palabras de su padre.

“Ul’iviac-ciac volverá a nuestras tierras cuando sea necesario”. Por primera vez desde que había llegado al castillo se cuestionó que tan mal había actuado al asesinar a los magos.

—No hay rebeldes aquí su alteza —le informaron los soldados al no encontrar rastros de Pitro y su gente.

—Despertad a todos y cojed vuestras armas, esta misma noche vengaremos la muerte de mi reina

—Ordenó Atemus, recuperando su temple despiadado.

La cacería sería la campaña más costosa que el gobernante había emprendido jamás, cabalgó durante días completos siguiendo la pista de la serpiente voladora. En el camino, los caballos morían y los

soldados caían exhaustos, pero él y los más fuertes continuarían la persecución hasta encontrar a la bestia.

—Huye, monstruo cobarde. Os prometo que caeréis escupiendo pestes igual que la maldita bruja que te invocó —exclamó al séptimo día de campaña, culpando a Nilrem por la aparición del dragón y la muerte de su reina.

El veinteavo día, con medio ejército mancillado, los exploradores de Atemus finalmente encontraron al Dragón, que extenuado, tampoco podía seguir volando.

El rey organizó una redada en la que armó a sus soldados con poderosos arpones, aprovechó la protección de los árboles para rodear a la desprevenida bestia que seguía durmiendo envuelta en su propio cuerpo. Al alba, una vez estuvo en posición el ejército —o lo que quedaba de él— inició el ataque. —Avante!!! —sonó poderoso el grito, y luego los cornos dieron la señal para que los soldados atacaran. Rápidos jinetes intentaron envolver al dragón con sogas y redes, pero cuando pensaban que él mítico animal había sido inmovilizado, este se levantó con un rugido, arrastrando hacia los aires a todo aquel que aún estaba intentando detenerle. La lluvia de cuerpos no se hizo esperar, pero el rey, sin contemplación por sus hombres, ordenó a los arponeros disparar. Todos los tiros fallaron porque la bestia era demasiado ágil en el aire.

Al final, el último arpón restante fue disparado por el propio rey. Este cortó de raíz una de las alas, la que se desprendió del cuerpo suavemente, columpiándose en el viento como lo hacen las hojas de los árboles en otoño, acto seguido, la serpiente voladora, cayó dando giros erráticos, escupiendo una lluvia de fuego mientras intentaba sostener el vuelo. La caída fue atroz, la cabeza del monstruo se aplastó contra el suelo en un crujido sordo, mientras el resto del cuerpo se alargaba en toda su extensión sobre aquél campo pintado con llamas.

—Nunca peleaste y siempre huiste de mí, pero nada escapa de mi poder —murmuró Atemus mientras caminaba entre cuerpos y árboles en llamas.

En medio del caos, el rey se acercó a su presa y sin piedad le abrió el pecho para arrancar su corazón. En un último esfuerzo, el animal dobló su cuerpo para mirar al tirano a los ojos, luego murió emitiendo un destello lumínico que alumbró como un pequeño sol durante breves segundos. Cuando el fulgor se apagó, el cuerpo del dragón no estaba y en el suelo yacía inerte, la reina Sibia.

“Os maldigo, a vos por tu horrible corrupción y a vuestra reina por su indiferencia. Un día, te quitaré lo mismo que hoy me robaste y tu propia maldad terminará de aniquilarte”.

Sólo en ese momento, llorando de rodillas y con el cuerpo de su amada entre sus brazos, Atemus entendió el hechizo de venganza de la bruja. Una hora más tarde, el rey fue abandonado en aquel lugar donde continuaba llorando amargamente su pérdida. Después llegó hasta a él, Pitro con su ejército, que al ver a su amada reina muerta, puso fin a la agonía de Atemus, coronándose como el nuevo Rey de Elichmorf.

3° Lugar

Al salir el sol

Autor: Rosette Constantine

¿Sería mejor detenerse?, no...ya no había vuelta atrás. Al frente tres trasgos. Detrás, dos más. Su instinto le había dicho “no vayas por la izquierda”, pero aun así...no obedeció. Irónico final, para quien se jactó de que moriría a muy avanzada edad, contando historias de antaño. Costillas rotas y un tobillo en vías de... dificultarían la victoria de esta contienda.

Amanecía, con demasiada lentitud. Su corazón quería escapar por el pecho, tiritaba de miedo. Si este era su final, lo odiaba. Tomó con firmeza su espada y se lanzó contra los trasgos, esquivando cada torpe, pero rápido ataque que éstos daban. Trataba de no inhalar mucho aire, las costillas punzaban sus pulmones y dificultaban sus ataques. A ratos, el dolor le paralizaba una parte del cuerpo, era en ese instante que los trasgos le tomaban las extremidades e intentaban derribarle. La contienda era desigual,

pero seguiría luchando hasta exhalar el último suspiro. No se detendría, no habiendo llegado hasta tan lejos, jamás... ni en los momentos más impensados...abandonaría una batalla, jamás, aunque su vida dependiera de ello. Una certera estocada mató a dos.

Aprovechando un descuido de los trasgos que aún quedaban en pie, corrió sin rumbo definido, sintiendo las pisadas y los gritos de los enemigos. Comenzó a susurrar unas palabras de despedida a sus padres, dando por sentado, que moriría minutos después... Y es que, en realidad...el destino así lo había escrito. Tropezó. Cayó de bruces, mientras su espada volaba por los aires, perdiéndose entre la hierba. Sin percatarse, había descendido la mitad de una montaña y había ingresado al inicio de un bosque, el cual desconocía...más seguro sería allí, podría pedir ayuda a los elfos, pero no sabía si acudirían a su ayuda. Se puso de pie y continuó corriendo. Buscó a tientas su espada, cuando por fin la encontró, continuó su retirada provisoria, se le haría más fácil luchar con los trasgos en un territorio neutral.

Se quedó de pie, junto al enorme portal que creaban dos árboles, que en lo alto, sus ramas se entrelazaban haciendo una especie de puerta. Sintió sus gritos a lo lejos, suspiró y esperó que aparecieran. Al asomarse por entre los árboles, se lanzó al ataque, casi no le quedaban fuerzas, pero luchó como pudo. Los trasgos le empujaban, mordían y herían, pero no se dejaría vencer tan fácilmente. Mató dos más. El último, más fuerte e inteligente que los otros, se mantenía en pie sin demostrar cansancio alguno, ni miedo, ni compasión.

Se alzó a lo lejos el sonido de un cuerno de batalla. En ese momento perdió toda esperanza, de seguro era un ejército de orcos o trasgos que habían salido en apoyo de sus compañeros. Siguió peleando mientras pudo, hasta que cayó al suelo, no podía sostener ni su propio peso. Entonces, una flecha rozó su mejilla y el trasgo, que estaba a centímetros de acabar con su vida, cayó al suelo contorsionándose de dolor. Sintió un galopar a lo lejos, trató de voltearse a mirar, pero el cansancio fue mayor, cayó a la suave hierba y se desvaneció.

El suave sonido del viento comenzó a despertarle, las olas golpeando con furia la costa, el olor a incienso, y las voces a lo lejos. Se incorporó de golpe, una mano le detuvo.

- Con calma – ordenó con voz levemente elevada
- ¿Dónde estoy? – preguntó
- Donde tienes que estar – respondió
- Estamos curando tus heridas – agregó – debes tomarlo con calma
- Necesito seguir mi camino – interrumpió
- Con calma, tus heridas están delicadas – insistió

De repente, una joven ingresó a la habitación, con una bandeja en la mano. Su cabello color cobre llamó le llamó poderosamente la atención.

- ¿Dónde estoy? – volvió a preguntar
- En mi casa – respondió la pelirroja
- ¿Dónde estamos? – insistió
- A la orilla del mar, curando tus heridas, mi hermano te encontró en el bosque – dijo mirando al joven que hacen unos segundos trataba de calmarle.
- Ah... - balbuceó
- Hermano, ¿puedes salir? – sonrió la joven
- Claro – dijo encogiéndose de hombros

El joven salió de la habitación y la chica se sentó a su lado.

- Corriste gran peligro, mi hermano me dijo que en el camino encontró cuatro trasgos muertos... Tus heridas son muy profundas ¿fueron ellos? – preguntó dándole un poco de sopa
- No – respondió – Fueron humanos, los trasgos se aprovecharon de las circunstancias

- ¿Humanos? – preguntó descolocada
- Si – suspiró – Trataron de robarme, los caminantes solitarios tienen esos problemas
- Debo hacerte una curación, la herida en tu costado estaba infectada – dijo la joven dejando la bandeja en una mesa y retirando el plato con sopa.
- ¿Tan mal estoy? – preguntó
- Tus heridas estaban muy infectadas, pero no hay nada que no pueda curar – sonrió

Se tendió en la cama y levantó su polera, dejó que la joven limpiara sus heridas, el ardor era insoportable, las punzadas iban y venían en un segundo, tenía ganas enormes de pedirle que se detuviera...pero debía aguantar.

- Listo – sonrió la joven – tus heridas han mejorado bastante, pensé que demorarían más tiempo
- ¿Cuánto tiempo llevo aquí? – consultó con un poco de miedo por la respuesta
- Cinco días – respondió – respondió, mi hermano cuidó bien de ti, bueno... y yo también
- Muchas gracias – sonrió al fin

El dolor era insoportable, pero gracias a las hierbas medicinales y las curaciones, se fue haciendo menos frecuente. Entonces pudo ponerse de pie nuevamente, caminar por la casa, caminar por la costa, ayudar en el hogar.

- Tal vez deberías quedarte más tiempo – sugirió la joven
- Kalie – advirtió su hermano –
- Es una sugerencia – respondió – además sus heridas aún no sanan... y me entretengo con su compañía
- Debo seguir mi camino – explicó – Les agradezco mucho por sus atenciones, Kalie, Kurt. Ambos han sido enormemente generosos conmigo.
- No hay por qué agradecer – comentó Kurt, acabando la conversación.

Anocheceía y se sentó en el balcón de la casa, fumando una pipa, Kalie se sentó a su lado y fumó también. Conversaron de diversos temas sin mucha importancia, hasta que nuevamente Kalie sugirió nuevamente que se quedara.

- No puedo quedarme – respondió al fin – no son mis tierras, no es mi gente, no es mi hogar
- Escapabas de todo lo que me mencionaste – suspiró Kalie - ¿Por qué querías volver? ¿Por qué regresar al lugar de donde escapaste?

Guardó silencio, meditó. Por primera vez en muchos años, alguien le había ofrecido ser parte de algo. Sabía que a Kurt no le gustaría la idea, pero...era tentador quedarse en un hogar feliz.

- Hablaré con mi hermano – sonrió Kalie
- ¿Y si dice que no? – consultó
- Soy la mujer de la casa – respondió con seguridad – mi palabra pesa más

Los días transcurrieron tranquilos, Kurt le enseñó con mucha paciencia, el arte de la lucha. Kalie, por su parte, le enseñaba a cocinar. Los tres, paulatinamente se convertían en una familia. Pero no todo podía ser paz y felicidad...El destino es caprichoso y deseaba reclamar la muerte de la cual, Kurt le había salvado. Debe haber un punto de equilibrio.

- Creo que se acercan enemigos – dijo Kurt, ingresando a la casa, cerrando puertas y ventanas frenéticamente.
- ¿Quiénes? – preguntó Kalie
- No lo sé, pero no se acercan de manera amigable – dijo, saliendo de la casa.

Los tres se pararon a mirar desde la puerta, estando en lo alto de un acantilado, la posición les daba una vista privilegiada. A lo lejos, por la costa...se acercaba un ejército, un manchón oscuro de enemigos. Trasgos volvían a atacar.

- ¡Kalie, ve adentro! – ordenaron al unísono
- Pero – musitó ella
- Ve por nuestras armas – ordenó Kurt – y luego quédate dentro

Kalie obedeció a regañadientes. Trajo sus armas y entró. Ambos esperaron a los trasgos.

- ¿Te sientes bien? – le preguntó Kurt
- Mejor que nunca – respondió
- ¿Podrás pelear bien? – insistió
- Tuve un buen maestro y me siento mucho mejor, no hay porqué duda – sonrió

Esperaron frente a la casa, las olas azotaban con violencia las rocas, la temperatura bajó considerablemente. El enemigo se acercaba raudamente. Ambos intercambiaron miradas, Kurt le dio una palmada en la espalda.

- Venceremos – dijo con seguridad
- Estoy segura que si – le respondió

Ambos se lanzaron en contra de los trasgos, les superaban considerablemente en número, pero la espada y el arco de Kurt y la espada de Alina, eran rivales a la altura de cualquier ejército, sin importar que grande fuese. Cada vez llegaban más enemigos, la lucha comenzó a fatigarlos, ambos en contra de un ejército de fuerza inagotable.

- Quizás deberíamos acercarlos al acantilado – dijo Alina

Kurt, comenzó a acercarse al enemigo hacia el acantilado que estaba al costado de la casa, ambos dándole la espalda al mar, hirieron y mutilaron a todos los trasgos que pudieron.

- ¡Allí está! – gritó uno de los trasgos - ¡Allí está la humana que mató a mis preciosos hijos!

Alina trató de divisar de dónde venía la voz, pero el ataque sin tregua de los trasgos, le hizo imposible saber quién hablaba. Kurt divisó a lo lejos a quien identificó a Alina.

- Tenemos un problema – comentó
- ¿Qué pasó? – consultó tratando de respirar

Ambos ponían resistencia a todos los enemigos que les atacaban, tratando de no caer o no darle oportunidad de tomarlos desprevenidos. Kurt, logró desbarrancar a varios trasgos que trataban hacer caer a Alina.

- Viene un trasgo enorme – dijo Kurt, lanzando por el acantilado otro contingente de trasgos.
- ¿Enorme? – consultó descolocada, ayudando a Kurt a desbarrancar más trasgos - ¿Qué tan enorme?
- El más grande que haya visto – comentó levemente preocupado

Prácticamente no quedaban trasgos en pie, pero ni Kurt ni Alina tenían energías suficientes para seguir en pie. Ambos se miraron y sus expresiones de preocupación eran evidentes.

- ¡Tú mataste a mis bebés! – gritó el trasgo - ¡Y ahora ambos matan a todos mis hijos!
- ¿Cómo puede hablar con tanto amor de seres tan repugnantes? – preguntó Kurt
- ¡Ustedes mataron a mi ejército perfecto! – continuó gritando
- ¿Esperamos que termine de gritar? – preguntó Alina

- Creo que no – sonrió Kurt

Alina tomó el arco de Kurt y comenzó a lanzarle flechas al gran trasgo. Los ataques fueron certeros, inmovilizaron por unos segundos al enemigo, Kurt se subió a la espalda del trasgo y trató de enterrarle su espada en la cabeza, pero el trasgo se zafó y lo lanzó al acantilado. Alina corrió para ayudarlo, pero no habían rastros de Kurt.

- ¡KURT! – gritó hasta perder el aliento

Entonces, provista de una ira y una energía sin igual, continuó lanzando flechas al trasgo, hasta que se le acabaron, tomó algunas lanzas que había en el piso y se las ensartó en un brazo. El trasgo con un solo movimiento, lanzó a Alina por los aires, ésta chocó con una de las paredes de la casa, sus costillas crujieron.

El trasgo se acercó a la casa y con un solo movimiento, derrumbó gran parte de la estructura. Alina comenzó a desesperar, pues Kalie estaba dentro. Trató de ponerse de pie, pero el dolor de las costillas no se lo permitió. El trasgo la levantó y la lanzó en contra el suelo, una y otra... y otra...y otra vez. De a poco dejó de sentir dolor. Entonces un grito a lo lejos la regresó de su letanía.

- ¡Deja a mi hermana en paz! – gritó Kalie, quien portaba un arco que Alina jamás había visto.

Comenzó a atacar sin descanso, lanzó flecha tras flecha frenéticamente, no tenía la mejor puntería, pero hería al trasgo. Una flecha certera atravesó el ojo izquierdo del trasgo. Éste se retorció de dolor por unos instantes.

- Kalie, ¡su pierna! – gritó Alina – ¡Corta su pierna! ¡Tiene una herida muy profunda!

Kalie obedeció sin vacilar y atacó la pierna del trasgo. Alina se puso de pie como pudo. El trasgo cayó e intentó ponerse de pie con dificultad. Entonces, ambas corrieron y se pusieron sobre él, Alina enterró su espada en el corazón y Kalie en la otra pierna, el trasgo se estremeció, ambas cayeron al suelo. El enorme ser, se arrastró tratando de escapar. Entonces, desde el acantilado, apareció Kurt, quien se aferró a los pocos cabellos que el trasgo tenía en su cabeza y subió a tierra firme. Alina le tiró su espada, Kurt, en un movimiento rápido y certero, enterró su espada en la cabeza del trasgo y lo pateó hacia el acantilado. Alina y Kalie abrazaron a Kurt y los tres en silencio, esperaron que amaneciera.

Con mucha tristeza, vieron cómo la casa estaba destruida. Kurt hizo una pila con los cadáveres y los quemó, mientras Alina le daba té caliente a Kalie, quien aún no se recuperaba bien del impacto de la batalla y de la pérdida de su hogar.

- Lamento mucho que hayan perdido su hogar por mi culpa – dijo Alina, abrazando a Kalie, quien sollozaba en silencio.

- No fue tu culpa – susurró Kalie – nos atacarían de igual manera

Kalie se quedó profundamente dormida, Alina la tapó con cuidado y la reconfortó por unas horas. Luego, se puso de pie y ayudó a Kurt con la quema de cadáveres.

- Creo que hubo un cambio de planes – comentó

- Habrá que reconstruir la casa – agregó Kurt

- Habrá que reconstruir – agregó Alina abrazando a Kurt – lamento mucho lo ocurrido

- ¿Te quedas? - preguntó Kalie

- ¿No estabas durmiendo? – preguntó Kurt

- No – respondió tajante - ¿te quedas?

- Si Kalie, me quedo – respondió Alina

- Aquí construirá su hogar y nos tiene a nosotros, ya no hay excusas – comentó Kurt

- No, ya no hay excusas – sonrió Alina

- Esta será tu tierra y tu nuevo hogar – sonrió Kalie – me alegro que te quedes, te necesitábamos.

Resplandores

Autor: Gusanito

El comienzo de nuestra historia es el reinado de las sombras, que perduró durante generaciones. Pero como toda generación importante tuvo una extinción, o más bien una recaída. En este caso, los dioses, decidieron crear una extraña y molesta luz. Esta fuerza sobrenatural hizo que la gran mayoría de las sombras desapareciesen, quedándose las más fuertes y oscuras.

Este gran cambio fue difícilmente soportado para estas criaturas, ya que estaban acostumbrados a celebrar todos los días una gran e importante fiesta.

Con esta extraña presencia se cambió bastante el clima y otros seres habitaron el planeta. Para las sombras esto resultó bastante divertido y raro, e imitaban todos sus gestos para aprender sobre ellos. En un principio se trataba de una mera forma de entretenimiento y gran solución contra el aburrimiento tras el brusco y doloroso cambio.

Pero los seres que habitaban el mundo también exploraban y aprendían por su cuenta, y gracias a esto, aprendieron a controlar a pequeños hijos de la molesta luz: "resplandores". Los resplandores hirieron a las curiosas sombras y desde entonces, éstas se volvieron de oscuros pensamientos. La causa de este nuevo cambio fue por el dolor causado por la luz y sus hijos.

Pero cuando tu vida es longeva, y ves como tu especie desaparece o tus descendientes sufren, tu más sombrío pensamiento puede ser un gran aliado.

Tras estos sucesos deseados por los dioses, una revolución fue planeada para intentar regresar al equilibrio de la vida anterior.

Ocurrió una primavera con nuevos y alegres colores. Cuando la gran luz brillaba en lo más alto del cielo, un numeroso grupo de oscuras sombras avanzaba en su dirección, acompañándose de una rara fuerza que provenía de su interior.

Una batalla se produjo en el firmamento. El bando más débil era la brillante luz, pero aguantó en la bóveda celeste hasta el fin. Todo se oscureció, menos algún pequeño atisbo de luminosidad. Sin embargo, los resplandores fueron eliminados.

Las sombras festejaron su victoria, el cielo regresaba a su antiguo brillo y color. La luz existía en el cielo, pero aunque alumbraba ya no emitía el calor.

La faz de la Tierra cambió. Una helada cubrió todo haciendo que la vida de las criaturas cambiase. Muchas especies llegaron al borde de la extinción y otras ya lo estaban. Por esto, los supervivientes siempre se encontraban en las zonas más luminosas.

Pasaron dos años con el mismo resultado y ningún cambio se produjo, salvo un ligero pensamiento en Naora, una sombra especial. Ella no era como el resto de sombras, que sólo se preocupan por ser las más oscuras o grandes guerreras. Simplemente era curiosa, clara y con gran entusiasmo. Su actitud ayudaba mucho en su actividad favorita, observar a los humanos.

Eran extraños e intentaban crear nuevos resplandores, porque al parecer les daba calor y estaban a gusto. Tanto era su curiosidad por ellos que se hizo amiga de una "caminante" de tez morena y pelo oscuro.

—Bueno, ¿con qué te has encontrado hoy?

—Pues un caminante estaba escondido, creo que quería cazar, y al ver que yo me oponía saltó. Comenzó a maldecir a mi superior y hablarme a mí. Porque he tenido que salir con mi clan y, pues eso... es bastante incómodo que admiren a alguien del que se puede prescindir fácilmente.

—Será por alguna profecía.

—Sandra, las profecías no son para las sombras. Por cierto, ¿cómo vais con los resplandores?

—Los ancianos no ayudan, ya que se les ha olvidado. Están utilizando su corta memoria.

—Un día de estos tendremos que hacer un viaje en busca de los resplandores.

—Si, pero no hoy. Naora estas muy clara, será mejor que regreses a la oscuridad.

—Antes de irme, ¿alguna pregunta?

— ¿Por qué nos ayudas?

—Quiero que vuestro reino perdure, lo veo más resistente que el nuestro... Y de todas formas, sobreviviremos, de alguna forma.

Dicho esto, nuestra sombra se adentró en su hogar y Sandra permaneció en su lado más luminoso, durante una semana, hasta que...

— ¡Sandra! —Naora estaba bastante asustada. Buscaba a su compañera en el mismo sitio— ¡Sandra!

—Para ser una sombra eres muy ruidosa. Se supone que no nos vemos, ¿recuerdas?

—Tenemos que irnos a la aventura ya.

—Si que tienes ganas de ir.

—Nos tenemos que marchar. Coge tus cosas y vamos a buscar los resplandores.

—Esta noche aquí.

— ¡No! ¿Es que no lo entiendes? Es necesario marcharnos ya.

— Vamos a la aldea a por mis cosas. Pero sigo sin entender nada.

Marcharon juntas por las zonas luminosas, perseguidas por miradas de terror de los aldeanos. Llegaron a una casita en el centro del pequeño pueblo y prepararon un zurrón con comida y ropa fresca.

—Para los caminantes somos fríos. Cógete algo más abrigado. Tendremos que ir por sitios donde no seré tu única compañera.

— ¿Por qué no me cuentas que pasa?

—He descubierto quien sabe hacer resplandores, pero mi pueblo quiere eliminarlo.

—Tendremos que ayudarle pues. —Guardaba mudas esta vez más abrigadas.

—Crean que eres tú, están bastante equivocados —Sandra se paralizó—. Vendrán al poblado en tu búsqueda. Por eso necesitas marcharte ya. Debemos encontrar al responsable. Se donde se encuentra aproximadamente.

Las dos amigas marcharon despacio de la ciudad, temiendo llamar aún más la atención hasta llegar al límite.

Sandra comenzó a sentir un escalofrío por todo el cuerpo.

— ¿Por qué sois tan fríos?

—No necesitamos ni sentimos nada.

—Ya, pero aún así... —De la mochila cogió un vestido corto pero abrigado, de color oscuro y un abrigo con capucha cubierto con piel de borrego—. Creo que voy a seguir pasando frío. Bueno —Respiró profundamente mientras miraba la oscuridad.

Naora pasó y se sintió cómoda al volver a su estado natural, en su comunidad. Aunque era clara y brillaba ligeramente, Sandra no era capaz de diferenciarla. Sólo veía una nube de color oscuro donde nada pasaba, ni siquiera el aire. Sin embargo la visión de Naora era muy distinta. Diferenciaba

claramente a las sombras, cada una con una forma distinta, pero todas alegres, salvo las cercanas a Sandra. Estas sombras curioseaban sobre la caminante y, ésta a su vez, miraba atónita en su dirección.

Nuestra sombra también había ido a por su mochila con lo necesario para el camino, incluyendo aguja e hilo. Mientras volvía al punto donde su compañera se quedó atrás, un grupo de sombras armadas casi la tiran. Asustada porque comprendía a donde se dirigían se levantó y procuraba adelantarlos e impedir que ocurriese una atrocidad. Corría con todas sus fuerzas pero aún así no los alcanzaba.

"Debo mejorar mi físico. Si quiero que todo salga bien tengo que esforzarme más" Y frente a este pensamiento aumentó la carrera.

En el límite estaba todo listo para disparar, sólo faltaba la orden.

— ¡Parad! Esa criatura está bajo mi protección.

—Esa "cosa" está en la frontera y ya sabes las reglas. Son bastante claras.

—Vengo a entregar a esta criatura para que la juzguen correctamente. Y es necesario que llegue sana.

—Me gustaría ver como te las arreglas. Ninguna persona vendrá a nuestras tierras sin perderse, es la zona más insegura para ellos. —dicho esto, marcharon a su cuartel bastante resentidos.

Naora salió a la vista de su compañera y ésta se alegró de reconocerla.

— ¿Cómo lo vamos a hacer? No te he visto ni diferenciado nada durante bastante tiempo. Sólo he notado frío.

—Tengo una idea. Dame tu calzado. Voy a coserlo a los míos, no te los quites en ningún momento. Nos ayudará a estar siempre juntas. Es un hilo sombra, hace la función de un imán potente.

Cuando terminaron se pusieron en marcha. Procuraban marchar por el límite. Allí los paisanos estaban acostumbrados a los caminantes, por ese motivo, la nobleza se encuentra en el corazón de las tierras. Sandra percibía los susurros de las sombras. No podía entender que le decían, ni podía ver nada más que oscuridad y sentir frío. Avanzaba y se sentía aturdida y oprimida, dándole sensación de ahogarse. Caminaba con las manos hacia delante con miedo a tropezarse o chocar con algo.

Naora, por el contrario, iba rodeada de sombras más oscuras que ella. Estaba acostumbrada a que la mirasen por su tono, pero esta vez las miradas se dirigían a su compañera. Eran las mismas que había recibido en el poblado excepto porque están también contenían odio. Tampoco era posible hablar con ella, cada intento la aturdía más.

Estaban unidas por el hilo y eso hacía que todo lo que le sucediese a una le pasaría a la otra. Caminaron durante una semana acercándose a su destino final, la frontera menos protegida de todas. En ella se encontraba su hacedor de resplandores.

El jubón de Sandra estaba al principio cargado de comida y bebida en abundancia, más de la que ella creía necesitar, pero que ahora la venía bastante bien.

—Naora, no puedo más. Creo que vosotras las sombras deberíais dormir al menos algún que otro día. Temo tropezar con la nada. ¿Podríamos dormir un poco? O parar y descansar, o incluso buscar comida, aunque dudo mucho que aquí encontremos algo para mi. —Sandra tropezó y a consecuencia su amiga también—. Naora, no puedo más. La cabeza me da vueltas y veo todo igual. Necesito saber al menos cuanto más me he de esforzar.

Naora se sentía frustrada. Estaba hablando con ella pero no la oía. En ese momento estaban solas, no había ninguna sombra más con ellas. Intentaba levantarse y cargar de Sandra pero también estaba cansada. No pensaba que les fuese a costar tanto, no contó con los hábitos de los caminantes ni que

necesitaban descansar. Pensó dejar a su amiga reposar, pero tenía también hambre y no le ayudaría mucho quedarse quieta. Se acordó que en el límite había visto unas bayas comestibles.

—Sandra, se donde hay comida. Esta a una hora de aquí. —Su compañera entendió unas pocas palabras, cuando terminó de unirlos y darle sentido se levantó.

—Cuando quieras continuamos.

Dicho esto tardaron poco en salir de esa neblina acogedora para Naora, terrible para Sandra. Regresar a la luz fue algo mágico para la humana. Podía volver a respirar sin sentir opresión en el pecho, ver donde ponía sus pies y volver a sentir calor. Cerca de donde estaban encontraron un árbol acogedor.

—Descansamos ahí. La comida está cerca y el hacedor de resplandores igual.

Después de quitarse el abrigo y ponérselo como manta, Sandra se quedó profundamente dormida. Sin embargo su compañera fue a investigar el terreno. Encontró el arbusto con las bayas y huellas que indicaban que habían estado recientemente allí. Siguió el rastro hasta conducirla a una pequeña cueva. Algo en el interior la hacía encontrarse mal, pero aun así se adentró. La hería y a la vez hipnotizaba.

Un enano estaba abrazado a un resplandor fuerte y luminoso. Naora se quedó fija observando, admirando esa creación. Tanto tiempo luchando contra algo tan frágil e insignificante.

— ¡Naora! Estas desapareciendo. ¿Por qué me has quitado los zapatos?

Ese era el dolor que estaba sintiendo, desaparecer. Durante todo eso el enano había cogido una tabla de madera prendida y un hacha con la otra mano.

—Soy Ergois de los enanos y no me da miedo matar a bichos como tú. —Sandra se puso los zapatos y su amiga se acercó a su espalda. Parecía encontrarse mejor—. Si no queréis morir salir de esta cueva. Mi deber es protegerla de seres como vosotros.

—Tranquilo, esta sombra nos quiere ayudar.

— ¿A quien quiere ayudar y para qué? No tenemos nada.

—Sois enanos y nos consta que tenéis y tratáis con piedras preciosas. Pero no estamos aquí por eso. Buscamos a gente capaz de hacer fuego. Vamos a revelarnos contra las sombras.

— ¿Y qué pasará entonces con tu amiguita?

Naora nunca había llegado a pensar su supervivencia.

—No importa como yo sobreviva, necesitamos hacedores de resplandores capaces de enseñar. Después veremos.

—Os dirigiré al guardián de mi clan. Pero primero decidme vuestros nombres. Yo soy Ergois de las cavernas profundas.

—Yo soy Sandra de las Arayas.

—Y yo Naora hija de Pipe.

—Encantado de conoceros. Pasad. —Señalaba dos rocas juntas, pero en cuanto se acercaban un camino se formó, uno luminoso y potente.

El guía marchó primero.

—Naora, el camino es claro. Parece que estas mejor cuando estoy delante de la llama. Aléjate de ellas. ¿Te encuentras mejor? Se te ve bien, estás incluso más oscura de lo normal.

—La verdad es que te estoy imitando. Es decir, la forma. Creo que esta será la salvación de las sombras.

— ¿Lo dices en serio? Bueno, tú eres la sombra, sabes como te encuentras. Pero dudo mucho que otras quieran imitarnos.

Lo que vieron las maravilló completamente. Era un gran palacio subterráneo con grandes estatuas, decoraciones y esculturas, tanto en las columnas como en las escaleras o el propio suelo.

Los enanos caminaban por enormes escaleras cargando zafiros y rubíes que brillaban. Las barbas estaban decoradas y recogidas en los rostros de los habitantes. Pero de todas las barbas la mejor cuidada era la del rey, con el que Naora y Sandra tuvieron una larga conversación discutiendo sobre la guerra. También hablaron sobre el regreso de las dos criaturas, para que llegasen sanas y sin ningún problema. El palacio estaba conectado con túneles que conectaban con otros poblados, tanto cercanos o alejados a la oscuridad, que es algo que ayudó bastante en el plan de la guerra.

Cenaron hasta saciarse y descansaron. Al día siguiente marcharon decididas por el sendero bajo tierra. El plan trataba de enseñar a fabricar fuego y decir en que momento necesitarían encenderlo. El camino fue fácil y la gente estaba entusiasmada con la idea, lo que ayudaba mucho pues aprendían rápido.

—Naora, hoy debemos cumplir nuestra parte y desterrarlos.

—Lo sé. Pero quiero que me dejéis hablar con mi pueblo. Podríamos llegar a convivir en paz. Habla con tu gente, necesitamos que salven a las sombras arrepentidas como estas haciendo ahora tú.

El clan de Sandra la acogió con las manos abiertas e incluso sonreían mirando a Naora. Los ancianos quedaron maravillados al ver los resplandores, algo tan anhelado. Preparados marcharon a la frontera, lo bastante cerca para herir con el fuego y precavidos de los lanzamientos de las sombras.

—Guardianes del límite —dijo Naora, poco segura—. Venimos a dialogar e impedir muertes. El mensaje tiene que ser enviado y respondido antes de 6 horas, tiempo más que suficiente. Si no se obtiene respuesta se atacará sin piedad ni remordimientos. —Se produjo un silencio por ambas partes. — Aunque os mantengáis distantes podéis seguir siendo salvados. Ninguna sombra será recordada como una cobarde, puesto que ayudará en la paz, siendo un héroe. Toda aquella que quiera salvarse vendrá al límite, después se la darán órdenes que deberán cumplir.

Las únicas que distinguía lo que sucedía en el otro lado eran Sandra y Naora, las dos ayudadas. Esto es lo que sucedió: el comandante mandó a sus soldados a mandar el mensaje. No sucedió ningún problema hasta la hora acordada; salvo un guerrero dormido por un dardo, puesto que no siguió las instrucciones de la distancia. La hora establecida fue cumplida para el mediodía.

—Adelantaros todos los que queráis sobrevivir. —Esta vez era Sandra la que hablaba—. No seréis dañados.

Quiara fue la primera sombra, quien será recordada por generaciones. Después de esto, perdieron el miedo y avanzaron hasta su salvación. Humanos, elfos y enanos las recogieron, las que no obtuvieron ese amparo lo encontraron en los árboles y piedras. Estaban arrepentidas, pero no todas; el resto estaban deseosas de guerra e iban armadas y dispuestas a todo lo necesario.

Prendieron una enorme antorcha, que hizo que el resto de los pueblos lo imitasen. Las sombras retrocedieron, la fuerza que en un principio las ayudó a conquistar el cielo estaba menguando. Los soldados elfos fueron los primeros, seguidos por enanos con antorchas y hombres, las sombras protegidas detrás de su guardián. Las únicas armas efectivas en ambos bandos fueron el fuego y los dardos sombra, ambas igual de mortales. La penumbra perduraba en el centro de las tierras oscuras, al fin y al cabo sobrevivirían. Pero una piedra de ese suelo se movió dando lugar a una barba de enanos. Ergois esparció hojas secas, echó aceite y prendió un pequeño fuego que se esparció cada vez más.

Este fue el fin de las tinieblas y sombras malignas. Hubo regocijo en todos los corazones, incluso en las sombras. Humanos, elfos y enanos hablaron durante tiempo buscando una solución para que las sombras pudiesen vivir tranquilas. Estuvieron de acuerdo con permitirles 12 horas a las sombras de libertad. El inconveniente sería que deberían proteger a los otros seres y un lucero, nada doloroso para sus cuerpos, la luna; pero para las sombras, protectora.

El resto de la historia fue breve. Naora y Sandra partieron a su aventura, desapareciendo. Ni siquiera Naora que podría ser inmortal fue vista desde entonces. Pocas sombras decidieron seguir sus pasos, sin embargo son igual de amigas con humanos u otra raza como lo eran con ella.

La noche pasó a ser sagrada por todos, protegiendo cuando era necesario, festejando el resto del tiempo. Celebraban y festejaban la suerte de seguir vivas y daban gracias a sus protectoras: la luna, los guardianes y Sandra junto con Naora.

Crónica de un pasado peligroso

Autor: León Bolsón

El fin ha llegado, esta cruzada ya no se puede ganar. Ha muerto, nuestra última esperanza. Nunca pensé que llegaríamos a dar cuenta nueva a las memorias. Hemos de dar la bienvenida a la oscuridad. Ahora solo queda esperar el caos.

I

Al inicio, en las memorias cuentan que la tierra estaba en sombras y que las aguas eran puertas a la antigua oscuridad y más allá de nuestro mundo. El mundo era temido y estaba lleno de peligros por conocer y horrores por despertar, y el paso perdido de los que se alejaban de los suyos era recompensado con un fin súbito e impredecible, por tanto el conocimiento del mundo estaba oculto a nuestros ojos.

Criaturas innombrables habitaban el ancho mundo y terribles monstruos marinos custodiaban las aguas, y nuestra raza también en él. Todo debería haber terminado entonces, ciegos en la oscuridad del mundo, pero no lo hizo.

Las historias cuentan que entonces los Señores del Cielo y las Estrellas vieron a esta raza ciega, joven e ignorante, y decidieron darle siete estrellas del firmamento, para que hicieran fecunda la luz de estas siete estrellas en esta tierra, que las criaturas y la vida estuviese con la luz de ellas.

Y entonces es cuando empiezan los registros de nuestro pueblo, con el gran alzamiento de las aguas, la apertura de las puertas de la antigua oscuridad allende en el mar, y el trato con los Señores de las Estrellas.

En este trato se establecía que los Señores de las Estrellas darían a nuestra raza siete estrellas del firmamento, con la condición de que hiciéramos su luz fecunda en nuestro mundo y las mantuviéramos a salvo de aquellos seres que ansiaran destruirlas, pues estos seres temen su luz y no solo están tras estas sino todas las estrellas del firmamento, y no descansarán hasta que consigan destruir hasta la última de ellas.

Sin embargo estos seres no solo le temen a la luz de las estrellas, sino también a los portadores de ellas, pues las criaturas que cuidan de ellas reciben su luz, y sus poderes harán duelo con los de aquellos que intenten destruirlas.

Y entonces fue así como los Guardianes de las Estrellas fueron, y nosotros aprendimos de la luz de las Estrellas, mientras que las criaturas de la noche empezaron a huir de nuestra raza, y se refugiaron en oscuras cuevas y recónditos lugares donde la luz de las estrellas no alcanzara a iluminar, y ahí esperarían.

II

Así nuestra historia comienza con una profecía de guerra y con regalos divinos. Quizá usted se pregunta por qué no cuestiono los antiguos escritos y por qué creo en una historia que explica mi (y nuestro) origen de una forma tan simple y folklórica, y por qué no pierdo mejor mi tiempo haciendo teorías conspiracionistas totalmente racionales, como proponer que el origen del conocimiento nuestra raza fue un proceso puramente evolutivo y ocultado a nosotros para ser controlados en la ignorancia, o que las Estrellas fueron creadas por nuestros alquimistas, etc... En fin, hace un tiempo ya, bastante quizás, yo me dedicaba a eso precisamente, pero ahora tengo mis razones para creer en esa historia.

Pero esto no se trata sobre lo que yo crea u opine, así que sigamos. El tiempo pasó y las Estrellas empezaron a enseñarles (revelarles) a los guardianes las ciencias que domina mi raza. Primero fue la Estrella Dorada la que reveló sus dones. Esta enseñaba a vivir en armonía con la naturaleza y el mundo, la ciencia del vivir y elevar el espíritu, y los que estudiaban su ciencia durante décadas aprendían a revelar el verdadero poder del espíritu y a discernir de los caminos sin salida. Los Guardianes de la Estrella Dorada resultaron ser fuertes, sabios y longevos, frecuentemente aconsejando a toda su raza, incluyendo a los Guardianes de las otras Estrellas.

La segunda fue la Estrella Escarlata, que un día su luz empezó a ser intermitente y sus Guardianes se preocuparon, pensaron que su luz se extinguiría y entonces habrían fallado en su propósito, pero un día su luz brillo de manera impresionante, y a los que la avistaron se les fue revelada su naturaleza. Su ciencia enseña a ser una llama en la oscuridad, a inspirar al que se siente vencido y a enardecer el corazón. Y al que estudia esta ciencia por largo tiempo, logra dominar el fuego para dar luz en la oscuridad, para dar calor en el frío y para defender a los suyos ocupándolo como arma. A aquellos que se les reveló su naturaleza tuvieron una visión, que en los oscuros tiempos de conflicto sería su deber mantener a la raza unida y el juramento de los Guardianes en pie, su luz sería necesitada. Los estudiosos de esta Estrella resultaron ser temperamentales y determinados, sin duda la mejor analogía que se puede hacer de uno de ellos es con un fanático religioso.

Después fue la Estrella Plateada la que mostró sus encantos, la más intrigante de las estrellas. La luz que daba era cambiante, como el día y la noche, pero siempre grisácea, y a simple vista se veía líquida pero era sólida. Esto llevó a sus Guardianes a ponerla en una gran fuente, por temor a que se derritiera, hasta que un día se hizo líquida y la gran fuente de barro en la que estaba contenida se transformó en una de Hierro. Entonces los Guardianes se dieron cuenta que la materia no era inmutable y empezaron a estudiar las transformaciones de esta Estrella. Ellos logran, con muchos años de estudio, separar el metal de los otros elementos en la tierra, y cambiar la composición de las cosas. Ellos son llamados alquimistas y pueden, por ejemplo, cambiar el estado del suelo con cierta pócima, o contener la luz de una Estrella en una lámpara de agua combinando las naturalezas de una de las Estrellas con el estado líquido del agua. Ellos fueron los que descubrieron el metal como material para hacer nuestras herramientas, utensilios y también armas.

Seguidamente, y casi al mismo tiempo que su predecesora, los atributos de la Estrella Esmeralda son descubiertos. Esta fue dejada en el corazón de un árbol seco, y con los años el tronco fue retomando su verdor y verdes ramas llenas de savia empezaron a crecer. Entonces los Guardianes de esta estrella se percataron que su deber en era hacer fecunda la tierra y sanar las heridas con lo que la tierra les daba.

Estos Guardianes aprendieron a cultivar la tierra y a sanar con hierbas los males del cuerpo, y mientras más aprendieron de esta Estrella, peores males pudieron curar.

Un tiempo después, la Estrella Zafiro reveló su propósito. Un Guardián que estaba de turno, cayó dormido. Luego cuando su compañero lo despertó, él poseía la revelación de la Estrella, que era la forma de disipar las nieblas del tiempo y ver parte del futuro en trozos, como imágenes o sonidos y recitados. Él enseñó esta forma de ver partes del futuro a sus compañeros, y entonces decidieron empezar a formular profecías con las visiones que tenían. Si bien las profecías no daban una imagen precisa del futuro, con ellas se previeron distintas situaciones que, llegado el momento se comprendían y se tomaban medidas para el asunto, por lo tanto así fue como a nuestra raza casi ningún evento nos tomó de improviso.

La virtud de la Estrella Añil, tuvo su descubrimiento de una forma más bien extraña. Un día un Guardián que estaba de turno se puso a llorar súbitamente, porque su madre había muerto y se encontraba enamorado perdidamente de alguien con pareja, y entonces la Estrella empezó a emitir unos sonidos que se transformaron en música en su oído, y entonces él empieza a cantar y sus compañeros durmiendo despiertan y escuchan la música que emitía la estrella, y empiezan a cantar y a llorar con él. Y entonces se dan cuenta de lo que la estrella les había revelado. La Estrella les había revelado el canto del alma, la expresión del espíritu. De los estudiosos de la ciencia de la música se crea la expresión en artes, y los que se desarrollaron un buen tiempo en sus enseñanzas siempre se sintieron libres de penas, y sabían cómo librar de cargas las almas de la pena, la rabia, el rencor, y llenarlas de paz.

La Estrella de Marfil, como era llamada, fue la última de las Estrellas en revelar su don. A los Guardianes de esta Estrella se les dio la más dura espera de todas, porque había durado tanto que incluso los dones de las otras Estrellas habían llegado hasta sus oídos. Un día uno de ellos, cansado de la espera, fue a buscar a un Guardián de la Estrella Dorada, para ver si él pudiera ver algo que ellos no. Y cuando llegó del búsqueda con el Guardián viajero, él dijo: "¿No lo ven?, es hermosa, en verdad, porque yo he visto la luz de todas las estrellas, y en esta las veo todas." Y entonces los Guardianes de la Estrella de Marfil viajaron para ver si era cierto. Y resulta que todas las otras luces les parecían familiares, y se dieron cuenta de que eran capaces de imitarlas a todas, emitiendo la luz de cada una de las estrellas. Lo que enseñaba esta ciencia era el estudio de emitir las luces de las Estrellas para que, a su vez, ellas pudieran ser estudiadas sin la necesidad de estar en presencia de una Estrella.

III

Escribo esto para dar cuenta de alguna forma a los que sobrevivan de nuestra raza de lo que pasó alguna vez en algún tiempo en el pasado, pues estoy seguro de que no extinguirán a nuestra raza, mientras que los Guardianes no sobrevivirán a esta caza. El que lea esto sepa que lo escribo con el tiempo contado, mi fin está cerca, pues en un momento llegué a ser muy cercano a las Estrellas y sus ciencias. Ahora lo que sucede es que me han encontrado ya no hay más tiempo, adiós.

El enigma de las Gemas Oscuras

Autor: H. F. Riquelme

El desierto tenía un oscuro color dorado, desde todos los extremos del páramo corrían fuertes brisas y se sentía un sofocante y amenazador calor desde el cielo, el gemólogo Rick Lamtinus, un robusto hombre con la cabeza casi calva y unos gruesos anteojos, había encontrado en una de sus tantas expediciones un joya de color púrpura, similar a una cuncita actual, era una especie de roca en bruto que contenía en su interior un leve resplandor plateado.

El gemólogo decidió vender la pieza al “Museo de Ciencias Naturales” de la ciudad, que por esos días tenía una exposición de minerales. Era un templo de gran altura sostenido por pilares y una gran cúpula en el extremo superior.

De camino al museo fue espiado y seguido por un astuto cazarecompensas conocido como Ónice, que vendía piedras preciosas en el mercado negro al mejor postor.

Cuando Rick Lamtinus realizó la transacción de la joya púrpura con el curador del museo, Ónice entró por unas de las ventanas de la torre y asesinó a sangre fría al curador y al gemólogo sin piedad alguna, escapando con la roca a un destino desconocido. Tiempo después el cazarecompensas fue encontrado y sentenciado a vivir por toda la eternidad atrapado por un poderoso encantamiento.

- ¿Realmente esto te ha contado tu tío Adam antes de morir?

-Sí, Selene, mi amor, esta absurda historia me la ha contado mi tío en su lecho de muerte, pero yo no creo en esas estupideces, a este viejo lunático le encantaba contar leyendas fantásticas, yo cuando niño las creía, pero con el tiempo me di cuenta que sólo son disparates. – Dijo- Mientras ojeaba un pergamino café un tanto gastado.

- Además me ha dejado como herencia una antigua espada cimitarra con una gruesa empuñadura, él me ha dicho que porta poderes sobrenaturales. – Está en ese baúl de roble de la habitación de huéspedes- Dijo apuntando en dirección a un oscuro rincón.

Lance Hamilton, nuestro protagonista, es un joven de veinte años de edad, simpático, con gran carisma, vive de manera relajada, es un poco distraído y fiel con sus amigos. Tiene el pelo largo hasta los hombros, tez trigueña, el cuerpo delgado con algunos músculos en sus brazos y los ojos de café oscuro. Tiene una bella novia de su misma edad, llamada Selene, viven juntos en el monte a las afueras de una desértica ciudad. Ella es una delgada joven, de ojos pardos acompañados por unas largas y hermosas pestañas.

Selene abrió el viejo baúl de Lance y tomó de la empuñadura la espada cimitarra y probó su único filo pasando un dedo por encima.

- La espada está un poco gastada por el tiempo – Dijo Selene mirando a Lance a los ojos.

- Quizás fue forjada hace años y mi tío la debió haber comprado poco después de su lanzamiento al mercado.- Dijo Lance pensando e imaginándose lo sucedido.

- ¿Te gustaría probar tu nueva espada cimitarra en un duelo contra mí? – Le preguntó Selene a Lance un tanto emocionada.

- Bueno... pero tú y yo, ya sabemos quién será el ganador. – Dijo lanzando una fuerte carcajada.

- Eso es lo que tú crees- Dijo muy decidida la novia de Lance.

Los jóvenes novios bajaron por la escalera de caracol desde el segundo piso de su hogar y se dirigieron rápidamente a los jardines de la zona, era un extenso patio trasero con un poco de vegetación y arena en algunos sectores del lugar.

- Realicemos el duelo bajo el toldo que coloqué la primavera pasada para cuidar el césped del jardín.

- Me parece muy bien- Dijo Selene caminando hacia el sombrío sector del lugar.

Selene tenía una pequeña espada de hierro que había comprado el mes anterior en unas de las tiendas del desértico pueblo en donde vivían.

Selene golpeó el filo de su espada contra la nueva arma de Lance, que fue heredada por su tío Adam. Lance lanzó un fuerte movimiento hacia el cuerpo de Selene pero ella reaccionó rápidamente y lo esquivó.

- No esperabas que fuera tan hábil en los duelos armados- Le dijo Selene a Lance mientras se ponía en guardia frente a él.

- Esto recién está comenzando mi querida Selene, yo seré el indiscutible ganador.

El duelo no buscaba herir a ninguno de los dos, únicamente era para jugar y bajar la comida del almuerzo.

Selene volvió a lanzar un golpe con su espada y Lance la detuvo con la suya, haciéndola retroceder de su puesto.

- Eso no es justo Lance- Dijo Selene.

- Lo siento, pensé que eras más hábil en esto de los duelos, como dijiste hace un momento. – Dijo Lance sonriendo.

- ¡Así es, soy una guerrera Amazona, como aquellas de la mitología griega! – Gritó Selene mirando a su rival.

Ella le dio un fuerte golpe a la espada de Lance, este la sostuvo con fuerza y terminó partiéndose por la mitad, con algunas chispas de color púrpura y lanzando la parte superior de la cimitarra un poco más allá de un metro de donde se encontraban.

- Lo siento mi amor, creo que se me pasó un poco la mano con nuestro duelo. – Dijo Selene un poco avergonzada por lo sucedido.

- No te preocupes, está bien, esta espada está muy gastada y necesitaba mantención – Dijo Lance con una voz comprensiva y calmada.

- Quizás se pueda reparar la espada. – Le dijo Selene a Lance.

- Sí, eso creo. Le enviaré un mensaje al herrero consultándole si puede reparar esta antigua espada Cimitarra, lo que me llamó la atención fueran las chispas púrpuras que brotaron al romperse la espada por la mitad, tal vez fueron los rayos del sol y el resplandor del metal.

Lance y Selene tomaron las dos partes de la espada y la volvieron a guardar en el fondo del baúl de roble de la habitación.

Cuando bajó la temperatura del ambiente y se oscureció un poco el cielo, a eso de las diecinueve horas del día, Lance Hamilton escribió una carta en un pergamino, pidiéndole al herrero del pueblo, llamado Mastilav, que por favor arreglara la vieja espada cimitarra que había heredado de su tío antes de morir. Lance llamó con un fuerte silbido a una pequeña águila mensajera, luego amarró la carta que había escrito a una de las patas para que se la llevara al herrero lo antes posible.

A la mañana siguiente – El ave mensajera volvió a la casa de Lance y Selene, trayendo consigo la ansiada respuesta de Mastilav, el herrero. La carta decía que llevará las partes rotas de la Cimitarra a su taller que estaba ubicado en el mercado del pueblo y que la repararía pronto.

- ¿Vas a ir ahora al taller del herrero? Le preguntó Selene a Lance, después de que él leyera la carta de Mastilav en voz alta.

- Así es, la repararé lo antes posible para enmarcarla en la sala de nuestra casa, en honor a mi tío Adam y sus asombrosas leyendas que me contaba desde que yo era pequeño, quizás hasta la espada se vea aún mejor de como estaba antes de ser reparada.

Lance se dirigió al pueblo bajando por las rocosas laderas repletas de arena, que estaban en dirección al pueblo.

Al llegar al mercado Lance Hamilton vio muchísimas tiendas de diversos productos y servicios, tales como: Pescaderías, venta de baratijas, vendedores de frutas y verduras, músicos, venta de distintas

variedades de telas con distintos colores y diseños, arriendo de camellos y caballos, hasta que finalmente llegó a la herrería para que repararan la espada rota.

Mastilav lo estaba esperando, Lance le contó sobre lo sucedido con la espada, que fue heredada por su tío y el duelo con su novia, que había provocado que la Cimitarra se partiera en dos.

La herrería era un oscuro galpón, con distintos tipos de metales, planchas de hierro y acero, paredes de piedra y ladrillos, fogones, calderos con hierro fundido, cenizas y fuego, además de martillos de distintos tamaños.

- Aquí te traigo la espada que te pedí reparar en la carta.

- Está bien, tengo otros encargos antes del tuyo, déjame la espada arriba de ese mesón de la entrada y en unas horas más la repararé, - Dijo el herrero.

- ¿Para cuándo la necesitas?- Preguntó él.

- Lo más pronto posible, señor.

- Bueno, pronto te avisaré cuando este lista. – Dijo el robusto y barbudo herrero mirándolo mientras martillaba un trozo de metal con gran fuerza.

Lance volvía por el mercado en dirección a su casa, cuando escuchó el llamado de un extraño hombre con una larga barba, de avanzada edad, con traje oscuro y un largo bastón de madera.

- Hey tú, joven ven acá, debo hablar contigo. – Dijo el anciano hombre con bastón.

- Lance lo miró fijamente. Estaba desconfiando pero finalmente se acercó a él.

- ¿Qué necesita de mi, señor?- Dijo Lance.

- Yo soy el Druida del pueblo, mi nombre es Belárion.

- El mío es Lancé Hamilton.

- No pude evitar oír la conversación que tuviste con el herrero, yo era amigo de tu tío Adam.

- Qué bueno que lo conocí, el fue un buen hombre. – Dijo Lance,

- Así es, el me ayudo en una misión muy importante hace algunos años, ¿Podrías venir a mi hogar debo contarte algo?

- Bueno... está bien. - Dijo Lance de manera titubeante.

Al llegar a la casa del druida, se sentaron juntos en un ancho sillón negro y Balarión le ofreció un trago a Lance.

- ¿Qué es lo que tiene que contarme? – Pregunto Lance.

- Tu tío Adam y yo hace algunas décadas, encarcelamos dentro de tu espada cimitarra a un cazarecompensas con un poderoso hechizo.

Lance lo miró un poco molesto y le dijo – Si es otro viejo chiflado más, no tengo nada que hablar con usted.

- Es real lo que estoy diciendo, muchacho– Dijo Belárion.

- Si es así, pruébalo entonces. – Dijo Lance, con voz desconfiada.

El anciano druida se levantó del sillón y colocó un montón de libros sobre una mesa cercana a él, tomó su bastón y hizo levitar con un hechizo los libros por toda la habitación, quemándolos con llamas azules y arrojándolos finalmente a un viejo armario que estaba en el fondo de la sala en donde se encontraban.

- Lance lo miró asombrado y quedando casi sin aliento, le dijo.

- Es real, usted es un brujo. – Dijo Lance un poco asustado y choqueado por lo que acaba de ver.

- Así y tu tío, me ayudó a encarcelar a Ónice, por medio de una habilidad especial que yo le entregué momentáneamente.

- Luego de que asesinará al gemólogo y al curador del museo, nosotros lo buscamos.

Él estaba obsesionado con una roca púrpura, que forma parte de un conjunto de gemas con poderes, sirven como potenciadoras de la magia, pero si caen en malas manos, desencadenarán una gran maldición y desastrosas consecuencias.

- Yo pensaba que mi tío, sólo estaba loco y contaba leyendas para entretener a nuestra familia y sus amigos. – Dijo Lance apenado.

- Te entiendo hijo, no muchos conocen nuestra realidad, pero ahora tú eres uno de los nuestros, ya que Adam te ha heredado la cimitarra, lástima que se ha roto por la mitad.

- Nosotros desintegramos la gema mágica junto con el cazarecompensas, transformándolo en un humo púrpura y lo atrapamos dentro de la espada por toda la eternidad.

- Que bueno, espero que la rotura de la espada, no afecté el hechizo. – Analizó Lance.

- No lo creo hijo, fue un conjuro muy poderoso y él no tienen la fuerza suficiente para liberarse.

- Está bien, debo volver a mi hogar, ya se me hizo tarde. Es la hora de la cena y mi novia Selene me debe estar esperando.

Lance se despidió del druida y volvió a su casa que estaba ubicada sobre el monte más alto, se reencontró con su novia Selene y le contó todo lo que sucedió con el anciano Belárior en el pueblo.--

A eso de las veinte horas del día, el barbudo herrero Mastilav terminó los demás encargos que tenía antes del de Lance, eran unos cascos, unas dagas sin filo, lanzas rotas, entre otros artículos similares. Se colocó su mandil de herrero, limó un gran martillo negro, que tenía sobre una estantería, encendió un fogón, para generar una mezcla entre fuego, hielo y metal. Ese es el secreto del acero, preparó unas pinzas para poder dar vuelta la espada y se decidió a forjar la cimitarra sentando en un gran sillín de piedra.

Cuando Mastilav comenzó a forjar la espada y calentar el acero, se iluminó toda la habitación de la herrería, dándole un fuerte resplandor a las paredes de piedra del lugar. El herrero se asombró por lo sucedido y miró por la venta hacia afuera, por si había sido alguna estrella fugaz, al reincorporarse a su trabajo, toda la habitación estaba cubierta por denso humo de color púrpura, rápidamente la niebla entró por la boca del herrero provocando una fuerte explosión.

Muchos vecinos escucharon el fuerte estruendo proveniente del taller del herrero, algunos salieron a la calle para ver qué había sucedido pero no vieron nada extraño, cada uno de los presentes volvió a su respectiva actividad en sus casas.

Dentro del taller ocurrió algo sobre natural, el humo púrpura y Mastilav, se habían fusionado, formando un solo ser, un corpulento monstruo similar a un ogro mitológico, su piel era de color morado, tenía una gran barba enmarañada, sus extremidades eran fuertes y musculosas, pero lo más impresionante de todo su cuerpo, eran los ojos con grandes pupilas como dos cuncitas púrpuras. Tenía una estatura de aproximadamente dos metros y 10 centímetros.

La mente de Ónice había posesionado el cuerpo de Mastilav, creando un poderoso monstruo gigante. El monstruo destruyó el portón de la herrería y pasando por encima de todo lo que se ponía en su camino, aplastó a gente del mercado y a algunos los tomó con sus fuertes manos y los arrojó contra las murallas. Ónice se dirigió a un río lejano y desenterró dos gemas mágicas desde el interior del agua, él las había escondido un poco antes de ser atrapado dentro de la espada, era una espinela y un lapislázuli, siendo una piedra roja y otra azul, respectivamente. Luego llegó a un zoológico cercano ubicado a las afueras

del desierto, asesinó a los guardias del lugar con su descomunal poder y escogió para su compañía a un par de animales feroces.

Era un tigre de bengala y un oso pardo, al tigre le proporcionó con el poder de las gemas mágicas una armadura y ojos de color rojo, y con el oso realizó el mismo procedimiento, creándole una armadura y ojos azules, además de darle a las dos bestias una gran fortaleza defensiva.

Me vengaré de los que me encarcelaron, pronto Adam y Belárior sabrán quien es realmente Ónice – Gritó al nocturno cielo el cazarecompensas que ahora era un monstruoso ser.

A la mañana siguiente, el cazarecompensas fue con sus feroces acompañantes al centro cívico de la ciudad, retó al druida del pueblo con fuertes gritos, muchos de los presentes que estaban sentados en las bancas de la plaza del lugar escaparon despavoridamente de ahí, otros corrieron a avisarle al druida que este monstruo lo estaba retando.

Cuando Belárior se enteró de la noticia viajó a la casa de Lance, para que contarle que Ónice se había liberado del hechizo de la espada y probablemente había poseído el cuerpo del herrero del pueblo, posteriormente el Druida le pidió su ayuda para luchar contra el cazarecompensas. Belárior creó con su báculo otra espada cimitarra, esta vez era más actualizada y fuerte que la anterior, y se la entregó a Lance como arma para la batalla que se aproxima.

Lance Hamilton llamó algunos amigos y aldeanos del pueblo que fueron reclutados para luchar, armados con palas, rastrillos, lanzas, escudos y hachas.

Ónice lanzó al oso y al tigre contra los aldeanos, fuertemente se defendieron con los escudos y sus armas de hierro, el oso lanzó unos fuertes zarpazos contra un par de aldeanos, los demás se defendieron enterrándole una lanza en la espalda al temible oso pardo. El tigre de bengala rugió fuertemente y se iluminó su roja vista, luego se abalanzó rápidamente contra el druida, un poco antes de caerle encima, este se defendió creando una pared de fuego con su báculo mágico.

El oso mordió fuertemente en la nuca a uno de los guerreros de la batalla, arrancándole un pedazo de piel y dejándolo inconsciente sobre el empedrado piso del centro cívico. Los demás aldeanos fueron en su ayuda y otros, lo vengaron golpeando al oso con una pala en la cabeza, pero su azulada armadura amortiguó el golpe, quedando un poco mareado para seguir adelante con sus asesinos instintos.

El tigre que ya se había recuperado de las quemaduras por parte del druida, se dirigió a atacar a un aldeano que estaba desprevenido, le mordió un brazo, dejándolo mal herido, el alcanzó a reaccionar enterrándole un hacha en el cuello, los demás aldeanos lo empujaron hacia atrasas con sus escudos de hierro, haciendo que cayera por un risco hacia abajo.

Ónice al ver como sus feroces animales, no podían contra todos los guerreros a la vez, decidió tomar cartas en el asunto y decidió tomar justicia por sus propias manos. El cazarecompensas dio un salto de casi cuatro metros y llegando a donde se encontraban sus principales rivales. Quedando frente a frente hacia ellos y tomó entre sus manos al druida.

Belárior trató de luchar pero los fuertes dedos del cazarecompensas le apretaba cada parte de su cuerpo sin piedad, de pronto una pequeña roca de color esmeralda cayó de los bolsillos de su túnica, dejando un cráter en la tierra.

- Lance, toma la esmeralda y arrójasela Ónice- Dijo el druida con un hilo de voz.

- ¡Está bien!, lo salvaré de las fuertes garras del monstruo. – Dijo Lance decidido.

- ¡No podrán contra mí, ya no soy el de antes!, estás perdido Lance, despídete de este viejo estúpido. —
Dijo Ónice con una gutural voz.

Lance corrió rápidamente para tomar la roca esmeralda, al tomarla, la piedra reaccionó de manera inmediata, generando un gran resplandor verde, iluminando todo el lugar de la batalla.

La roca le lanzó un gran rayo de luz verde al fuerte ogro gigante, este trató de defenderse con rayos purpuras provenientes de sus ojos, al distraerse, soltó de sus enormes manos al druida Belárion, él con un hechizo de su báculo lo arrastro hacia él, Lance tomó la espada mágica con fuerza y con ayuda de la piedra esmeralda lo volvieron a encarcelar dentro de la espada, como si fuera una especie de imán mágico, arrojando al herrero Mastilav cerca de ellos, pero ahora estando inconsciente.

Todos los guerreros presentes fueron testigos de la gran batalla, el druida con un gran hechizo sanó a los heridos y asesinados por Ónice, salvó a los animales que habían sido poseídos y los devolvió al zoológico, como si nada hubiera sucedido, el herrero regresó a trabajar en su taller con normalidad, olvidando todo lo sucedido, gracias a un par de encantamientos.

Lance Hamilton tomó las tres piedras mágicas restantes, la espinela, la esmeralda y el lapislázuli, junto con la espada y las guardó en un lugar seguro, para que nunca volvieran a caer en manos equivocadas.

La sombra de Edique

Autor: K. Grafos

Nota del transcriptor: como en muchas leyendas de Elisia, no conocemos al autor de esta narración. Es muy probable que en la formación del relato hayan participado tantos individuos como voces lo han recitado desde la Edad Arcaica, que es cuando pudo haberse compuesto. Una variante se adaptó a una famosísima tragedia ahora en desuso. He prosificado los complejos hexámetros del poema original.
Fdo.: K. Grafos.

«¡Así perezca aquel, sea el que sea, que me tomó en los pastos, desatando los crueles grilletes, me liberó de la muerte y me salvó, porque no hizo nada de agradecer! Si hubiera muerto entonces, no habría dado lugar a semejante penalidad para mí y los míos».
Edipo Rey, Sófocles.

Era una tormenta de muerte, un vendaval sangriento, una brutal borrasca roja. Aplastó el cráneo de un factor pálido, cercenó el brazo de otro, pateó la rótula de un tercero y le partió la mandíbula al último. Soltó una risa perturbada y miró alrededor, sus ojos eran dos pozos umbríos en un monte de carne. Una barba impetuosa como un torrente rojo caía sobre sus harapos de nétai.

—¿Has terminado?

—¿Ug?— Garcan liberó otra carcajada rota como un alud y coceó la cara de un enemigo moribundo.

—Eso no era necesario —dijo Auledo con calma—. Podríamos haberle interrogado.

—¿Eh?

—Pues que no hay que matar a todos los pálidos. A veces es más útil obtener información. Como nétai deberías saberlo. ¿Por qué nos siguen? ¿Qué hacen en este territorio? ¿Quién les envía? ¿Cuándo llegarán más?

—¡Paparruchas!— gruñó Garcan. Carraspeó y escupió un espumarajo de lava.

—El ruido y la furia —resopló el poeta—. Cuando se te pase, me avisas.

Auledo se sentó sobre una roca con el ceño fruncido. Limpió con tranquilidad su espada de antenas y revisó el filo con la misma disciplina, el mismo arte, con que enhebraba versos para los recitales. Garcan hinchó los carrillos, ojeó su falcata, respiró con el vientre y se rascó la entrepierna, un poco más tranquilo, buscando la armonía. Sacudió la cabeza como un buey destinado a una hecatombe.

—Pues tienes razón —farfulló el ciclópeo nétai—. Pero es que a veces...

—Ea.

—Será mejor que... Por si acaso...

Garcan se quitó el cochambroso manto, entró en el Iber Mastia y ojeó los flemáticos remolinos de agua arcillosa. Hundió las manos hasta los codos, se frotó las heridas abiertas y limpió la sangre coagulada. Sumergió la cabeza, estiró la espalda y sacudió las greñas de carbón, provocando una churretosa lluvia a su alrededor.

—Como un oso— murmuró el poeta.

Entonces, algo rozó el muslo de Garcan.

—¿Eh?

El nétai se volvió y agarró un pequeño canastillo que la corriente había traído. El capacho era de junco y tenía las rendijas selladas con brea para que no le entrara agua. Dentro había una algodonosa piel de oveja, así como un pequeño jabalí de barro, un fino alabastrón de vidrio y una menuda, sonrosada, regordeta y silenciosa criatura. Olía a leche dulzona.

—¡Ay!

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

El gigantesco nétai hundió sus manos de roca en el cesto, despertó al bebé y lo extrajo con la suavidad de una avalancha. El rorro tenía una delicada carita redonda, de carrillos golosos, ojitos dulces y grandes, así como una pequeñísima y adorable nariz redonda, como de cerdito, que daba ganas de morder. Llevaba las muñecas atadas con un cordel.

—¿Qué es... eso?— preguntó el poeta desde la orilla. No era el mejor de sus versos.

Garcan soltó una risotada triunfal y agitó al bebé por encima de su cabeza, como un trofeo de guerra.

—¡Por Netón! ¡Que se te cae!

El nétai sonrió con cara de estúpido, devolvió la criaturita a su lugar, cortó el cordel con el filo de su pesada falcata, agarró el cesto como un saco de nabos y salió de la corriente. Su duro rostro mudó por variadas emociones, entre las que estaban la gloria, el éxtasis, la devoción y una inesperada y patética ternura. Auledo le recibió con la boca abierta.

—¿De dónde ha salido esa... cosa?— inquirió el poeta.

—Es un hijo de las aguas, supongo.

Garcan depositó, con delicadeza, el cesto sobre una roca. Alrededor había un océano de sangre y vísceras, miembros cercenados, cadáveres despojados y un factor pálido, con la pierna rota, que jadeaba como caballo moribundo que merece ser sacrificado. El bebé se agitó en el cesto, asustado por el ruido. El nétai chistó y, poco después, optó por degollar al enemigo para que dejara de molestar. Y de sufrir, ya de paso.

—¿Quién lo habrá abandonado en el río? —Auledo se inclinó sobre el capacho haciendo una mueca—. ¡Hola cochinillo! ¿Quién eres?

El bebé alzó las cejas y emitió una contagiosa risotada. El nétai y el poeta sonrieron embelesados, olvidándose del peligro que se les venía encima. Auledo apartó la piel de oveja, desanudó el pañal de lino y arrugó la frente. Después volvió a sonreír.

—Me parece que nuestro cochinito es cochinita. ¿Eh, cochinita?

La criatura cacareó con alegría y el eco de su voccecita resonó en el carrascal.

—Creo que le caes bien —dijo Garcan, que acercó el barbudo rostro al cesto—. ¡Hola jabalí!

El rorro abrió la boca, desencajó los ojos, frunció el ceño y desembocó en un atormentado llanto de terror. Garcan chistó varias veces e hizo un aspaviento con las manos.

—Creo que le caes mal— comentó Auledo.

—Yo no diría eso, debe tener hambre.

—¿Hablas por ella o por ti?

La criatura lloró aún más, con un chillido agudo y penetrante como aguja de pino.

—Ya, ya, ya.

—Como siga berreando así va a atraer a todo el ejército pálido— dijo Auledo, oteando alrededor.

—Pues hazle cualquier tontería, resabio —Garcan resopló y cruzó los enormes antebrazos de piedra sobre el pecho montañoso—. Tú que sabes tanto de todo y te llevas bien con todo el mundo. ¡Brf!

El poeta se llevó el pulgar a la nariz, extendió la palma de la mano y aleteó los dedos. El bebé relajó el rostro y le observó con sus ojos brillantes, hechizado durante un rato, hasta que volvió a sonreír con su boquita vacía de perlas.

—La trajó el río —dijo el nétai—. ¿No será una...?

El poeta recitó:

Ninfa de Náyade hija la más bella,
adora que vio el reino de la plata...

—Suficiente —atajó Garcan—. ¿Qué hacemos con ella?

Auledo chascó la lengua, contrariado.

—Tendrá que comer —insistió Garcan—. Digo yo, vamos.

—¿Le vas a dar el pecho?

Garcan abrió la boca y fue a decir algo, pero un leve chasquido llamó su atención. Ambos se volvieron de un salto y protegieron el cesto con sus cuerpos atormentados. Aprestaron las armas, tensos como hondas. El nétai afiló los ojos, mientras que el poeta escrutó la espesura del bosque.

—Tranquilos —dijo Tanit saliendo de un matorral de jaras—, soy yo. ¡No os vais a creer lo que está pasando en Mastia! ¡Una auténtica locura! —llegó hasta ellos—. ¿Se puede saber qué os pasa? Bueno, es igual. Veréis, ayer llegó a la ciudad una embajada de pálidos escoltada por un enorme ejército. Al parecer, el dimarca de Lisia quiere casar a su hijastra con el idiota del edecán de la tribu y así someterle a su voluntad un poco más. El caso es que la moza debe tener unos dieciséis años y pesará como dos vacas preñadas. Y el maldito dimarca ha aprovechado la ocasión para acercarse al Oráculo de Belisto y cuando... ¿Qué es ese ruido?

Tanit desenfundó sus puñales arrojadizos. El bebé emitió un desconsolado llanto.

—¿Estáis matando a un gato?

Garcan apartó su macizo cuerpo y señaló el cesto con la falcata de hierro, a punto de clavarle la punta a la criatura.

—Es un bebé.

—¿Un qué?— Tanit dio un respingo.

—Pues eso —dijo el nétai—. Por cierto, tú debes saber de estas cosas. ¿Tendrá hambre? ¿Qué puede comer?

—¡Yo qué voy a saber! —Tanit negó con la cabeza y se acercó con cuidado, como si fuera una trampa, arrastrando los pies—. En mi vida he tocado una cosa de esas. ¡Por Tagodis, qué bicho más feo!

—Un poco de respeto —atajó Garcan—. Es una niña.

Auledo atendió a la criatura, que dejó de llorar.

—¿No se supone que las mujeres sabéis de bebés?— preguntó Garcan.

—Pues no sé porqué —Tanit alzó la barbilla—. Yo me dedico a la guerra, no a criar conejos.

—¡Estamos apañados! ¿Y qué hacemos con ella?

—¿Dónde la habéis encontrado?

—En el río. Podría ser una...

—Pues al río— cortó Tanit. Apoyó los puños en las caderas y miró de reojo.

—Ni hablar.

—No podemos andar por ahí con esa cosa, sobre todo con un ejército de pálidos en los alrededores. Esta matanza que habéis cometido aquí no es nada con lo que nos espera... Si la cosa ha venido con la corriente será de la camada de alguna fulana de Mastia.

—No creo —añadió Auledo—. Podría ser una ninfa o algo peor. Trae consigo un alabastrón de vidrio que debe valer una fortuna.

—Pues nos lo quedamos y devolvemos la cosa al río.

—¡He dicho que no! —atajó Garcan, que se inclinó sobre el bebé—. ¿A que no, jabatita?

El bebé desencajó los ojos, muerto de miedo.

—Deja de asustar a la criatura, que la vas a acomplejar— Auledo empujó al nétai.

—¿Asustar? ¡Si estoy siendo de lo más delicado! ¿Verdad que sí, jabatita?

La criatura sollozó. Auledo sacudió la testa. Garcan sonrió embobado. Tanit resopló.

—Estáis embrujados —dijo ella—. Es más, habéis perdido el control de la situación. Tenemos que movernos ya. Escondernos. Planear un ataque y acabar con el dimarca. La peste está asolando la ciudad, una peste llamada pálidos. Es la ocasión perfecta para...

—Parece que le gusta tu voz— comentó Auledo.

—¡Bah!

Se quedaron en silencio durante un rato, cada uno perdido en su mente vacía como un páramo en invierno. El bebé eructó.

—Se me ocurre una cosa —dijo Garcan mientras se echaba el manto sobre el hombro izquierdo—.

Conozco a una familia de cabreros por aquí cerca. El ciclo pasado les liberé de unos cerberos sangrientos, así que quizá me devuelvan el favor haciéndose cargo de la criatura hasta que decidamos...

—Buena idea —dijo Tanit—. Deshacernos del problema es buena idea.

—No he dicho deshacernos de, he dicho que se hagan cargo. Temporalmente.

—Lo que quieras.

—Apoyo la moción— añadió Auledo.

—Pues ya está— sentenció Garcan mientras se ajustaba la fíbula de hierro del manto.

Y así fue como se volvieron a separar, tensos y preocupados por los pálidos acechantes. El nétai y el poeta se hicieron cargo del bebé y Tanit, con cara de pocos amigos, volvió a la ciudad a recopilar más información sobre el devastador ejército, los movimientos del dimarca y cualquier otra noticia que les pudiera servir para golpear al terrible enemigo de La Forja. Debían hostigar a los invasores del otro lado del Zalassa. A los opresores que, después de levantar sus colonias, se habían dedicado a someter a las Tres Tribus, desplegando una inmundada peste de muerte y putrefacción que estaba corrompiéndolo todo.

Garcan cargó con el cesto y atravesaron el carrascal como furtivos, deteniéndose de cuando en cuando para comprobar que no les perseguían. El nétai aprovechaba para revisar que el bebé estuviera bien. En todas las ocasiones, lo estuvo. Sin embargo, a cada rato emitía un llanto lastimoso que les erizaba como espinas y que solo el buen hacer de Auledo podía mitigar. Cruzaron un arroyo, deambularon por un claro y apretaron el paso hacia los cerros tapizados de pastos que, en la lejanía, recibían la caricia de los dedos de los Gemelos, los dos soles sanguinolentos.

—¿Tendrá nombre?— preguntó Garcan al cabo de un rato.

—No creo, es demasiado joven para eso. Me parece que los pálidos tampoco nombran a sus hijos hasta que han pasado dos ciclos y se aseguran de que no van a morir. Pero solo lo creo, no lo sé con certeza.

—Pues yo creo que deberíamos ponerle un nombre —dijo el nétai echando un vistazo a la sonrosada criatura—. Así igual nos aseguramos de que no muera.

—No sé si el asunto funciona en ambos sentidos.

—¿Cómo podríamos llamarla?

—¿Como tu madre?

Garcan le miró con rabia.

—Yo no tengo madre conocida y lo sabes.

—Ya, por eso lo digo.

Caminaron otro trecho sumidos en un hosco silencio, vigilantes. Tomaron un sendero de corzos para evitar los caminos y la áspera maleza de zarzas y parrillas. El bosque olía a jaral y hojarasca, pero un aroma a leche materna envolvía a la pareja de brutales guerreros.

—¿Te has fijado que tiene una mano hinchada?— insistió Garcan.

—Sí, me he fijado. Debe ser a causa de las ataduras.

—¿Y si la llamamos Edique?

—¿Y si esperamos a que crezca y se lo preguntamos?

—¡Bah!

Auledo resopló.

—Nuestro sino, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa. Y mientras tanto, cuidar de un bebé. Volvieron al silencio del bosque, que más bien era el sospechoso susurro del viento entre las hojas y el aleteo de las cornejas y el chillido de las urracas y el murmullo de los arroyos y el chasquido de las ramas.

A cada trecho, Garcan se detenía y hacía una fruslería a Edique con sus manos llenas de cicatrices. Ella le devolvía un gesto de susto, o un llanto tímido, o una mueca de rechazo. No por ello, el enorme nétai cejaba en su empeño de empatizar con la criatura que le había robado el corazón que parecía no tener, encallecido por la muerte, ensombrecido por la guerra.

Auledo, mientras tanto, ora silbaba tonadas para tranquilizarla, ora canturreaba coplas villanas, a ratos recitando un viejo romance que comenzaba así:

Mis arreos son las armas,
mi descanso es pelear,
mi cama las duras peñas
mi dormir siempre velar...

Al fin, llegaron a un triste y polvoriento poblado de tres chozos arrugados. Fue difícil convencer a la magra y pobre familia de que se hiciera cargo de Edique. Garcan utilizó sus menguadas artes oratorias, Auledo optó por un carnal soborno. Después, el nétai habló de fidelidad y honor, mientras que el poeta contó una historia sobre la compasión. Finalmente, el nétai se sirvió del lenguaje más prosaico, efectivo y habitual en él. Amenazó con un susurro tranquilo y cargado de presagios. Y la familia aceptó a Edique como una más de su rebaño de cabras.

Cayó el sangriento atardecer de la noche sin noche del verano en La Forja. Y se sucedieron, tensas y celosas, las dos jornadas pactadas con Tanit, hasta que ella apareció a lomos de un macilento caballo robado a los pálidos. Mientras tanto, Garcan había aprendido a cambiar pañales a la vez que vigilaba la

vereda y Auledo a dar de beber leche de cabra a través un pellejo para bebés, que era como un triste pellejo de vino pero sin vino.

Se encontraron en las afueras del poblado, en una pradera soleada, un mar de hierba con crestas de amapolas. El lugar parecía sacado de uno de esos idilios que detestaba el poeta. Edique, en su cesto, dormía el sueño sin sueños de los inocentes, mientras Auledo fabricaba una zampoña de cañas y cera. Garcan, por su parte, estaba sumido en profundas cavilaciones que se convirtieron en profundos ronquidos. Los últimos tiempos habían sido agotadores y las noches sin noche eternamente largas, interrumpidas por llantos, quejidos y repentinos accesos de locura infantil, salpicados por unos berridos nacidos de las entrañas del Orco.

—Estamos en el fango— saludó Tanit. Desmontó de un brinco, nerviosa.

—¿Qué ha pasado?

—El Oráculo nos ha metido en el fango. Sin sandalias. En invierno. Con una tempestad de rayos y... Deberías despertar al oso. Esto es realmente importante.

—¡Arriba tarugo!— Auledo zarandéó a Garcan, que abrió los ojos despacio y estiró los brazos entre chasquidos de sus articulaciones. Como de costumbre, había dormido con la cabeza apoyada en su falcata.

—Morir... dormir; no más—. Y bostezó.

Auledo y la guerrera intercambiaron una mirada.

—Hola Tanit.

—Escuchad, tenemos poco tiempo.

—¿Eh?— Garcan se frotó los ojos con los nudillos. Tenía agujones en las sienes y la boca pastosa.

Bebió un trago del pellejo de Edique... y escupió la leche al descubrir que no era vino. Auledo le censuró con una mirada.

—Esa cosa del cesto es... una pesadilla— soltó Tanit.

—¿Qué tal si arrancas de una vez?

—¿Os acordáis que el dimarca fue al Oráculo de Belisto? —preguntó ella. Ambos asintieron—. Pues bien, la pitia anunció al jefe de los pálidos una profecía espantosa que enloqueció a su esposa. Una mujer realmente extraña y siniestra, una especie de espectro. Al parecer, el oráculo presagió una alargada sombra sobre su recién nacida, la heredera. Dijo: «será manifiesto que ella misma es, a la vez, hermana y madre de sus propios hijos, hija y esposa del hombre del que nació y de la misma raza, así como asesina de su madre».

—¡Por Netón!— Garcan se despertó del todo. Una lúgubre sensación le aplastó el corazón.

Auledo se pellizcó la barbilla, meditabundo, antes de hablar.

—Mal asunto eso del destino y la voluntad.

—Entonces —siguió Tanit—, la esposa del dimarca ordenó degollar a la criatura. Una brutalidad.

—Los civilizados son unos bárbaros— comentó Garcan.

—Sin embargo, al dimarca le pudo el amor y la compasión. No estaba dispuesto a matar a su propia hija, así que escamoteó al bebé, lo metió en una cesta y lo abandonó en el Iber Mastia. Igual que hacen las meretrices que no tienen forma de alimentar a sus recién nacidos.

—Entonces... ¿se supone que Edique es...? ¿De nuestro enemigo?

—Al principio tenía mis dudas, pero escuchad...

Edique despertó, estiró sus pequeños y regordetes bracitos y emitió un quejido lastimero seguido de una risotada. Un hedor nauseabundo a huevos podridos inundó el ambiente.

—Escuchad...

—Un momento —atajó Garcan. Agarró a Edique con una mano de roca y con la otra extendió la piel de cabra sobre la hierba. Con rara dulzura para un bruto como él, depositó al bebé sobre el pellejo y contuvo el aire para cambiar los pañales.

—¡Ya está bien! —cortó Tanit, que no paraba de ojear por encima del hombro. Ambos guerreros la censuraron. Edique soltó una ventosidad y una carcajada de placer—. Me enteré de que el dimarca puso en el cesto un alabastrón de vidrio, por eso reconocí a... Esa cría de conejo es el enemigo.

—¿Qué enemigo? —intervino Auledo—. ¿No ves que es una pequeña indefensa?

—¿Y cuando crezca qué?

Un susurro llegó hasta Tanit, que se sobresaltó y miró alrededor, inquieta.

—¿Qué importa de quién sea hija? —terció Garcan mientras desanudaba el pañal sucio—. Si se cría como una mastiena, será una mastiena. Una preciosa, sanísima y dulce cabrera mastiena. ¿A que sí, jabatita?

Por primera vez, Edique devolvió una sonrisa a Garcan. Éste, asombrado y complacido por el gesto, acercó su barboso rostro al bebé. Ella liberó un flatulento trueno.

—¡Sh!— Tanit se puso en guardia..

—Yo también lo he oído— susurró el poeta.

—¡Por Netón! —el nétai carcajeó como un volcán—. ¡Va a ser una ardiente guerrera! ¡Qué poderío! ¡Qué orgullo...!

El aleteo de la muerte, esa ignorada región de cuyos confines ningún viajero vuelve, agitó la pradera.

—¿Quién es la jabatita más sanota de La Forja?— chilló el nétai.

—¡Cállate idiota!— reprendió Tanit.

—No me hables así.

—¿Qué te crees, una matrona? —Tanit estrujó el astil de su dardo arrojadizo—. Os digo que la esposa del dimarca se enteró de la treta.

—¿Y bien?

—Pues que convenció a su amante, el líster de los ejércitos pálidos, de que movilizara a sus factores para encontrar a la cosa recién nacida y degollarla.

—¿Y bien?

—¡Pálidos!— gritó Auledo.

Garcan dio un respingo, gruñó y estudió a la caterva de enemigos que brotaba de las entrañas del bosque. Factores pálidos, armados con dardos y gladios, cargados de corazas de bronce, berreando en su lengua hostil, corriendo como una manada de chacales sangrientos.

El nétai se alzó como una montaña, se consagró al dios Netón y decidió que jamás permitiría que le hicieran daño a la pequeña Edique. Oráculos o no, ella viviría y, si era necesario, juntos desafiarían a dioses y mortales, al tapiz del destino mismo. No sería la primera vez.

Sus gritos de guerra fueron como la erupción de un volcán.

Y esgrimiendo un pañal sucio, Garcan se arrojó a la batalla.

El legado de los osos de Rhûn

Autor: Rod Thaliön

Bajo un cielo nocturno empapado de estrellas, en las ya oscuras planicies de Rhûn localizadas al este de la Tierra Media, se ubicaba una solitaria cabaña, dentro de la cual se escuchaba una voz ronca leyendo en voz alta.

“Cada vez que la osa Igrid miraba el atardecer, la melancolía invadía sus recuerdos, hace más de un mes, durante un atardecer igual a ese, sus crías la habían abandonado para comenzar sus propias vidas. ¿Cómo estarán? ¿Qué estarán haciendo? son preguntas que aparecían frecuentemente en la mente de

Igrid. A menudo, con el propósito de contestar dichas interrogantes, ella solía cerrar sus ojos e imaginar a cada una de sus crías. Aquella tarde, Igrid comenzó a pensar en Ugruh, el mayor de sus oseznos. Aunque Ugruh era una criatura tímida, era un oso que dejaba que sus hazañas hablaran por él. Ugruh era reconocido como un gran guerrero por las diferentes manadas de osos que habitaban en las costas del mar de Rhûn, por ejemplo, a pesar de su corta edad, este oso en un par de ocasiones ya había liderado, de forma exitosa, al batallón de osos jóvenes para repeler los ataques de las bandadas de cuervos del sur. Ugruh estaba convencido de que si él no se hacía personalmente cargo de detener dichas invasiones, en el futuro los osos de Rhûn se verían obligados a emigrar a las tierras del norte”.

“Y así terminamos este capítulo” - dijo Mahio, quien era padre de una numerosa familia Auriga y dueño de una de las pocas granjas de cereal de la zona. “Bueno hijos míos, es hora de dormir, mañana comenzamos con la cosecha y este año quiero enseñarles las tareas de la granja”. Instantáneamente Ahan, Lioh, Thok y Cuh, sus cuatro hijos, empezaron a protestar, argumentando que aún tenían sed de historias, sin embargo repentinamente apareció Cuniz, esposa de Mahio, y les dijo a los cuatro jóvenes: “El Legado de los Osos de Rhun es un libro extenso, que debe ser digerido lentamente, mañana su padre les leerá un nuevo capítulo”. Los niños inclinando lentamente sus miradas hacia el suelo, con resignación detuvieron sus quejas y se retiraron del salón.

Al otro lado del salón un anciano miraba esta hogareña situación. Éste suspiraba resignadamente porque también le hubiese gustado escuchar un par de capítulos adicionales de El legado de los Osos de Rhûn. Había algo en esa historia que lo hacía sentirse conectado con su pasado. A un pasado ausente y difuso, puesto que el pobre viejo sufría de alguna especie de amnesia, que lo privaba de sus recuerdos y que sobretodo no le permitía entender cómo había llegado a esa cabaña. El anciano había sido encontrado por Mahio en la ruta de Los Cuernos hace un par de días atrás. El viejo estaba semi inconsciente y muy herido, con señales de haber sido fuertemente golpeado, lo que según Mahio podría ser la causa de tan extraña amnesia. Ahan, el menor de los hijos de Mahio, apodó al desconocido anciano como El Emisario, puesto que el anciano, al momento de ser encontrado, vestía túnicas de un color azul muy similar al color de los trajes de los mensajeros de los Auriga, quienes mantenían comunicadas a las diferentes tribus semi nómades de dicho pueblo.

“¡Viejo Emisario!” - gritó Mahio desde el otro extremo del salón - “Es mejor que duermas un poco, mañana nos visitarán durante la cosecha representantes de diferentes tribus, probablemente alguien te reconozca y te vuelva a conectar con tu pasado”. La cosecha era uno de los días más importantes de los Auriga, era el momento en que las diferentes tribus recargaban sus provisiones para el invierno. El Emisario asintió con su cabeza, se volvió a recostar en su asiento y cerró sus ojos lentamente.

Mientras empezaba a quedarse dormido, las velas se fueron apagando lentamente y el silencio invadía sigilosamente a toda la cabaña. El Emisario pausadamente era atrapado por sus sueños, los cuales estaban cargados de imágenes, imágenes ficticias que parecían reales. Repentinamente una voz intensa empezó a resonar en su mente, una voz que repetía la palabra “Pallando”.

“¡Pallando!” - exclamó Alatar - “Por fin te vuelvo a ver amigo mío, rogué al gran Oromë que te trajera ante mi presencia”. Pallando miró fijamente a Alatar y dijo: “La semilla de las fuerzas oscuras se ha esparcido por la Tierra Media, mi existencia pasiva no podía continuar, no podía seguir observando, sin hacer nada, como la canción de Ilúvatar era sigilosamente silenciada por la oscuridad”. “Así es mi querido Pallando, nuestra razón de existir es detener a las fuerzas oscuras y mantener la armonía de la canción de Ilúvatar, la armonía de la Tierra Media” - respondió Alatar. Pallando miró al horizonte, suspiró y respondió a Alatar: “Y bueno, mi razón de existir también es que no te lleves todo el crédito de detener al señor oscuro”. Ambos rieron al unísono.

Era una mañana de otoño y árboles con troncos blancos y hojas de diferentes tonos rojizos decoraban el lugar. Lugar donde ocurrió el primer encuentro entre Alatar y Pallando, o al menos el primer encuentro entre sus formas físicas, puesto que ambos ya se conocían. Anteriormente Alatar y Pallando eran lo que se denomina Maiar o seres celestiales, que dado su naturaleza pura fueron transformados por el ser superior Oromë en lo que se llama Istarí o simplemente seres físicos. Todo esto con el objetivo de que Alatar y Pallando ayudasen a combatir las fuerzas oscuras que asediaban a la Tierra Media. Aunque ambos Istarí poseían poderes ciertamente sobrenaturales, sus formas físicas eran las de dos ancianos, como si su origen celestial fuera sinónimo de experiencia, además ambos vestían de azul, como si fuese una señal de que ambos compartían la misma misión.

Durante los meses venideros Alatar y Pallando recorrieron variados rincones de la Tierra Media. Visitaron desde las montañas Azules hasta el bosque Oscuro. En su camino siguieron los rastros dejados por los adherentes del señor oscuro o Sauron, como algunas historias lo comenzaban a llamar. Ambos Istarí sanaron a hombres corrompidos por la oscuridad y combatieron bestias malignas que provenían inexplicablemente de regiones lejanas.

“No puedo parar de asombrarme de la creación Ilúvatar, verdaderamente es una canción perfecta, cada árbol es una nota aguda, cada montaña una nota grave, bosques y montañas son verdaderos acordes” - dijo Alatar durante una escala de rutina en un viaje a través del bosque de Oscuro. Ambos Istarí habían decidido acampar esa noche en una colina en medio de dicho bosque, donde se podía apreciar una gran extensión de árboles y las montañas Nubladas a lo lejos. Pallando, encendió su pipa de madera, miró seriamente a Alatar y le dijo: “Sin duda es perfecta, cada detalle me conmueve, sin embargo los hombres me preocupan” - Pallando suspiró y continuó su reflexión: “Son tan vulnerables, tan corruptibles, siento que representan un riesgo poderoso capaz de desafinar y distorsionar la canción perfecta de Ilúvatar...” - repentinamente Alatar interrumpió intempestivamente - “¡Pero también tienen el potencial para enriquecerla! Son como ese bardo que es capaz de improvisar instantáneamente una canción y hacer que ésta suene durante una noche entera”. “Mmmm” - Pallando murmuró mientras hacía figuras de humo con su pipa- “Ambos sabemos que en nuestro viaje hemos presenciado a bardos talentosos y bardos sin un ápice de talento”.

Semanas más tardes Pallando y Alatar vivieron uno de los desafíos más difíciles en su lucha contra los seguidores de Sauron. Dadas las historias que algunos campesinos les habían contado, ambos Istarí decidieron atacar sorpresivamente al edificio de la alcaldía de una aldea ubicada al norte de Gondor, donde su alcalde se había vuelto completamente demente. Thalionis, era un alcalde reconocido por sus obras de infraestructura, había impulsado la construcción de puentes y canales de regadío, sin embargo, repentinamente comenzó a obsesionarse completamente con la idea de crear un ejército. El conflicto comenzó a dar de qué hablar cuando dicho alcalde comenzó a ejecutar sistemáticamente a los aldeanos que no estaban dispuestos a seguirlo, argumentando que era el deseo del señor oscuro crear este ejército y no existía fuerza alguna sobre la Tierra Media que lo pudiese detener. Llegada la media noche, ambos Istarí atacaron al edificio, dejando inconsciente con sus poderes a todos los soldados que pusieron resistencia. Finalmente Alatar acorraló a Thalionis en el salón de armas de la alcaldía. “Anciano decrepito, nadie es capaz de vencer a Sauron, todo el mundo conocido pasará a formar parte de su reino” - gritó inhumanamente Thalionis. “Calla y mírame cobarde” - gritó en respuesta Alatar, mientras éste conjuraba un hechizo para expulsar las semillas de oscuridad que yacían dentro del alcalde. En medio de esta pelea apareció Pallando, quién rápidamente gritó: “¡Alatar elimina al alcalde ahora! Este gusano no puede quedar libre, es débil, es corruptible, es un arma de Sauron”. Pallando comenzó a conjurar un hechizo para crear un ataque mortal para eliminar al alcalde, sin embargo antes de terminar el conjuro Thalionis cayó inconsciente sobre el suelo, el hechizo de Alatar para expulsar las semillas de oscuridad había hecho su trabajo. En seguida Alatar le gritó a Pallando “¡No Pallando!, no puedes hacer eso, si una banda de músicos itinerante posee un guitarrista desafinado, no lo eliminas simplemente, sino

que le enseñas a tocar mejor” - Pallando miró con enojo a Alatar y dirigió su ataque hacia otro lado, destruyendo una muralla de piedras y dañando algunos muebles del lugar.

Un par de semanas después Alatar y Pallando se encontraban viajando hacia los territorios del este. Anteriormente, en su camino habían hecho una escala en Isengard, donde se reunieron con Saruman, el Istarí más poderoso de la tierra media. Saruman les sugirió que prosiguieran su viaje hacia la región del este, debido a que sus fuentes le habían revelado que las fuerzas de Sauron estaban comenzando a corromper a los lugareños en las cercanías del mar de Rhûn y era imprescindible detenerlas. El mar de Rhûn ya se veía a lo lejos y el silencio de las planicies colindantes era imponente. Esta quietud fue interrumpida súbitamente por Pallando, quién preguntó: “¿Qué son esas extrañas estructuras que se ven en la lejanía?”. “Lo ignoro Pallando, aunque no sé si mis ojos de anciano me engañan, pero creo que se están moviendo hacia nosotros” - contestó Alatar. “Debemos ser precavidos, probablemente el propósito de estas estructuras no es amistoso” - complementó Pallando. A medida que ambos avanzaban sobre la ruta, estas estructuras se acercaban hacia ellos, gradualmente la pareja de hechiceros comenzó a apreciar los detalles de dichas estructuras. Eran carrmatos gigantes, poseían el triple de altura que la de un Troll, seres que ambos Istarí habían visto en los bosques de Trollshaws hace un par de meses atrás. Estos carrmatos eran fortalezas andantes, que pertenecían a los Auriga, quienes eran pueblos semi nómada de tradición guerrera que utilizaban estas estructuras para cuidar sus territorios. En un par de minutos los Istarí se vieron rodeados por cuatro de estos carrmatos, los cuales abrieron sus puertas y desde ellos afloraron numerosos guerreros. Alatar y Pallando tenían experiencia luchando contra ejércitos de máximo cuarenta guerreros, pero en este caso eran más de cien, por lo que ambos Istarí permanecieron inmóviles y fueron tomados como prisioneros.

“Entonces el oso Ugruh realizó un grito semejante al sonido de un glaciar derrumbándose, al unísono los más de mil osos se quedaron completamente en silencio. Ugruh debía dejar constantemente en claro las razones de porqué él era el líder del ejército. Ugruh estaba convencido de que sus tropas eran débiles y que sólo bajo su feroz mando se transformaban en armas poderosas. A pesar de ser un ejército numeroso, Ugruh conocía personalmente a cada uno de sus soldados, más que mal ya llevaba más de cinco años al mando del ejército adulto de los osos de Rhûn, había logrado expulsar a las bandadas de cuervos hacia el sur y ahora se disponía a invadir las regiones del sur con el único objetivo de eliminar definitivamente la amenaza de los cuervos”.

“El oso Harkah, el brazo derecho de Ugruh, se acercó a su líder. Con una voz titubeante le sugirió: -Nos adentraremos en territorio desconocido, donde el enemigo es poderoso, mi intuición me indica que deberíamos dividir nuestro ejército, atacar sorpresivamente desde diferentes flancos...- Harkah fue repentinamente interrumpido por Ugruh: -¡Basta! nuestros soldados son débiles y vulnerables al miedo, solamente como un bloque unido son indestructibles!-. Harkah miró a Ugruh con miedo, mientras éste último comenzó a respirar cada vez más fuerte mientras comentaba: -Los cuervos son fuertes porque atacan en bandada, no porque son guerreros solitarios. Al igual que ellos, nosotros debemos atacar en grupo, como si fuésemos una bandada. No creo en caudillos solitarios, creo en mi ejército unido-. Mientras tanto el sol del amanecer comenzaba a salir detrás de las montañas, señal de que el ejército debía prepararse para iniciar su ataque final”.

Pallando despertó desorientado dentro de un calabozo, mientras escuchaba una voz tosca que leía en voz alta uno de los capítulos del libro El Legado de los Osos de Rhûn, un libro famoso entre los pueblos del este, el cual era comúnmente utilizado para transmitir de una generación a otra los valores que forjaban el carácter y mentalidad de los pueblos semi nómadas de la zona. La situación fue interrumpida cuando uno de los guardias abrió la puerta de la celda y con un látigo comenzó a golpear a Pallando. Éste, al verse en un estado de total impotencia, fue invadido súbitamente por una ira incontrolable. Pallando, a pesar de los golpes sucesivos, se puso de pie y miró fijamente al guardia. Quién comenzó a

golpear a Pallando cada vez más fuerte, mientras éste último comenzó con una ira desenfrenada a conjurar un hechizo.

El guardia cayó muerto al suelo, el hechizo había funcionado. Los otros guardias se pusieron en alerta dispuestos a detener al Istarí, sin embargo corrieron la misma suerte que el primer guardia. Pallando comenzó a caminar por el exterior de uno de los carrmatos, donde había estado prisionero, en busca de su compañero Alatar. Repentinamente comenzaron a sonar las señales de alarma y apareció una avalancha de soldados destinados a detener a Pallando. El Istarí los miró con una calma sepulcral y comenzó a conjurar un nuevo hechizo. Los soldados quedaron inmóviles, empezaron a gritar cánticos en leguas irreconocibles y, después de unos segundos, empezaron a pelear entre ellos. Fue una carnicería, después de un par de minutos solamente había un mar de cadáveres, ningún soldado había sobrevivido. Rato después apareció Alatar y encontró a Pallando sentado en el suelo.

Alatar exaltado preguntó: “¿Qué pasó aquí? ¿Quién es el autor de esta masacre?”, a lo que Pallando simplemente contestó: “Son débiles, son influenciables, son armas confeccionadas a la medida de Sauron”.

El viaje de Pallando y Alatar continuó. Sin embargo, ya no era lo mismo. Las eternas charlas y risas entre ambos amigos se habían transformado en un silencio que se potenciaba con la quietud reinante sobre las planicies de Rhûn. Repentinamente Pallando se detuvo mientras Alatar siguió caminando por la ruta. Pallando gritó enfurecido: “No podemos permitir que Sauron domine a los hombres, nosotros debemos dominarlos primero, nosotros debemos controlarlos y formar un ejército” - Alatar se detuvo, pero Pallando continuó: “No podemos esperar a que Sauron conquiste el mundo entero, nosotros debemos conquistarlo primero y crear el reinado de los Istarí” - Alatar se dio media vuelta y miró a Pallando, mientras éste último preguntó: “¿Quién mejor que nosotros para cuidar el sonido de la canción de Ilúvatar?”. Alatar consternado contestó: “No, no, no, Pallando, ¡No! Nosotros debemos velar para que la canción de Ilúvatar siga sonando eternamente, nosotros no somos los encargados de cambiar su partitura”. “¡Débil!” - contestó y gritó Pallando y, en seguida, agregó: “Eres igual que todos ellos, eres débil”. Alatar se acercó a Pallando y éste último lo detuvo diciéndole: “Me llamaste a éste mundo para que te ayudase, entonces por favor permíteme ayudarte” y acto seguido, Pallando comenzó a conjurar un hechizo que dejó totalmente inmóvil a Alatar. Pallando miró a su compañero con desprecio y conjuró un nuevo ataque, mediante el cual un rayo golpeó fuertemente a Alatar dejándolo postrado en el suelo arcilloso. Pallando se dio media vuelta y siguió su camino, no obstante de repente escucho la voz de Alatar gritando: “¡Pallando tu misión ha terminado!”, Pallando se dio velozmente vuelta y trato de encontrar a Alatar, sin embargo sólo vio una gigantesca roca dirigiéndose hacia él, la cual lo golpeó gravemente en la cabeza y lo arrojó al barro. Alatar había conjurado un poderoso hechizo de ataque hacia Pallando. Pallando se puso de pie y realizó un grito de dolor ensordecedor, mientras las primeras gotas de sangre empezaban a brotar desde su frente. Pallando empezó a tambalearse y, antes de caer, conjuró nuevamente su hechizo de ataque, pero esta vez generando un rayo significativamente más poderoso que el anterior, un rayo que por instantes nubló el cielo y causó un sonido ensordecedor, un rayo que al hacer contacto, destruyó completamente el cuerpo de Alatar. Después de tal escena, un ensangrentado Pallando cayó al suelo inconsciente y sin energías.

La cosecha estaba siendo un éxito absoluto, representantes de todas las tribus Auriga merodeaban por la granja, ayudando en diferentes tareas de la cosecha y negociando trueques de diferentes tipos de grano. Mientras tanto, bajo uno de los pocos árboles del lugar, yacía sentado el Emisario, quien estaba esperando que alguien lo reconociese, tal como se lo había prometido Mahio. De repente unos metros a su izquierda observó a un anciano de ropajes color pardo que lo miraba fijamente, quién al ser descubierto le preguntó: “¿Qué haces aquí mi querido Pallando?”, y al mismo tiempo se acercó a él y le tocó el hombro durante unos segundos. El emisario profundamente confundido sólo pudo mirarlo con

duda. El anciano vestido de color pardo dijo “Mmm, ya veo”, justo detrás de él apareció Mahio, quién le preguntó: “Buen hombre ¿Conoces a este viejo?”. A lo que el viejo vestido de color pardo contestó: “Si, es decir no precisamente, lo he visto antes en otros parajes de la Tierra Media, pero es simplemente un viejo enfermo con problemas de memoria que viaja errantemente por diferentes lugares”. Entonces Mahio preguntó: “¿Lo puedes ayudar?”. “Sólo él mismo se puede ayudar - contestó el viejo vestido de color pardo, quién dio media vuelta y comenzó a caminar.

El viejo vestido de color pardo se llamaba Ragadast, y al igual que Alatar y Pallardo era un Istarí. Ragadast en el momento que tocó a Pallardo en el hombro se volvió consiente de lo que había pasado y del destino vivido por el pobre Alatar, también se volvió consiente de que el poder de un Istarí era capaz de atentar contra la creación de Ilúvatar. Ragadast estaba consternado, y cabalgó rápidamente a través de bastas praderas y valles con el único objetivo de advertirle a Saruman que el poder de los Istarí era capaz de transformarse en una mortal amenaza, sin embargo al pasar por el bosque Oscuro, Ragadast decidió quedarse viviendo durante un tiempo en dicho lugar, puesto que ahora que él era consiente de su poder como Istarí, la tentación de perderse y salirse del camino era muy alta.

“El oso Ugruh yacía gravemente herido junto a un río pedregoso de aguas turbias enrojecido por la sangre derramada, su ejército había sido completamente derrotado. Al llegar a la zona de batalla los soldados fueron cruelmente masacrados. Fue una emboscada dirán unos, fue la destreza de diferentes cuervos dirán otros, que uno a uno rodearon instantáneamente a los osos sin dejarles alternativa. Ugruh se preguntaba a sí mismo cual será la razón de porqué él aún se encontraba con vida, se imaginaba que los cuervos soñaban con tener a su cabeza como trofeo. Ugruh miró a su costado y vio a Rhûnus, un oso soldado de clase baja. Dicho oso lo había salvado, a pesar de ser débil y poco diestro, había logrado salvar a su líder, porque dentro de Rhûnus, al igual que de los otros soldados osos, existía un gran guerrero” - leyó el Emisario en el libro de El Legado de los Osos de Rhûn, mientras esperaba a Ahan, Lioh, Thok y Cuh para leerles, como todas la noches, un nuevo capítulo del libro. El Emisario nunca volvió a conectarse con su pasado.

Vuelo Nocturno

Autor: Auriol

Era una mañana normal en la Torre de las Palomas y Hadrian de Holt estaba en cuatro patas virutillando la pista de lanzamiento, que tendía a suavizarse y que debía ser frotada todos los días para que mantuviera su agarre. Hadrian, pequeño y esbelto pero nervudo por el trabajo, que era hijo tercero de nobles, se levantaba al amanecer todos los días del año para atender a los dos magos, seis Palomas, la Madre y la Dama que se ocupaban de coordinar toda la mensajería real del lado oeste del Reino, y no consideraba sus tareas excesivamente duras. Cuidar de la Torre, lavar la ropa, preparar las comidas - lo que no era un esfuerzo, ya que las Palomas tenían prohibido, por restricciones del peso, comer más que el equivalente a una manzana y una cucharada de miel diaria- e ir de compras a los pueblos fronterizos. También servía de paje a la Dama, que como antigua Paloma y maestra de vuelo enseñaba el Arte, y a la Madre, que las cuidaba en lo físico y las educaba.

Pero lo que más le gustaba era bajar a atender a los magos del subterráneo. Allí los dos expertos en la magia del Aire trabajaban sin descanso perfeccionando y reparando las alas de las Palomas, utilizando sólo las más finas y perfectas plumas, la mejor savia, el más puro aceite: y sus hechizos, creaban auténticas obras de arte para que las muchachas usaran con la mayor seguridad. A Hadrian le fascinaban las alas, y amaba el ambiente, atiborrado con pergaminos clavados de cualquier modo a las paredes, planchadores de plumas, calderos de distintos pegamentos, cuero transparente de tanto hervirlo y suavizarlo, finos papeles y cuerdas. Del techo colgaban los trajes que estaban en reparación o

creación, y mientras Gunther encantaba tiras de cuero húmedo recién hervido sobre armazones de mimbre, Ivanne se ocupaba de pegar pluma a pluma un par de alas grandes y arqueadas.

- ¿Para quién son esas?- preguntó Hadrian llevándoles el almuerzo. Los magos gastaban mucha energía, y las galletas de manteca desaparecieron como por ensalmo.

Ivanne mordisqueó una antes de responderle, las profundas ojeras y el cabello despeinado denotando que había trabajado toda la noche.

- Jolene. Como creció tanto, el juego celeste apenas la soporta. Es tan fuerte que la Dama me preguntó su podría hacer un juego excepcional, más duro, que soporte volar con mal tiempo... quizá incluso de noche.-

Hadrian tocó el armazón, que a diferencia de los demás, tenía unos hilos de metal sujetando el arnés.-
¿No es muy peligroso? Está prohibido...-

- Es sólo una idea.- dijo Ivanne, volviendo a su tarea. Hadrian ordenó un poco, se llevó tazas y cuencos vacíos, y barrió del suelo restos de plumas y aserrín. Los magos disfrutaban teniendo a quién contarle sobre sus avances, y le habían enseñado suficientes matemáticas para poder entender sus teoremas y planes de vuelo. Hadrian disfrutaba charlando a los pies de los cansados magos, viéndolos convertir un saco de plumas, un barril de savia y un rollo de pergamino en alas finas y potentes como las de un águila.

Pero casi nunca tenía tiempo para ello.

Subió corriendo al sentir la campanilla: la Dama lo llamaba. Lady Genevieve era la más antigua de las mensajeras y aunque no había volado en años, seguía siendo la mayor autoridad en las Artes del Aire.

Esas Artes habían convertido al Rey de Caer Carillys en el mejor informado del continente, que dado su accidentado mapa de quebradas, ríos, montañas y tupidos bosques, hacía que una Paloma capaz de volar entregara un mensaje en menos de un tercio del tiempo que se tardaba un mensajero a caballo. Habían dos o tres Torres más, y era un puesto codiciado: las jóvenes mensajeras sólo volaban en condiciones ideales, y eran adiestradas en maneras, lenguaje y políticas para poder presentarse ante Altos Reyes sin desdoro.

Más de una se había convertido en princesa, aureoleada por su fama; pero las que se casaban abandonaban el Arte, y sólo las muy dedicadas envejecían en su puesto, como la Dama y la Madre, casi todas dejando las alas después de los veinte años.

Hadrian se sorprendió al ver a la Dama y a la Madre, las dos con rostros preocupados y unos bolsos de viaje preparados poniéndose capas..

- Mi Dama... ¿no sabía que iban a viajar hoy...?-

- Amira nos trajo entre sus correos algunas noticias preocupantes. Hay batallas en la frontera sur, no muy lejos de aquí.- dijo la Dama, su alta estatura dominando la habitación, mientras la Madre, pequeña y regordeta, envolvía algunas galletas para llevarse.- Careen y yo iremos a hablar con el rey. Te quedarás a cargo mientras nosotras reunimos al Consejo... el rey necesita a todos sus caballeros con él.- dijo, abrochándose el manto blanco de Señor de la Torre. La Madre, una vez su escudera, asintió.

- Vigílalas. Auri aún no se acostumbra y el resfriado de Amira empeoró... Jolene necesita su poción y el período de Rian está retrasado. Aline necesita practicar sus aterrizajes y Luzia también. Haz que practiquen juntas.-

- ¿Cuando volverán, mi Dama?- dijo Hadrian alarmado. Era cierto que a veces la Dama y la Madre viajaban, pero nunca se había quedado solo a cargo.

- Dos semanas. No olvides mantener la despensa con candado.- dijo la Madre, entregándole el manojito de llaves que llevaba en la cintura. Hadrian asintió obedientemente.

En el umbral ya, la Dama le levantó el rostro para mirarlo fijamente.

- Júrame que protegerás a mis niñas con tu vida, Hadrian, tercer hijo de la Casa Holt. Si cumples esta misión, completarás de tu servicio.-

- Pero...-

- Júralo!- dijo ella. Hadrian asintió, nerviosamente.

Se quedó en la puerta viéndolas alejarse, la Madre aun gritándole instrucciones mientras bajaban la colina de la Torre. Sintiendo súbitamente aprensivo cerró las puertas con llave antes de empezar a trabajar, hirviendo los espárragos para el almuerzo.

- No quiero más brotes asquerosos...!- gimió Auri. El resto se reunió a la mesa echándose miradas desconcertadas ante ambas cabeceras desiertas.

- Coman. La Dama y la Madre han ido a la capital, yo las cuidaré... por favor, pórtense bien.- dijo Hadrian serviéndoles los platitos de ensalada y cuencos de sopa en los que flotaban pedacitos de carne magra.

- Danos pan!-

- Hoy es miércoles. Pan el viernes.-respondió con paciencia, a lo que Rian lo agarró al pasar: era la más pícara.

- Un pedacito!-

- Me suena la guatita...- gimió Jolene, que había crecido hacía poco.

- No me gustan los brotes!- insistió Auri.

- Tómate toda la sopa.- dijo Hadrian con afecto.- Y si se portan bien, les haré flan dulce para la noche.- agregó, empujando la cuchara hacia Amira, la más talentosa. Amira era aún más pequeña y delgada que la mayoría, y llevaba el cabello corto para mejorar su aerodinamia. Parecía más a gusto en el aire que en el suelo, y podía volar prácticamente sin viento.

Para Hadrian, la tímida y callada Amira era su favorita, y como llevaba algunos días con fiebre tras que una lluvia inesperada la hiciera aterrizar y pasar una noche a la intemperie, el estar anclada a tierra la había entristecido, y eso conmovía a Hadrian.

No podía habérselo dicho a la Dama, pero Amira era uno de los motivos por los que no se quejaba de su trabajo ni había intentado cambiarse a un puesto en la corte. Lo último que deseaba era la oferta de la Dama de liberarlo, porque prefería seguir perdido en la misma Frontera del Reino pero en donde se sentía necesario para seis chicas que lo abrazaban por galletas a ser de nuevo el tercer hijo después de una famosa estadista y un letal guerrero en la capital.

Para la tarde ya todo estaba ordenado, y pudo sentarse para ver las prácticas de vuelo. Rian había tenido náuseas y se había acostado, y Amira seguía con fiebre, aunque tercamente sentada en la pista de aterrizaje con una manta observaba las evoluciones de sus colegas en el cielo. El viento estaba fuerte y frío; Hadrian vio nubes negras en el horizonte.

- No vuelos... tormenta. No quiero mandarlas yo sin la Dama aquí.- le confidenció a Amira, sentándose a su lado en una lanzaderas. Amira, los ojos en el cielo, asintió. Parecía desolada, y aunque tenía la cara roja de fiebre, rogó:

- Quiero volar... ¿no me dejarías un ratito...?-

- No, y menos con ventarrón.- dijo él con tanta severidad como podía.- Te llevaré a tu cama, vamos... si te cuidas volverás a volar pronto.-

Amira no protestó, pero no dejó de mirar el cielo hasta que hubieron entrado, y cuando Hadrian la acostó suspiró, cerrando los ojos. Hadrian le puso un paño frío en la frente, y tuvo un sobresalto cuando la febril paloma le echó los brazos al cuello.

- Voy a volver a volar, ¿verdad? - gimió. Hadrian oprimió su frágil cuerpo y le dijo con toda la dulzura que tenía:

- Volarás de nuevo y yo te miraré... me gusta mirarte volar.-

Amira le dio un beso en la mejilla antes de dormirse. Hadrian se fue a preparar el flan prometido y más sopa con una enorme sonrisa, pero estaba ensoñando con la gloria de una esposa-paloma cuando oyó el sonido que todos en la Torre más temían escuchar.

Un grito, y un golpe. Un golpe blando.

Se encontró con Ivanne y Gunther que corrían escaleras arriba. En la almena, Auri gritaba.

Aline y Jolene eran un solo montón de plumas y armazones rotas: Aline colgaba al vacío y Jolene gemía, su brazo doblado en un ángulo antinatural. Auri había aterrizado mal del susto, las rodillas sangrantes, y Luzia, la más pequeña, intentaba desenredar la maraña de correas que sujetaba a las palomas heridas y las varillas que rotas, tenían clavadas en varios sitios. Hadrian sintió que se mareaba, porque una varilla rota atravesándolas le había costado la vida a muchas palomas: pero tras separarlas entre llantos de miedo, vio con alivio que ninguna de las dos tenía heridas que arriesgaran sus vidas y las fracturas curarían.

Ivanne se hizo cargo de las heridas en sus propias habitaciones mientras Gunther recogía las alas destrozadas; y aunque Luzia protestaba que debía ir a avisar a la Dama, gotas de lluvia del porte de monedas anunciaron una tormenta con relámpagos y truenos que lo hubiera hecho un suicidio.

Hadrian se encontró solo a cargo, y con toda la tranquilidad que tenía ordenó a Rian, Amira y Luzia a sus camitas, y tras asistir a los magos lanzando hechizos curativos, los envió a acostarse y se acomodó en el suelo junto a las heridas.

Las cuidó toda la noche. Aline gemía de dolor, y Hadrian la acunó hasta que las pociones le hicieron efecto para dormir. Auri sollozó su miedo mientras él le lavaba y vendaba las rodillas hinchadas y sólo logró dormirse abrazada a su pecho: y cuando Jolene despertó en la mitad de la noche dolorida por sus costillas rotas, Hadrian le dio té de amapola hasta que, su manito rasmillada en la suya, la herida paloma pudo dormir.

Hadrian pasó los siguientes días en que la tormenta no cesaba, en un perpetuo vaivén entre la cocina, la improvisada enfermería y el dormitorio en donde Amira y Rian seguían enfermas. Él dormitaba a ratos, mientras hervía la sopa o remojaba ropa; y los consolaba a todos, incluso a los magos, desolados por la pérdida total de dos juegos de alas.

Hadrian se encontró, a los veinte años, guía; y se alzó a la ocasión como nadie esperaba, consolador y paciente. Si alguna vez la carga le parecía demasiado, se encerraba en la despensa para llorar sin que nadie lo viese, o se permitía abrazar a Amira un poco más de lo correcto: pero venía de una casta de estadistas y guerreros, y aún tan pequeño y delgado como era, se descubrió fuerte como el acero y orgulloso, sí, de esta tarea silenciosa.

- ¿Hadrian?- la voz de Luzia lo hizo levantar la cabeza con un sobresalto: se había adormecido vigilando unos repollos. Los quitó del fuego e iba a reprender a Luzia por estar levantada a medianoche, pero al salir el pasillo vio a la paloma muy pálida. Afuera, seguía lloviendo a mares.

- Hay luces afuera... hay gente.- dijo ella, agarrándose de su manga. Hadrian se apresuró con ella al ventanal. El pie de la colina estaba llena de antorchas: parecía un ejército, y a Hadrian se le encogió el corazón.

Creyó que se iba a desmayar del alivio cuando al espiar por el resquicio de las pesadas puertas a quien vio fue a su hermano mayor, Halloran: era su propia guarda fronteriza.

El alivio se convirtió en espanto al verlos cargando hombres heridos: y el propio Halloran, con un feo corte sobre la ceja, lo agarró del brazo y lo arrastró a un rincón.

- Necesito que envíes un mensaje urgente. Los sureños nos cayeron sin aviso... fue una masacre... ¡toda la frontera está bajo ataque! Necesitamos refuerzos, ya!-

- ¡No pueden salir con este clima! ¡Se matarán!- protestó Hadrian. Apenas le llegaba al hombro a su hermano, que lo sacudió como a un muñeco.
- ¡Tengo un centenar muertos y las villas están bajo asedio! ¡No aguantarán! Envía una, ¡ya!-
- No.- dijo Hadrian, de pronto sintiendo una resolución, un deseo de protección que nunca había sentido.
- ¡No!-

Halloran desenvainó su espada, su rostro transformado de ira, y Hadrian supo de repente que su hermano había perdido la cabeza por completo de miedo.

- Yo iré.- dijo Amira, a la que no había sentido acercarse. Tosía, pero se cruzó como si quisiera proteger a Hadrian con su frágil cuerpo.- No discutan... yo iré.-

- ¡Tú no puedes ir!- protestó Hadrian.

- Auri no tiene experiencia... y Luzia es muy ligera. Haz que Ivanne prepare mis alas.- dijo ella con firmeza. Halloran se fue a componer la nota, y Hadrian, que había partido tras de Amira, cambió de dirección y corrió al dormitorio donde Rian y Auri estaban abrazadas en una de las camitas.

- Rian... tienes que ir tú, Amira tiene demasiada fiebre... -

- ¡No puedo!-

- Pero Rian, tú podrías...-

Rian se echó a llorar. Hubo una pausa, y luego Auri habló despacio.

- No puede ir porque va a tener un bebé del príncipe August. Se van a casar... iré yo.-

- ¿Qué? - protestó Hadrian, las manos en las sienes.- Auri, no! Te matarías!-

- ¡La que vaya se va a matar!- gritó Rian, y como para darle la razón, la tormenta azotó el ventanal.

Hadrian miró afuera, en donde el viento hacía inclinar los árboles. La única que habría tenido una chance habría sido Jolene, que era la más alta y pesada, como para resistir el viento. La lluvia iba a enviar a Amira directamente al mar...

Con una maldición, Hadrian echó a correr escaleras abajo llamando a Ivanne a gritos.

- ¡Estás loco!- exclamó Amira, empapada por la lluvia cuando se encontraron en la almena. Hadrian, el armazón nuevo y pesado atado al pecho, las grandes alas grises que Ivanne le fijara con un hechizo la miró desde el borde de la lanzadera.

- Llevo años viéndolas. Y peso poco más que Jolene... puedo hacerlo.- dijo, apenas audible contra el viento. Amira se le aferró suplicando, su voz perdida en el rugir de la tormenta: y Hadrian no supo hacer nada más contra esa carita angustiada que abrazarla, besarla, y con mano firme, romper una varilla de su ala, dejándola incapaz de volar.

- ¡NO!- gritó ella cuando Hadrian se preparó y aguardó la siguiente ola de viento. Lo había visto hacer tantas

Veces... cerró los ojos y recordó lo que siempre decía la Dama...

Sientan el viento... elévense... no controlen... suelten todo...

Dejó pasar una ola... y entonces la sintió. Lo alzaba...

Abrió los ojos y apenas pudo evitar gritar. Estaba en el aire! Estaba volando casi en picada al bosque! Tensó las piernas y abrió las alas, como la Dama enseñaba. El viento lo elevó, y contrajo las dedaleras de cuero que sostenían los hilos e hizo un giro torpe, pero enfiló al norte, a la capital.

La armazón se le clavaba en el pecho y los broches de las botas en las rodillas. Se concentró en aletear todo lo rápido que podía para evitar que se le juntara agua en las alas. Pero el viento cada vez lo elevaba más hacia las nubes.

Nunca atraviesen nubes, solía repetir la Dama. Adentro está la muerte... corrientes inesperadas, humedad, ceguera, relámpagos...

¡Relámpagos!

Casi perdió el control cuando un rayo y luego otro restallaron tan cerca que el trueno lo ensordeció y el resplandor lo cegó. Dio vueltas, y sólo con esfuerzo logró tensarse para recuperar la estabilidad, aunque le temblaban los hombros por el esfuerzo.

Si le caía un rayo encima, era el fin. Juntó las piernas y se preparó para elevarse. Sólo arriba de las nubes iba a estar a salvo de los rayos... si lograba atravesarlas. Y no eran las nubes blancas y regordetas de las que la Dama solía hablar con temor... eran negras y densas...

Pensó en Amira, extendió los brazos y se dejó llevar. Por un momento creyó que se había quedado ciego, tal era la oscuridad. Aleteó desesperadamente, sin aliento, la humedad ahogándolo, y entonces un golpe de electricidad lo hizo estremecerse. El dolor era espantoso... olía su propio pelo chamuscado...

Pataleó, aleteó, y entonces una luz blanca lo cegó. Por un segundo creyó que era un rayo y que eran sus últimos segundos de vida, y súbitamente se dio cuenta que podía respirar, que estaba al otro lado de las nubes, y que lo que veía era la luna... la luna en un cielo azul y lleno de estrellas sobre un mar de nubes negras y opalescentes como perlas.

Estaba sin aliento y le dolían los brazos y las piernas. Pero apretó los dientes y continuó: el sextante en su muñeca y la brújula en su izquierda lo guiaban... no se había desviado del curso.

La noche fue eterna y su cuerpo era un peso muerto cuando al fin la luna se puso y el horizonte se tiñó de rosa. Las nubes empezaron a abrirse, y bajo él pudo reconocer la capital, y enfrente, un poco a su izquierda, Caer Carllys, el castillo, con su almena de aterrizaje...

... lo que él no sabía hacer.

Descendió en espiral, como pudo. En el último momento, perdió el control, y mientras oía a los guardias gritándole que iba muy de prisa sólo atinó a protegerse la cabeza con los brazos y luego todo se volvió negro.

Había una mano en la suya.

Hadrian despertó, azorado, porque estaba acostado en una gran cama, y el dormitorio estaba lleno de gente. La Dama y la Madre, con los ojos enrojecidos: Amira, a su lado, limpiándole la cara: Rian abrazada al apuesto príncipe del Reino, Jolene con su brazo en cabestrillo, Aline, Luzia, Ivanne y Gunther sentados junto a su cabecera.

Y un hombre anciano con corona y manto rojo, con sus padres, su hermana y Halloran, que parecía terriblemente arrepentido aunque estaba cubierto de medallas.

- Hadrian, ¿me escuchas? ¿Cómo te sientes?- dijo la Madre. Su pelo se sentía muy raro y muy corto.

- El relámpago te lo quemó todo.- dijo la Dama, y ahogó una sonrisa cuando Hadrian se palpó con desesperación y luego se puso color carmesí.- El cabello, querido. Tu proeza ha salvado al reino, Hadrian de Holt.-

- La primera ave de noche.- dijo el rey, su voz calma, sentándose en el lecho, tomando su mano.

Hadrian, que seguía sonrojado, no sabía dónde mirar ni qué cara poner. - Joven mensajero, los que salvaste bendicen tu nombre. Nombra la recompensa que desees, y la tendrás. Pide, Hadrian de Holt.-

- Quiero volver a volar.- dijo Hadrian, dándose cuenta que sus ojos iban a la ventana, en donde podía ver un pedacito de cielo.- ¿Puedo?-

- Ciertamente si eso quieres. ¿Qué más?-

- ¿... puedo seguir en la Torre?-

Hubo una pausa, el rey sorprendido y las palomitas conmovidas. El rey miró a la Dama con un encogimiento de hombros.

- Lo que quieras, Hadrian.-

- Entonces....- dijo la Dama quitándose el manto blanco y colocándolo sobre los hombros de Hadrian.-

¿Majestad?-

- Te nombro Lord Cuidador de la Torre de las Palomas, Hadrian Ave de Noche.- dijo el rey despacio.- No por tu valor y tú arrojo, sino por el amor que hay entre tú y tus mensajeras... vive la vida que has elegido, Hadrian de Holt.-

Hadrian se sonrojó, y trató de hacer una reverencia incluso recostado y con seis palomas que le cayeron encima. Pero entre la risa de los magos y de los reproches a su falta de modales, Hadrian oprimió a Amira en sus brazos y sintió que por fin habían abierto la ventana para que pudiera volar libre...

Galletas para el mago

Autor: Sciurusniger

El mago de la aldea se había pasado todo el invierno y parte de la primavera intentando encontrar una fórmula que igualara la miel, es que no había miel en toda la aldea. Las abejas se habían paralizado desde casi un año y todas las reservas de miel se habían agotado. La razón era que la ninfa del bosque se había marchado con un grupo de nómades, dicen que se había enamorado de uno de los conductores de un carro color amarillo. Como no había regresado al bosque, no había nadie que confirmara la elección de la nueva reina de las abejas, y eso en cada panal, por lo que éstas estaban tan desconcertadas que se habían desorganizado completamente. Y la producción de miel se iba perdiendo día a día.

Dicho mago era cuidado por un matrimonio de gnomos, y ellos estaban muy preocupados.

—¿Te das cuenta, viejo, lo delgado y lo mal arreglado que está el mago, si ni siquiera se ha peinado la barba? —la esposa del gnomo dijo mientras secaba los platos.

—Querida mía, nada de eso tiene de extraño, si nunca se la ha peinado —respondió el esposo gnomo mientras se hurgaba con un palillo los cinco dientes que quedaban en su boca después de haberse comido el desayuno.

—Pero no me vas a decir que está cada vez más extraño. Fíjate que hace unos días le ofrecí rellenar su reserva de tabaco, pero me respondió que eso no tenía importancia. Que mejor me fuera a buscar una gran reserva de miel en cualquier sitio.

—Eso está mal, muy mal. El mago sin tabaco en su pipa, mala señal, muy mala señal —dijo pensativo el gnomo.

—Lo único que desea es encontrar esa fórmula para tener miel. Pobrecillo, no he podido hacer sus galletas favoritas por falta de miel —se lamentó la señora gnomo.

—Todavía recuerdo aquella vez en que nos hizo probar esa pasta viscosa de color verdoso, era asquerosa. ¡Puaj! ¡Un asco!

—Y qué me dices de esa vez que nos tuvo revolviendo un caldero con agua, harina y se le ocurrió la brillante idea de soplar sobre ella, y tú sabes lo que el soplido de un mago puede llegar a ocasionar, y el caldero estalló. Tuve que limpiar la casa de arriba abajo e intentar sacarme esa mezcla de mis oídos fue toda una proeza, sin decir, que tuve que refregarte varios días seguidos para quitarte ese pegamento.

—Sí, nada agradable. Aunque, ahora que lo recuerdo, el que me refregaras no tuvo nada de malo —y rió el gnomo poniéndose más colorado de lo habitual.

—Viejo cochino —dijo la señora gnomo tratando de disimular su risita.

En ese minuto la puerta de la cocina se abrió repentinamente. Un hombre encorvado entró y tomó el sombrero puntiagudo que se balanceaba sobre su cabellera y lo lanzó hacia un rincón. Llevaba todo los cabellos despeinados, incluida su larga barba plateada.

—Mago, ¿cómo va la investigación? —preguntó el gnomo.

El mago se acercó a la mesa y se dejó caer sobre una silla reservada a los gnomos que por poco aplasta, pues, aunque a ojos de la señora gnomo estaba más delgado, la verdad es que su pomposidad seguía siendo robusta.

—Todo es un desperdicio de tiempo —dijo el mago dejando que su cabeza se estrellara contra la mesa.

—Mago, tienes que ir a buscar a la ninfa —dijo el gnomo.

El mago clavó su mirada en él. La mirada de un mago verdadero puede ser bastante intimidante. El gnomo se aferró a su silla mientras la señora gnomo poco a poco fue dando pasos hacia atrás.
—¡Decirme lo que tengo que hacer! —El mago estalló, pero de inmediato su rostro fue volviendo a su calma habitual, y dijo: —Está bien, sí, está bien que me digas lo que tengo que hacer. Ya no sé qué hacer, la falta de galletas me tiene distraído, y me parece que la idea de dar con el paradero de esa ninfa es lo mejor que puedo hacer.

Y poniéndose en pie alargó su mano hacia el rincón donde yacía el sombrero y éste al instante voló a su cabeza.

—¡Allá vamos! —dijo el mago con decisión—. Pero, ¿por dónde empezar? Aunque, aunque... —el mago murmuraba para sí caminando de un lado para otro en la cocina—. Lo que tenemos que encontrar o tener es una ninfa, ¿no es así?

—Sí, mago —respondió atento el gnomo.

—Una ninfa que confirme a las reinas de los panales o, al menos, la de un solo panal.

—Así es, mago —respondió la señora gnomo.

Y el mago no dijo más, solo miró a la señora gnomo mientras se frotaba las manos. La señora gnomo solo intentó esconderse detrás de la sartén que había comenzado a lavar.

Por la tarde los tres estaban en el bosque.

—¿Estás seguro que es una buena idea? —preguntó la señora gnomo temerosa.

—No puedo crear miel, pero sí que puedo hacerte ver diferente —respondió el mago.

Tres palabras que parecían interminables bastaron para que la señora gnomo se viera alta y tan bella como una ninfa.

—Ahora bien, toda ninfa lleva consigo una gema de poder —dijo el mago—. Yo tengo una por aquí, por aquí —repetía mientras hurgaba en sus bolsillos que parecían sin fin—. ¡Aquí! —exclamó sacando una piedra amarilla que brillaba como el sol. —No es la gran cosa, creo que hace un poco de oro o convierte algo en algo, o algo así. Ahora lo que necesito es algo dónde ponerla. Hmmm, hmmm...

El mago miró a su alrededor hasta que dio con una rama y tomándola entre sus manos y entrelazando sus hojas la convirtió en una corona de cristal en medio de la cual puso la piedra. Y la nueva ninfa quedó completa.

Cuando encontraron un panal, el mago y el gnomo se quedaron a observar a distancia lo que sucedería. Las abejas volaban afuera del panal. El panal era tan grande como el mismo árbol que intentaba sostenerlo. El bullicio era fuerte, pero al notar que alguien se acercaba se quedaron quietas.

—¿Quién eres tú? —preguntó un pelotón de soldados abejas.

—Una ninfa —respondió la señora gnomo intentado dulcificar su voz.

—Hmmm... Pareces una de ellas —dijo una de las abejas mientras revoloteaba a su alrededor.

La señora gnomo se estaba poniendo cada vez más nerviosa, pues no le hubiese gustado saber qué le ocurriría si se llegase a descubrir la farsa. Ella miró hacia los árboles y por entre ellos el mago la animaba a que continuara hablando.

—Estoy aquí para confirmar la elección de su nueva reina —dijo la señora gnomo tragando saliva.

—Bienvenida eres —dijo una abeja anciana que se acercó a ella mientras las otras abejas dejaban libre el paso a su alrededor. La abeja anciana llevaba de la mano a otra abeja joven—. Es ella la nueva reina —dijo.

—Tu elección yo confirmo —dijo la señora gnomo mientras hacía una reverencia, pero en ese minuto se le cayó al suelo la corona y ésta se rompió junto a la piedra que llevaba en ella. De la piedra brotó una luz intensa que por unos minutos encegueció a todos los presente.

Cuando la luz se apagó, la señora gnomo era la misma señora gnomo, pequeña y rolliza. Todos se alteraron por el cambio. Y en ese minuto las abejas iban a atacar a la señora gnomo cuando una hermosa mano femenina detuvo su vuelo.

—¡Por los magos de la lejana estrella! —Exclamó el mago saliendo de su escondite y el gnomo corrió a abrazar a su esposa. —¿Cómo pudiste llegar allí? ¡Aaah, ahora lo recuerdo! —El mago gritaba dándose palmadas en la cabeza—. Estaba en el bosque practicando un hechizo que deseaba vender a los de la caravana del norte, entonces de una piedra hice un carro...

—Y yo por ser una ninfa curiosa cruce sus puertas —la ninfa añadió.

—Y cuando el hechizo se acabó, el carro regresó a su forma de piedra —aclaró el mago.

—Y yo me quedé dentro —concluyó la ninfa.

El término de la primavera trajo a la aldea un sol caluroso, mucha miel y abundantes galletas para el mago.

Cartas

Autor: El Editor

Carta I

Mi amor:

Te escribo esta carta sin saber si llegará a destino, y esperando que la botella en la que te la envío no sólo no se hunda, sino que tome los mismos oscuros senderos del Mar que me trajeron hasta aquí y llegue a tus manos cariñosas.

Antes de continuar, me gustaría recalcar, que esta carta es para ti y solamente para ti.

Como sabes, me subí a la fragata hace varias lunas (tres o cuatro según los últimos cálculos que alcancé a hacer), sin un rumbo fijo y con la intención de descubrir aquel mundo del que hablaban nuestros Ancestros. En un principio, me guíé por las estrellas y fui seguido por delfines rosas durante un tiempo que me pareció una eternidad. Alguna deidad, seguramente recelosa de mi viaje, intentó ahogarme, y el Mar abordó mi embarcación de manera furiosa. Un gran espiral azul se abrió alrededor, listo para el asedio, y giré y giré tantas veces que hasta la Luna misma cambiaba de color y forma. Mi fragata chocaba contra paredes de Mar y se hacía pedazos (en uno de estos golpes perdí tu retrato) y yo me sujetaba a duras fuerzas de todo lo que parecía (o imparecía según su esencia) medianamente estable. Era tanta la ira del Mar, que al pensarlo escalofríos recorren mi espalda, y me invaden visiones tormentosas en las que reaparecen, cada vez más grandes, cada vez más cerca, las paredes azules, girando sobre mí, cada vez más oscuras, cada vez más lejos la Luna, las paredes negras mancillando con rabia mi fragata y el último vestigio de mi hogar.

Sin más esperanza que la de los desesperanzados, tomé el bolso con mi vino, cuaderno, tinta y pluma, me amarré de lo que parecía una tabla fuerte e inquebrantable por el agua, y pedí clemencia a gritos. Debí de funcionar ya que en ese mismo momento, la pared se abrió y se desplomó sobre mí, acabándome en un sueño frío.

Desperté flotando sobre el Mar, pero no reconocí el cielo, y mucho menos la Luna. Ésta era brillante y blanca, como el corazón de una flor que alguien hubiera puesto en el firmamento, una fría uva alba, como las que comíamos en nuestra juventud. Las estrellas eran distintas y distantes y no reconocí ni al mismo viento que alimentaba mi cara. Me dejé llevar por éste, y acabé en una costa de arena color cacao. En completa soledad, me dispuse a ordenar mis pensamientos en ese extraño lugar, cuando algo sorprendente y extraordinario sucedió. No hay palabra que pueda explicarlo, no hay forma de llamarlo,

sólo sé que una Gran Vela prendió el horizonte, quemando el Mar. Mi temor fue creciendo constantemente, mientras la Gran Llama cambiaba el color de las aguas, y comenzaba a quemar el cielo. Miré hacia arriba buscando a la Luna, quería decirle que huyera, que sería consumida por aquella Flama demoníaca, pero la blanca flor se mantuvo allí, como esperando. No pude contener mi horror al ver que las estrellas comenzaban a desaparecer: ¿Estaban siendo consumidas por aquella Luz Ardiente o habían escapado? Mis ojos comenzaron a arder, mis pupilas se achicaron dolorosamente y en un intento vano por seguir observando el horrible espectáculo, entrecerré los párpados de manera forzosa. ¡Cuál sería mi pavor al mirar cómo el cielo se tornaba cada vez más naranja, como un papel en llamas! ¡Cómo se convertía de golpe en una masa turquesa sobre mi cabeza! No podía correr, no podía escapar, el cielo lo cubría todo de aquella sombra celeste, y la arena de la playa se mostraba ahora de un color café con leche. ¡Oh! ¡Por qué había vuelto a mirar la arena! Su vista me guió nuevamente hacia las aguas, ahora de un color cada vez más claro, y más allá, Lo Indescriptible. Una Gran Llama, redonda y brillante, como la flama de una Gran Vela de cera invisible, se sostenía y movía lentamente a través del cielo, avanzando en dirección a la Luna. Mis ojos ardían.

Grité, sollocé, me exasperé, intenté por todos los medios que se fuera nuevamente por donde había venido o que al menos se detuviera un momento. Pero no, cada vez brillaba con más fuerza, como si en su interior hubieran diez mil hogueras y en todas ellas herejes furiosos.

Pero no quiero asustarte. Estoy bien, creo. Mis ojos ya no me duelen, pero se ha formado una leve capa condensada sobre su superficie, de alguna manera sigo llegando. No sé cómo expresarte el estado en el que me encuentro, y en el que se encuentran las cosas. ¡Hasta yo me veo diferente! Tengo tanto miedo de este lugar que no me he atrevido a moverme de la playa, sólo me he dedicado a observar con temor lo que tengo al alcance, ocultándome bajo un árbol hueco y extravagante del maldito calor y de la infinitamente maldita Gran Flama. Me he tomado todo el vino, y no sé qué comeré. En estos momentos sigo aquí, en la playa, y todo parece que vuelve a su color y forma natural. La Gran Vela se está retirando, dándole la espalda al Mar. Las estrellas vuelven a aparecer, distantes y tan frías que tiritan. Ahora que las cosas vuelven a su claridad ideal, me es más fácil escribirte. Espero poder enviarte más cartas periódicamente. Desconozco cómo lo haré, ya que esta botella es mi único medio. Pero te seguiré escribiendo.

Ojalá recibas esto. Echo de menos tus caricias. Envía ayuda por mí. Los Ancestros te escucharán.

Tu amor.

Carta II

Mi amor:

El momento en el cual el hambre me empujó y me atreví a dejar la playa, atravesé una arboleda inverosímil de figuras reptantes en la oscuridad. ¡Los árboles y helechos están vivos en este lugar! ¡Y se mueven, y respiran, y cantan! Cantan en un idioma muy superior al nuestro, sus caricias son el eco del que proviene la brisa, un eterno clímax que viene desde siempre.

Perdóname, me dejo llevar por el recuerdo, mas ahora que los he escuchado creo que siempre estarán en mi memoria, ya sea como un tarareo inconsciente o el foco brillante de mi mente. El tiempo funciona de una manera extraña en este lugar, y a cada intervalo entre la paz y el fuego en el firmamento mi alma se transmuta un poco más, y siento mayor extenuación, abandono moral y hambre insípida. Dejé mi árbol de guarida, el único árbol en la costa y similar a los de nuestra tierra, y me adentré en la más hermosa penumbra que podría uno percibir. La deshecha luz de esta Luna zigzagueaba entre el follaje juguetona y escuché un canto de ensueño que supera toda fantasía. La arboleda se retorció y respondía a mi presencia, sin alterar su melodía infinita, imponente y sabia. Crece más allá de sus raíces, se dobla y desdobra entre el aire y el viento, como el mejor perfume hecho poema, y el mejor poema hecho perfume. Su lenguaje es nuevo, pero arcaico. He llegado a pensar que los Ancestros tienen alguna

conexión con este lugar, o quizá, vienen de esta tierra y este lado del Mar. Este pensamiento me trae fuerzas y me hace pensar que mi hambre no es en vano y que hay más posibilidades que leas esto, después de todo, vine en su búsqueda y si esto es lo más cerca que podemos llegar como especie, su respuesta debe llegar. Alguna carta debe volver. Ustedes deben saber allá de esta canción, y si, tan sólo, pudiera describirla de la forma en la que la escucho. Pero de verdad me temo que es imposible, siento que nuestro lenguaje no está hecho para hablar siquiera de ella, y me sobrelleva una hermosa frustración como nunca la había sentido. En verdad, podría decir que siento de una manera distinta ahora.

He encontrado que mis caminatas por la arboleda dejan satisfechos mis sentidos y mi intelecto, casi como si fuera una adicción de la cual sentirme culpable, por la que siempre me aventuro cuando el cielo no arde turquesa, por supuesto. La capa sobre mis ojos está un poco más blanquecina y no sé si mi cuerpo se está adaptando o no a este lugar. No quiero que te ofendas, pero el haber escuchado el canto de estos árboles, de verdad me hace sentir a veces que ha valido la pena esta desolación. No obstante, mi felicidad sería completa contigo aquí. Hay muchas cosas que están más allá de nuestra comprensión, mi amor, pero hay ciertas melodías que, imaginarias o no, a uno lo hacen cantar, y si, por alguna razón o determinación oculta de los Ancestros u otra deidad, una cuerda vibra en lo profundo de nuestra existencia, es nuestro menester escucharla y vibrar en su frecuencia, para no apagar la música del universo, de la que todos somos parte, ¡oh, por favor, ven! ¡Ven y escuchémosla juntos! Entenderías tanto o más que yo.

Hasta ahora no he podido encontrar ningún recipiente en el cual enviarte esta carta, pero apenas lo haga la encomendaré a la deidad de estos océanos, tal vez incluya hojas de estos mismo árboles que cantan, para que veas como son, quizá algún eco se oiga al encontrar este mensaje. El cielo comienza a quemarse otra vez, iré a buscar refugio en mi árbol. Te enviaré esto apenas pueda, lo prometo.

Tu Amor

Carta III
Mi amor:

Sombras sangrantes. Este lugar está infestado de sombras sangrantes. Las he encontrado una vez me aventuré un poco más lejos de la arboleda, en dirección al jardín de flores de sombras de colores en movimiento del que te hablé antes. Te imagino aconsejándome desde el principio que me alejara de aquellas brumas brillantes, pero es solo en las cercanías a éstas donde encuentro botellas en las cuales mandarte mensajes. Podrías decirme “te lo dije” o “te lo hubiera dicho” cuando nos encontremos (no puedo dejar de pensar que nos encontraremos), porque creo que tienes razón, bueno, hubieras tenido razón si me lo hubieras dicho en primer lugar. Ni siquiera el eco del canto de la arboleda puede quitarme el horror de este mundo de pesadillas y formas desmenuzantes.

¿Serán ellos los Ancestros? ¿Serán sus hijos venidos a menos? ¿Y nosotros qué? Ya nada parece ajustarse según nuestras convicciones, y si no fuera por el canto de la arboleda no aguantaría este lugar mucho tiempo más.

Me adentré en el jardín, donde he podido ver dos tipos de flores: Las quietas y las que se mueven. Aquellas que están fijas y poco se mueven son de distintos tipos pero parecen ser de una misma familia, quizá una misma planta que se divide y subdivide, sus ramas son largas y están dispuestas bebiendo sus propias sombras en un enorme río de piedra que parcela toda la región más allá de la arboleda. ¿Qué si se escucha su canto? Por supuesto que no. Creo que se debe al otro tipo de flores, las que se mueven, y sus parásitos viscosos. La flora ha evolucionado a la par que la fauna, y distintas criaturas “florales” y anisopétalas recorren el río inmóvil. Son babosas y gusanos de distintos tamaños, qué pavor, de una membrana insostenible, poseedoras de un conjunto de bocas paralelas que fagocitan sus parásitos, estas sombras sangrantes que se mueven entre las criaturas y el jardín, dejando a su paso una línea de jirones de carne, sangre y retazos de oscuridad, como manchas de vino esparciéndose aleatoriamente

por las tinieblas. Tú sabes cómo soy, no me bastó con vivir el horror del Cielo Ardiente y la sola aparición de estas sombras sangrantes. No podía más del terror, pero no podía retirarme, así que me acerqué lo suficiente como para tratar de comunicarme con las flores o esas sombras. Ellas hablan nuestra lengua. Es el conocimiento más terrible y aterrador del que dispongo, pero no puedo no contártelo, Las sombras sangrantes se comunican en nuestro idioma, puedo sentir su evolución hasta acá, puedo hilar una oscura conexión entre ellas y nosotros. Las sombras sangrantes tienen la respuesta. Me acercaré nuevamente y superando mi propio miedo intentaré comunicarme, tal vez puedan darme algo de comer. Tengo un mal presentimiento, la Luna ha sido devorada por la Oscuridad y todo se vuelve más lóbrego.

Tu amor

Carta IV

Mi amor:

La capa blanquecina sobre mis ojos se vuelve cada vez más espesa y casi no puedo ver. No asocio este padecimiento al hambre que sufro. A donde veo no encuentro más que interrogantes, y no obtengo respuestas. ¡Ninguna! Si me es imposible interactuar con la arboleda y su canción, si los Ancestros no se encuentran aquí, si las sombras que habitan en este mundo pudieran oírme así como yo las oigo, si de alguna manera apareciera tu mano gentil y luego el resto de tu cuerpo a través del mar, no estaría tan inmensamente en soledad.

Una fatiga comienza a dominar mi sentir, y un letargo hace de puente entre mi consciencia y mis sentidos. Llevo un tiempo sospechándolo, pero se ha hecho definitivo mi deterioro en mi corazón. La arboleda ya no es la misma, y yo ya no soy igual tampoco. Quiero pensar que el canto no disminuye y que sin embargo soy yo quién deja de escucharlo, para mi terror sublime.

Ellas tampoco lo escuchan, lo he notado. Hubo un cuando mientras caminaba por la arboleda que unas sombras entraron al lugar, marcaron algunos árboles y se quedaron allí hablando de sus líderes electos o algo así. La Luna estaba a medias otra vez, casi que me he acostumbrado a sus runas cíclicas que nadie lee. Así como no pueden verme ni escucharme, tampoco oyen el canto de los árboles... ¡Oh, Ancestros! ¿Por qué me abandonáis en este mundo de sombras y formas espeluznantes? ¿Qué os he hecho para que me dejéis a la merced de este viento injusto y esta hambre impostergable? Temo increparos y que me respondáis que sí, que mis ojos se están volviendo como aquellos globos albos de las sombras, y que mi ceguera será la de ellas.

Amor, háblales por mí a los Ancestros, quizá sus oídos ya no escuchan acá. Aquí no hay otra deidad que la barbarie umbría. Mis ojos comienzan a arder, el cielo se quema de nuevo y para siempre.

Tuyo

Carta V

Mi amor:

¿Me considerarías criminal si he de matar para salvarme? ¿Perdería acaso el fuero a tus ojos? Me siento en la obligación de, pero atenta contra todo lo que somos. Mi vista se acaba y mis fuerzas flaquean, ya casi no me siento capaz de ir a la canción. Una idea ha penetrado mi cabeza, desde fuera y desde el viento. ¿Me creerías si te dijera que me pareció escucharla en la arboleda? Su canto, ahora más lejano mientras más aumenta mi deterioro, de alguna manera impertérrito a mi presencia pero, ¿y si las coincidencias no existiesen? ¿Qué sentido tiene entonces mi viaje? Si estaba escrito por los hados desde un principio, ¿se añade de verdad un sentido de sentido? ¿Y si no fuera más que una ilusión? ¿Y si no fuera más que una ilusión la canción, su mensaje y mi menguante interpretación? ¿He realmente de irme? ¿He de acabar con mi único salvaguardamento obtenido para volver a lanzarme a la incertidumbre? ¿He de convertirme en sombra para evitar ser una sombra?

Vinieron de nuevo, más que antes, y los árboles marcados fueron derribados. Parásitos sangrantes, sus pensamientos y su tiempo forman una nebulosa oscura sobre sus cabezas, brillantes ojos blancos de los que me estremezco al recordar. Y yo, gritando para nadie, tratando de impedir la catástrofe. ¿Es ésta la violencia? La Música no se interrumpe sino que se converge, se hace convexa y alcanza una dimensión

que se me escapa, como tratar de atrapar una sombra con la mano, un abismo que se dibuja y desdibuja en la galería de tinieblas. ¿Dónde estás? ¿Por qué no has venido? ¿Y si la canción se repite? ¿Seguirá sonando aunque no la oiga, aunque no me encuentre, no esté ni sea? Si estas sombras se comunican como nosotros, ¿Por qué no pueden oír la música? ¿Por qué no pueden oírme? ¿Quiénes son realmente los Ancestros? Tuve que huir, ya no puedo volver a la arboleda, y ahora, ahora debo acabar con mi guarida, arrancar lo último de allá de acá y arrancar de aquí. ¿Encontraré tu perdón? ¿Importa realmente un árbol cuya canción no escuchamos? ¿No hacemos lo mismo que ellas? ¿Me considerarías criminal si he de matar para salvarme? ¿Acaso no habrá siempre música oculta en el silencio?

Me he decidido a partir. En este mundo el hambre es metafísica.

No tengo más botellas así que dejaré este mensaje a la suerte, quizás alguien lo arroje por mí.

Nos encontraremos de nuevo.

Tu amor

Carta VI

A ti:

Seas quien seas, entiendas lo que entiendas.

Ya no doy más. Agonizo. He enfermado en este mundo y mis ojos están ciegos. Ya no me quedan fuerzas para otra expedición más allá de la arboleda. Me iré. No tengo más botellas así que espero, y me abandono a la suerte, de que este mundo de sombras y cantos sordos tenga una luz de la que todo venga, me arriesgo y me lanzo en búsqueda de mi tierra natal, de la que seguramente no sabes. Lanza la última carta. El silencio será tu promesa.

(Sin firma)

Nota del Editor:

Encontré en la playa un bolso de un extraño material, en el cual estaban las últimas dos cartas aquí expuestas. Había algunas ramas y raíces en la arena, y una zanja enorme como si un árbol completo hubiese sido arrastrado al mar.

Dejé un aviso en las redes sociales sobre mi hallazgo. A la semana siguiente un joven llamado Juan encontró otra en las costas del sur, y tras comunicarse conmigo iniciamos una búsqueda, que da el total de cartas aquí expuestas. Se ha formado la Asociación por las Cartas del Mar para velar el que éstas lleguen a su destino y copiando su contenido para su publicación e investigación. Se ha intentado de ordenar cronológicamente, pero se desconoce la totalidad de cartas enviadas. Si alguien encuentra más de estas cartas se ruega por favor contactarse al siguiente número: +56 9 66485555.

La Asociación se hará cargo de duplicar su contenido y volver a arrojar el mensaje al mar como se prometió.

SPERA

Autor: J. A. Moth

Los tres soles se habían levantado ese día. Después de casi dieciocho años en los que no se había visto un verdadero verano, los soles habían recordado porque fueron creados y volvieron a cumplir con su deber. Quizás, pensaron los grandes sabios en sus celdas o en sus tumbas, los mismos soles recordaron que día tan importante era para Spera. Porque desde el alba, el día había vuelto a la vida, las flores inundaban de su olor los alrededores de Millies e incluso los caballos parecían alegres con las sensaciones del nuevo día.

-¿Y las cinco lecciones, Eysab?- preguntó Abah mirando a su pupila, que se balanceaba maestramente sobre una balanza de madera e inútilmente intentaba blandir su espada contra Grestían, su herrero y

maestro espadachín. La luz que entraba a través del balcón hacia resplandecer el cabello negro brillante de Eysab, y chocaba contra el filo de las espadas dibujando sombras siniestras en la alfombra de hilo.

-Humildad, Valor...- Eysab estuvo a punto de caer, pero logró contener el equilibrio y volvió su concentración a la espada –Honestidad, generosidad...-

Eysab intentaba inútilmente derribar a su oponente, pero este parecía librarse de ella como si estar equilibrándose sobre la balanza de madera no tuviese ni la mayor complejidad para él. Y no lo era.

Grestían acostumbraba el mismo entrenamiento desde que tenía edad para sostener una espada.

-¿Y el último, Eysab?- insistió Abah al notar que su aprendiz se desconcentraba. Por su parte, Eysab, intentaba con todas sus fuerzas recordar la última lección de los reyes, mientras refunfuñaba mentalmente por tener que aprender cosas que no le interesaban.

Las lecciones de los reyes habían sido completamente olvidadas en el momento en que el rey vigente tomó el poder, los ángeles se extinguieron, los guerreros desertaron y los otros reinos volvieron al polvo del que nacieron, dejando al rey Tratos como único líder de Spera.

Durante siglos los ángeles y los dragones de guerra vivieron en total armonía dentro de Millies. De los quince reinos de Spera, Millies era el más pacífico de todos. El ejemplo de la caridad, humanidad y el amor, lo entregaba su rey, Lernidas. Todos se reverenciaban ante él con devota admiración, no con temor como en los otros catorce reinos.

Así, con un rey justo y una reina amable, el reino de Millies se exceptuó de las guerras y poco a poco los guerreros dragones cruzaron las fronteras para obedecer ante otros reyes, en verdaderas guerras. Fue entonces cuando Millies quedó completamente desprotegida.

El año en que el invierno fue el más crudo de todos, ese invierno que duró diez años, el rey Lernidas falleció, dejando con su muerte, un trono vacío y sin herederos legítimos. Si bien, el fallecido rey había tenido muchas concubinas y era completamente devoto a compartir las noches más felices con su esposa, la reina Verdiana, nunca tuvo en hijo varón, solo una pequeña niña que por lo que se rumoreaba en el reino, no había sobrevivido al crudo invierno con sus pocos días de vida.

Sin nadie para reclamar entonces el trono, el poder pasó al último guerrero dragón que permaneció en Millies, Tratos, quien en ese entonces solo era un chiquillo delgado y pecoso que en vano había intentado huir a los reinos en guerra, pero había tenido que volver a cuidar de su madre enferma.

Con el reinado del quinto rey más joven, todos los ángeles de la luz fueron enviados a su destrucción. Tratos pidió a la reina Verdiana su mano, y al negarse esta, la asesinó sin pudor en medio de la plaza más concurrida del reino, justo frente a las enormes puertas de piedra del castillo. Puertas que no se abrieron a nadie nunca más.

-¡Eysab!- exclamó Abah casi exasperada -¡La última lección de los reyes es la más importante!-

Grestían saltó de la balanza, ocasionando que el peso de Eysab le provocara una caída. Desde el suelo, la delgada chica, levantó con odio la mirada hacia su maestro espadachín y luego hacia su nodriza. Sus ojos, tan azules como el lapislázuli mismo, brillaban con ira y vergüenza.

Se levantó de golpe del suelo y corrió para abalanzarse sobre su maestro, pero no logró siquiera rosarle la nariz, cuando Abah, utilizando la espada de Grestían, la detuvo.

-Nunca un rey debe olvidar la última lección- dijo con seguridad Abah mirando fijamente a su pupila – Amor. Lo único que nos impide volvernos monstruos-

Grestían se rió por lo bajo –Lo único que nos impide volvernos monstruos es la esperanza, Abah, eso y el deseo de venganza-

Eysab, quién en sus tiempos libres leía sobre amores imposibles y novios fugitivos, y era una verdadera creyente de que el amor, puro y desinteresado, sería capaz de mover montañas, separar mares e inundar desiertos, dijo: -Eso dices, maestro, porque nunca has amado a nadie. ¿Crees que si el rey Lernidas no hubiese amado a su reino, habría dado todo por él?-

Grestían, sorprendido ante la pregunta de su aprendiz, permaneció en silencio, analizando largamente sus palabras. Una vez había amado. Había amado mucho a una mujer; Lynie. Era la hija menor de un panadero del pueblo, y Grestían, a pesar de no tener mucho dinero, acudía todos los días a la panadería justo a la misma hora con la intención de ver a Lynie. Pero un hombre de guerra no puede contraer

matrimonio, porque no tiene nada que ofrecer más que una espada manchada de sangre y la sed de guerra que los recorre, por lo que Grestían nunca se atrevió a hablar. A los quince años Lynie fue casada con un carpintero que sabía leer, pero resultó ser un adicto a la bebida y cuando Lynie cumplió los dieciocho murió de dolor.

Eysab, notando el halo de dolor en la mirada de su maestro, se arrepintió de haber sido tan imprudente y se castigó a si misma mentalmente. Esa noche no leería a la luz de la vela como acostumbraba. En lugar de eso, se dormiría temprano y se levantaría al alba para entrenar arduamente y sorprender por una vez a Grestían, quien siempre parecía encontrar un defecto en la forma en que Eysab usaba la espada.

El silencio que había tomado lugar en la habitación, se vio interrumpido por una oleada de gritos y llantos que entraban por el balcón. Abah, con cuidado y detenimiento se arrimó a los barrotes de una de las ventanas más pequeñas de la habitación y miró hacia la calle.

Entre las pequeñas y pobres construcciones del pueblo, entre los animales que corrían sueltos y sin dueño, y las personas que apresuraban el paso hacia sus hogares, se alzaban los banderines con el escudo del castillo. Los soldados del rey -ya ninguno de ellos un original guerrero dragón, solo imitaciones de estos-, se abrían paso en dirección a la plaza central, donde los dueños de los puestos de abarrotes cerraban sus puertas y escondían sus mercancías.

Eysab y Grestían tomaron lugar junto a Abah que con el corazón en la mano, susurraba cosas inentendibles para ambos. Hasta que por fin, luego de muchos intentos, unas palabras concretas salieron de entre sus labios -Los guardias del rey- balbuceó.

Grestían, comprendiendo de inmediato lo que Abah quería decir, tomó el brazo de Eysab y la arrastró hasta la otra esquina de la habitación, donde moviendo una palanca se abrió una enorme puerta de marfil revelando un túnel largo y oscuro.

-¿Qué haces? ¿Dónde vamos?- chillaba Eysab siendo arrastrada en la oscuridad del túnel por Grestían, que alzaba su espada como si en cualquier momento fuese a utilizarla. -¿Por qué no viene Abah con nosotros? ¿Grestían?-

-Calla, Eysab- refunfuñó Grestían y siguió jalándola del brazo en medio de la oscuridad.

Eysab miró hacia atrás unos segundos después y notó que detrás de ella no había ninguna luz. Abah se había encargado de cerrar nuevamente la puerta y de cubrirla con la estantería de madera, antes de cubrirse el rostro con un paño de seda oscuro y escapar por la puerta trasera de la casa hacia el puerto donde una pequeña embarcación pesquera la esperaba.

--

Al salir del túnel, Eysab se encontró de frente con la claridad del día que le lastimaba los ojos. Habían estado en la oscuridad por lo menos unas dos horas e incluso su piel se sentía húmeda por la tierra de las paredes del túnel de escape que supuso el mismo Grestían había cavado bajo la casa.

-¿Vas a decirme hacia dónde se supone que vamos?- preguntó Eysab mientras seguía de muy cerca a Grestían que prácticamente corría por las calles vacías de las afueras del pueblo. En ese sector de Millies ya no había gente. Solían encontrarse en ese lugar las viviendas de los guerreros dragón y los templos de los dioses, pero desde el reinado de Tratos ya nada quedaba en esas tierras infértiles.

Al pisar un charco en medio de la calle, las botas de Grestían se cubrieron de barro y a diferencia de otras ocasiones en las que habían salido juntos, él no se detuvo a limpiarlas. Seguía caminando muy rápido, mirando sobre su hombro a Eysab de vez en vez para cerciorarse de que esta lo seguía a su paso.

Ella se estaba impacientando a medida que avanzaban. Faltaba poco para llegar al bosque de las mil almas, y rogaba para que a Grestían no se le ocurriera internarse en él. Desde que Eysab había comenzado sus clases en casa, Abah le había explicado que el bosque de las mil almas era un lugar muy peligroso, lleno de bandidos y hechiceras de la orden oscura.

-Grestían- Eysab se detuvo frente a donde se alzaban los primeros árboles del bosque. Él se detuvo también y la miró, con una expresión cansada en el rostro. -No entraré ahí-

-Estoy aquí contigo, Eysab- intentó sonreír Grestían, pero no había logrado sonreír sinceramente en años y le costó bastante encontrar una postura menos seria para no asustar a la pequeña chica de cabello

negro que lo miraba con los ojos brillantes. –Soy el mejor espadachín de Millies, de Spera entero me atrevería a decir. No tienes de que temer-

Y en el fondo de su corazón, Eysab le creía. No tenía de que temer teniéndolo a él como protector. Lo que le asustaba era no saber porque estaban huyendo. En otras ocasiones los guardias del rey habían pasado por el pueblo cobrando impuesto o en busca de algún bandido, y nunca habían reaccionado así. -¿Qué está pasando, Grestían?- preguntó Eysab sin levantar mucho la mirada. Se sentía temerosa de la respuesta que él pudiese darle. -¿Por qué estamos huyendo?-

Luego de unos segundos, Grestían habló: -Ellos están buscándote Eysab. Tengo que esconderte y el bosque es el único lugar en el cual no van a buscarte-

Eysab estaba confundida. ¿Por qué los guardias del rey la buscarían a ella? Nunca había cometido ningún delito. Pagaba sus impuestos con el dinero que sus padres, herreros, le habían dejado antes de morir. Tomaba sus clases como el rey había proclamado que debía hacer cada chica en Millies y nunca había faltado a la autoridad. Ella era completamente noble e inocente. ¿Por qué entonces siempre sentía que los guardias la miraban? ¿Por qué ahora la estaban persiguiendo?

-¿Por qué a mí?- murmuró.

Grestían, un poco menos irritado que antes, logró sonreír a Eysab. –No lo entiendes ahora, y no tenemos tiempo para explicártelo. Necesitamos internarnos en el bosque y buscar a nuestros aliados. Entonces tendré mucho tiempo para explicarte todo lo que no entiendes ¿de acuerdo, Eysab?-

Ella asintió.

Cuando la noche cayó y los tres soles se ocultaron, Grestían y Eysab estaban justo en el centro del bosque. Los árboles se balanceaban con el viento creando sonetos oscuros que le calaban los huesos a Eysab. Los búhos gritaban alegres por el largo día de descanso y las sombras de la noche se expandían por el suelo húmedo cubierto de ramas y hojas negras.

Grestían, que se había mantenido todo el tiempo en completo silencio, dijo: -Esperaremos aquí hasta el alba y entonces partiremos hacia el norte-

Con la curiosidad picándole, Eysab quería preguntar muchas cosas, pero se contuvo. De momento no quería saber muchas de las respuestas, temía a muchas de las posibles respuestas a las preguntas. Y sobre todo, estaba cansada. Habían caminado todo el día sin más descanso que los cinco minutos que se detuvieron en la entrada al bosque.

-¿Dormiremos en el suelo?- preguntó ella. Él asintió –Pero está húmedo, además hace frío y no tenemos mantas, ni nada-

Grestían, un poco cansado de las quejas y las preguntas de Eysab frunció el ceño -¿Es que no te he enseñado nada? Creí que eras una guerrera, Eysab, pero de hecho solo pareces una niña-

Eysab se ruborizó avergonzada y se recostó en el suelo sin decir nada más. Estaba tan cansada que en cosa de unos segundos quedó completamente dormida. En sus sueños vio ángeles con alas brillantes, hombres con espadas y mujeres cargando arcos y flechas.

Mientras ella soñaba, Grestían vigilaba. Estaba cansado y tenía hambre, pero no podía dormirse, ni dejar a Eysab sola por ir a cazar algo. Había prometido por su honor que la protegería y eso haría. Por un momento se concentró en su protegida que dormía plácidamente tendida sobre las hojas húmedas del medio del bosque.

La única vez que Grestían había visto un ángel de la luz fue cuando era un niño y apenas lo recordaba. Solo podía destacar el color brillante de sus alas blancas y sus ojos grises. Ahora miraba a Eysab durmiendo y se preguntaba cómo no lo notaban todos. Con su piel tan blanca y sus ojos tan brillantes y azules, ella era notoriamente un ser diferente.

Los últimos ángeles habían muerto en la primavera en que Eysab cumplió un año de edad. Desde entonces las personas comenzaron a perder la esperanza de que el rey Tratos fuese destronado. Pero ahí, en medio del bosque bajo la luz de la luna, estaba la última esperanza de Spera; un ángel de la luz y el último guerrero dragón.

Y cuándo la luna y los tres soles se alzarán juntos en el cielo, la profecía de los sabios será cumplida. Un ejército liderado por los únicos herederos de las dos razas, se enfrentará contra los guardias del castillo, y el rey Tratos pagará por sus actos.

Continuará...

El mar de Azuleya

Autor: Sebastián Sotomonte

Hace tres años, Azuleya era la ciudad que brillaba sobre el norte del continente pero desde que el demonio había decidido fundirse con el mar, los caseríos se habían vestido de hambre y las aguas lucían contaminadas y sin vida.

Ya no era posible salir a pescar debido a furiosos jinetes de agua que arremetían contra las humildes embarcaciones cuando los hombres deseaban pescar. No obstante, los habitantes de Azuleya se las arreglaban para sobrevivir plantando en las huertas de sus casas, casas que habían tenido que alejar de la costa para librarlas de la ira de las aguas.

Grande era el pesar en el corazón de cientos de familias que habían decidido marcharse de aquellas tierras pero el exilio en aquellos días era casi imposible debido a que las aguas habían avanzado hasta los puentes que se alzaban junto al bosque de Lessina y los habían derrumbado. Muchos ya daban por hecho que su destino era vivir en aquellas tierras carcomidas por la miseria y aguas brumosas que maquillaban aquella era.

Cansados de esta situación, los druidas del pueblo habían intentado desterrar al demonio de aquellas aguas pero sus intentos habían sido en vano, ya que todos terminaron asesinados por un ejército de caballos de agua que cayeron sobre ellos como un beso de muerte. Sólo quedaba ver como ese mar maldito pedía una pequeña niña cada mes para que las aguas la tragarán a cambio de no arrasarse la aldea.

Luego de una reunión que se había prolongado durante dos días, el alcalde de Azuleya elaboró una lista de doncellas vírgenes que debían ser arrojadas al mar para salvar la ciudad. Dicha medida despertó la ira del pueblo, el cual protestó con sus hachas y antorchas fuera del palacio de la alcaldía y muchos hombres murieron a causa de los arqueros del gobierno de la ciudad. Eso sólo causó que las protestas fueran cada vez más violentas, llevando consigo un aumento de la represión por parte de los alcaldes, hasta que el propio alcalde decidió cancelar aquella ley para devolver el orden a las calles de su ciudad. Era pobre y estaba en plena decadencia pero era su ciudad.

Lo que los aldeanos no sabían era que el alcalde había contratado en silencio a secuestradores para que estos arrojarán al mar una chica el primer día sábado de cada mes, lo cual generó una ola de especulaciones en la población, la cual pensaba que el mismísimo demonio marino se robaba a sus hijas.

Muchas historias macabras pululaban entre los niños de Azuleya. Nadie sabía lo que ocurría con las doncellas que eran arrojadas por espectrales figuras de aguas negras para ser arrastradas a las profundidades.

-Yo creo que ellas son devoradas por esos diablos- comentó un día en clase de Álgebra una chica de voz chillona.

-¡No! Yo creo que el mar las asfixia y sus esqueletos sirven como amuletos malditos- replicó un muchacho mayor.

-¿Y por qué mejor ese mar maldito no arrasa con el pueblo de una vez y nos mata a todos?- inquirió Chastia- Así tienen muchos amuletos para esos diablos.

La profesora los hizo callar y les recordó la importancia de las funciones no continuas en el mundo. “Todo tiene un quiebre en algún momento”, les había dicho con voz sorna. “Incluso mi matrimonio que parecía perfecto terminó y las funciones lineales tienen un fin... Todos nos cansamos de seguir extendiendo el lápiz.”

Al salir de clases y luego de despedirse de sus amigos, Chastia volvió a casa sola, lo cual no era habitual luego de la misteriosa desaparición de niñas. Su abuela, su única familia, no podía caminar debido a su pierna fracturada debido a una caída que tuvo en el jardín. Ninguno de los niños del pueblo solía salir solo ahora pero Chastia pensó que no habría problema en volver sola a casa, pese a que su abuela le ordenó pedirle a una de las madres de sus amigos que la acompañara hasta su casa, pese a tener quince años.

La casa de Chastia quedaba junto al bosque de Lessina y había que atravesar un pedregoso sendero que serpenteaba entre los árboles y un pequeño curso de agua que reflejaba la mirada de aquella doncella de cabello color arena y ojos verdes, como tierras cultivadas de sueños. Ya quedaban unos veinte metros para llegar a casa y Chastia no los vio venir. Iba pensando en sus deberes escolares cuando una mano le tapó la boca y la inmovilizó con una picadura que la llenó de dolor y espanto. Oyó a un hombre reír débilmente y no vio más.

Ese día, Leogarde había ido a la taberna del pueblo a vender “chicha”. El alcohol se hacía cada vez más escaso en la ciudad debido a que los mercaderes no podían ingresar al pueblo luego de que los puentes sucumbieran. El desabastecimiento tenía muy descontentos a los aldeanos más bohemios que culpaban a los taberneros de aquello. Leogarde había visto la oportunidad de amasar algo de dinero y había empezado a vender el licor de uva de su pequeño campo, el cual había bautizado como “Chicha”. Los aldeanos recibieron con gusto aquella nueva bebida pero Leogarde sabía que su uva pronto acabaría así que tendría que aprovechar de subir los precios para sacar el máximo posible de ganancias.

A sus dieciocho años, vivía solo, vagaba por las colinas aledañas a Azuleya llevando a pastar su ganado, el cual moría lentamente de pena, como si aquella mar que desde lejos los contemplaba les lanzara saetas de maldad. Su alta estatura le permitía cosechar él mismo su uva y luego sus grandes pies la pisoteaban para producir su “chicha”. Había tenido que cortarse el pelo, pues muchas veces uno de sus castaños cabellos caía al licor y una vez el tabernero se lo había sacado en cara. Ahora, su cabello cortado estaba muy bien guardado en su habitación, listo para ser vendido a cualquier brujo que lo necesitara para sus pociones.

Al volver de la taberna, con el bolsillo lleno de monedas de plata, Leogarde sonreía cuando se disponía ir al bosque de Lessina, rumbo a su cita con Alita, la muchacha que él cortejaba y que había accedido a tener una cita con él. Al poco andar se topó con dos hombres de bigote poblado y que usaban largas capas verdes. Ellos transportaban un carro con varios sacos. Él los miró con curiosidad pero ellos lo ignoraron. No parecían campesinos, ya que Leogarde conocía a la mayoría de ellos y los siguió con la mirada hasta que ellos se perdieron de vista.

-¡Demonios!- gritó una mujer desde una ventana- ¡Los demonios se han llevado a mi nieta!
Leogarde se acercó a la casa que estaba junto al bosque y escuchó a la mujer.

“No puede ser posible. Esos no son demonios del mar”, se decía Leogarde mientras corría tras aquellos hombres. La abuela de Chastia le había dicho entre llantos que había visto como secuestraban a su nieta mientras ella había hecho un esfuerzo sobrehumano para ir al baño. De hecho, uno de esos hombres la había herido el día anterior pero nadie le había creído. Hasta su nieta la había dicho que eran disparates debido a su edad.

Corrió como el alma del viento y vio que los hombres se detenían en silencio, parándose en seco ante ellos.

-Aquí no hay nadie más que tú y nosotros- le dijo uno de ellos. Parecían gemelos, según Leogarde. Acto seguido, uno de ellos se metió la mano al bolsillo y sacó lo que parecía una hada del tamaño de una mano. A diferencia de las adorables hadas que conoce todo el mundo, ésta tenía unos afilados y grandes dientes que hicieron que Leogarde retrocediera.

-Devuelvan a la niña- balbuceó Leogarde.

Uno de los hombres sonrió y el hada voló hasta Leogarde que emitió un grito de terror y sólo atinó a correr en dirección contraria. Él no era un guerrero y sólo disponía de una bolsa llena de monedas de plata, una petaca con “chicha” y una daga para tallar garabatos en los árboles. Nuestro joven se disponía a acuchillar a la hada cuando ésta estuviera lo bastante cerca cuando una flecha silbó por los aires y fue a dar en la cara de aquella criatura, matándola.

Los hombres de bigote buscaron el origen de la flecha y vieron a una pequeña anciana jorobada que sostenía un arco y que llevaba una capucha negra. Su rostro tenía indicios de viruela y su boca tenía algunos granos verdes. Ella les dedicó una mirada cargada de furia, ante lo cual los hombres rieron y sacaron dos pequeñas dagas que salieron disparadas en dirección a la anciana. Ella cerró los ojos y al gritar dos piedras de mediano tamaño se interpusieron en el camino de las dagas.

Ahora los hombres ya no sonreían e intercambiaron una mirada de preocupación. Leogarde, en tanto, había caído a un pequeño arroyo y su petaca estaba abierta y vacía. “Qué extraño”, se dijo, “Es como si al agua hubiera abierto la tapa”. Se levantó y vio a los dos hombres de pie ante la anciana que jadeaba pero su mirada tenía un brillo bravío, como una sabia bestia que ha despertado.

Leogarde tomó una piedra afilada y se la arrojó a la cara a uno de los hombres, dándole en la nariz. El hombre aulló y se limpió la sangre mientras sacaba un pequeño cuchillo. Quizás no era un guerrero pero nuestro joven sabía defenderse y había tenido que lidiar con villanos mucho más corpulentos que aquellos hombres. Ambos tenían sus cuchillas en la mano, mirándose con el ceño fruncido. Todo ocurrió muy rápido: La anciana disparó directo al corazón de uno de aquellos hombres y el que estaba a punto de pelear con Leogarde huyó pero la mujer silbó y un gran perro lanudo apareció, persiguiéndolo hasta que se perdieron en la espesura del bosque.

-Debes tener cuidado- dijo la anciana dirigiendo a Leogarde su mirada llena de rabia.

-¿Es usted una bruja?- le preguntó él, mirándola como quien mira un fenómeno circense.

Ella adoptó un tono burlón y habló con arrogancia:

-Si piensas que soy de esas muchachas que hacen el amor con el río o de esas brujas que bailan con la hierba, estás muy equivocado. Soy bruja y punto.

Se quedaron mirándose unos segundos hasta que ella dijo:

-Niño, ¿Eres idiota? ¡Hay una niña en uno de esos bultos! ¡Sácala de ahí!

Leogarde respondió con torpeza y sacó a Chastia de uno de aquellos sacos. La niña tenía una fea mordedura en su cuello, quizás a causa de aquella maléfica hada, supuso Leogarde.

Llevaron a la niña a su hogar y cuando Leogarde se dispuso a despedirse, la bruja le gritó:
-Tú vienes conmigo. Necesito cargar unas cosas y una mujer delicada como yo no tiene tanta fuerza. Leogarde no replicó. Sabía que había que estar en paz con las brujas y obedecerles. Eso le habían enseñado de pequeño. La siguió por el bosque, hasta un verdoso claro y entraron en una pequeña casita de barro y musgo.

Se sentaron alrededor de unas llamas de color verde y ella habló como si se estuviera ahogando pero Leogarde la escuchó atentamente:

-Yo, Hidenia, soy la última de las gentes conocedoras de la magia de esta ciudad. Es mi deber detener al demonio de las aguas para ser yo quien reine en secreto sobre Azuleya y sus alrededores. Hoy, a medianoche, se cumple el plazo para entregar la joven virgen al mar maldito, el cual necesita de almas inocentes que vayan voluntariamente, sin ser asesinadas para así ocupar aquellas almas ilesas en la creación de un ejército de espectros que cabalgarán sobre otras aguas, hasta conquistar todo el mar y después la tierra... Pero hoy los detendremos- Añadió, al ver la cara de espanto de Leogarde.

Faltaban seis horas para medianoche y ya habían urdido sus planes para aquella noche. Incluso el novato de Leogarde tuvo una brillante idea que la bruja elogió sorprendida. No le pedirían ayuda a nadie más debido a que los brujos eran mal vistos en la ciudad, debido a que se les acusaba de haber atraído aquel espíritu demoníaco a su playa.

Faltaba media hora para medianoche y el mar había empezado a recogerse y todo estaba en calma. Las familias ya estaban en sus casas y muchas de ellas lucían cegadas. Leogarde se sintió decidido a ayudar y terminar con la miseria de sus gentes.

Él estaba junto al bosque de Lessina e Hidenia se había dirigido a la playa. Leogarde se dispuso a vaciar unas botellas de "chicha" en el río y vio con satisfacción como ésta se disolvía, como si alguien se la tragara. Estaba claro que la bruja tenía razón: Aquella agua era una especie de boca para aquel demonio, ya que al fusionarse con el mar, ese había pasado a ser su cuerpo. Ahora, corpóreo y vivo, aquel demonio degustaba por primera vez aquel licor con gran gusto, dándole tiempo a la bruja Hidenia de actuar frente al mar, ya que éste sería más débil al centrar su atención en dos lugares distintos. La propia Chastia, pese a la negativa inicial de Leogarde, lo ayudó a vaciar las botellas, diciendo que estaba en deuda con ellos por haberla salvado. El agua se vaciaba y desaparecía una y otra vez.

Mientras tanto, en la playa, Hidenia lucía un traje calipso y sus granos habían desaparecido. Su cabello canoso había sido pintado por los años de lucha contra el mal y seguiría en ello hasta la muerte. La bruja se acercó a las agua y puso sus manos en la nivea arena mientras el silencio era el réquiem de un glorioso ayer. Ella miró con seriedad el suelo y empezó a chillar como si estuviera siendo torturada. A continuación, las olas se alzaron como un muro inexpugnable y como una puerta que se cierra, cayó sobre Hidenia.

Leogarde y Chastia notaron que las botellas de licor ya empezaban a acabarse. No hablaban y tan sólo intercambiaban miradas de nerviosismo. De pronto, notaron una sombra extraña que saltó desde el agua y vieron con espanto un pequeño ser hecho de agua que blandía una espada. El ser se abalanzó sobre Chastia y se desintegró, entrando por su boca, nariz y oídos dentro de su cuerpo. La niña sonrió un momento y se desplomó en el piso.

-Funciones discontinuas en la vida- comentó Chastia en voz baja- He aquí un punto de discontinuidad para ese mar.

En tanto, el muro de agua había caído sobre la bruja con gran estruendo y muchos vecinos prendieron antorchas para ver lo que ocurría en el mar, pues muchos sospechaban que éste había vuelto a tragar a una niña. Muchos curiosos se acercaron a la playa y vieron a lo lejos a la mar retirándose y a una vieja agachada y jadeando, empapada. Era obvio que el demonio se había hecho más débil al concentrarse en dos lugares simultáneamente e Hidenia lo sabía. Ella volvió a gritar y la tierra tembló. La energía de su alma estaba puesta en aquel ataque, que tal vez podría ser el último de su vida debido a aquella cantidad de poder. Ella gritó otra vez y una gran bola blanca de energía salió de su cuerpo y se adentró en el mar y muchos escucharon como si alguien rasgase una vela de un navío con un cuchillo. Ella siguió gritando y volvieron a caer muros de agua sobre ella, hasta que la mar quedó en calma. La bruja siguió con las manos clavadas en el suelo.

-Despierta- Suplicaba Leogarde, consternado.

Chastia estaba inconsciente y ya se había acabado el licor. Ahora otra figura había emergido del agua y se disponía a abalanzarse sobre Leogarde. Pero ésta vez él había sido cauto y llevaba escondido un frasco de fuego de Grekoi en un frasco, el cual abrió cuando aquel ser estuvo cerca y al tocarlo, la figura de agua se desintegró. Ese fuego era de Grekoi, un poblado muy lejano, del cual apenas se sabía en Azuleya y los brujos marinos de aquellas tierras habían inventado un extraño fuego que ardía sobre el agua y para apagarlo bastaba con recitar un conjuro. Puso un poco de aquel fuego cerca del cuerpo de Chastia y notó como la niña tosía y volvía a abrir lentamente los ojos. Leogarde fue con premura a vaciar aquel frasco al río a lo largo de unos veinte metros, hasta vaciar gran parte de aquel frasco. Gritos, llantos y maldiciones se escuchaban desde aquellas aguas y fue entonces cuando sintió aquella voz en su oído, la cual lo hizo sobresaltar:

-Hola, precioso.

Era una mujer muy bella, de unos treinta años, de exuberantes pechos y pelo largo. Al verla con detenimiento, Leogarde se dio cuenta de que su cuerpo estaba hecho de agua, Ella le guiñó un ojo y él cayó rendido por su sensualidad. No pudo hacer otra cosa que seguirla.

-¡No le hagas caso!- vociferó Chastia.

Ella se quitó su ropa y le lanzó un chorro de agua a Chastia, que salió despedida varios metros. Luego, miró a Leogarde y lo besó en los labios mientras él acariciaba con lujuria cada centímetro de su cuerpo acuoso.

Chastia se levantó atontada por la caída, vio el frasco de fuego y se lo lanzó a la mujer de agua. Ella gritó y se deshizo en un charco mientras Leogarde salía de aquel trance. No tenían nada más que hacer ahí. Había que ayudar a Hidenia.

La bruja seguía con las manos clavadas en el mar y nuevas bolas de energía salían de su espalda y cabeza rumbo al mar pero de pronto el mar se arremolinó y de las aguas emergió un hombre con barba y una espada. Su cuerpo hecho de agua producía un sonido similar al de un arroyo:

-Has llegado muy lejos, bruja- le dijo y su voz era profunda y disfrutaba al ver a Hidenia empapada y jadeante.

-Pero nosotros hemos llegado más lejos- dijo la bruja, sonriendo.

-Pero si tú estás a punto de morir, vieja tonta- dijo aquel ser riendo a carcajadas.- ¡Estás muy débil! Ninguno de tus amigos magos pudo conmigo.

-Ellos sí pudieron, lo que pasa es que el alcalde les tendió una trampa y enriquecerse con esta miseria. Mientras el pueblo empobrecía, el recibía tus perlas y joyas a cambio de doncellas. Una política muy astuta. Hasta yo fui torturada y encerrada por decir la verdad y no pude decirle al consejo de druidas que el alcalde los atacaría poco antes de luchar contra ti y yo sólo esperé el momento oportuno para vencerte

y ser la reina de estas tierras. Hoy ya has sufrido mucho daño y yo estoy muy cansada, es cierto, pero venceré.

El hombre de agua reía nuevamente y exclamó:

-¡Tú sola y unos niñitos que me prenden fuego!

- Olvidas a las sirenas- dijo la bruja dedicándole una sonrisa maléfica mirando al oeste

Muchos seres del mar saltaban sobre las aguas, clavando sus tridentes sobre las aguas, haciendo que éstas emitieran chillidos desgarradores.

El hombre de agua gritó y clavó su espada en el corazón de Hidenia, la cual sonrió mirando al cielo mientras veía a Leogarde, Chastia y un montón de aldeanos correr hacia el mar. La bruja cayó mientras una ola de sirenas galopaba sobre las olas malditas, asesinándolas.

Leogarde y Chastia mirando estupefactos lo que ocurría y arrojaron el fuego Grekoi a las fauces de aquel ser de agua, el cual se deshizo sobre la arena. La bruja había muerto y las sirenas habían desaparecido.

El mal fue extirpado del mar y la armonía volvió a peinar las calles de Azuleya. Los habitantes de la ciudad se habían acostumbrado a que durante las noches de tormenta se escucharan gritos procedentes de la playa... La voz de Hidenia seguía protegiéndoles de la calamidad. No pudo ser reina de Azuleya pero hasta el día de hoy es la guardiana de la más próspera de las ciudades del norte del continente y muchas niñas de aquellas tierras septentrionales llevan su nombre... Su magia resultó ser continua más allá de la muerte.

Alita

Autor: Sebastián Sotomonte

El alba ya coqueteaba a través de las enaguas que la noche iba quitándose cuando la tripulación del Uyuyui despertó sobresaltada. A lo lejos se escuchó un gran fragor que hizo que los marineros salieran a cubierta para investigar el origen de aquel ruido.

Aquella mañana se encontraban en el Mar Borealis, una gran mar infinita de soledad, en donde no había más compañía que ellos mismos. Habían decidido tomar esa ruta para así evitar las tormentas que en aquella época del año azotaban las mares que se encontraban más al sur. Su objetivo era llegar al continente con las mercancías traídas desde las Islas Elíseas, donde los elfos cosechaban zanahorias de lavanda.

Y así, durante todo aquel día sintiendo aquel gran fragor. A muchos les dio la impresión de que se trataba de una gran montaña que se partía, otros aseguraban que era el cielo que se estaba cayendo y otros decían que quizás eran truenos pero el ruido no parecía venir desde el cielo sino que... desde abajo. Al llegar la noche, los hombres ya se habían habituado a aquel constante ruido a pesar de que al principio les había aterrado, ahora bebían licor y comían conejo riendo y cantando picarescas canciones mientras el cielo seguía despejado.

Grande fue la sorpresa de que en plena madrugada un vigía gritara:

-¡Tierra a la vista!

Muchos pensaron que ya habían llegado al continente pero grande su sorpresa al contemplar una pequeña isla de gran vegetación y de suaves colinas verdosas.

Decidieron desembarcar y explorar aquella tierra. De seguro les podría servir como enclave ante futuros viajes pero ni aún los más viejos que llevaban décadas atravesando continuamente el Mar Borealis conseguían recordar un paraje como aquel.

Al pie de cada colina nacía una cueva y un pequeño arroyo surcaba la isla de este a oeste, mientras que en la orilla abundaban los arbustos y abetos.

Fue entonces cuando volvieron a sentir aquel gran fragor y con horror descubrieron que era lo que ocurría: La isla entera parecía viajar por el mar, sin timón ni capitán alguno que la dirigiera.

- ¡Pardiez!- Exclamaron los marineros. Enfrentarse a corsarios era preferible a vivir esa experiencia sobrecogedora. Muchos tomaron sus rosarios y rezaron. Otros intentaron volver a la nave pero esta se había volcado hacia el mar a causa del movimiento de la isla y tanto la escalerilla como la rampa habían quedado fuera del alcance de la tripulación.

Don Alberto de Argand era un hombre muy suspicaz y, pese a ser el capitán de un barco que transportaba cuantiosos recursos, siempre había pensado primero en la vida de sus hombres antes de emprender cualquier misión. Ello le había valido no conocer motín alguno durante sus viajes.

- ¡A tierra, todos!- bramó don Alberto- ¡Sujetaos de lo que sea!

Y todos sus hombres agarraron algún árbol o peñasco con el fin de no ser tumbados por el temblor que sacudía a la isla al moverse. Al cabo de unos minutos que parecieron una eternidad, la isla se detuvo y todo quedó en calma.

Necesitaban escapar de ahí cuando antes y volver tierra, aunque de seguro nadie creería que a las islas les daba por moverse. Lo más prudente sería guardar silencio ante los ardides de la Santa Inquisición. La tripulación, que constaba de treinta y cinco individuos, se dirigió a la nave para abandonar aquella isla del diablo cuando el temblor comenzó nuevamente y todos cayeron al suelo, saltando como peces fuera del agua ante la furia del movimiento sísmico. Estaban muy cerca de la orilla y las olas se erguían, cada vez más amenazantes como el guiño que lucha hasta convertirse en un beso.

En el Uyuyui sólo habían quedado cinco grumetes a cargo de la nave y la nave se zarandeaba con brusquedad. Mientras todos gritaban, apareció de súbito mucha gente desde aquellas cuevas que se encontraban al pie de las colinas pero a nadie le importaba. Todos estaban más ocupados de agarrarse a lo que fuera y a evitar los peñascos que caían desde las colinas.

Cuando la isla volvió a detenerse, los hombres vieron con estupor que estaban rodeados por un grupo de veinte individuos armados con lanzas y espadas. Pero no eran corsarios de ningún tipo... Eran sirenas. Eran tan bellas que muchos le dedicaron una mirada lasciva a sus pechos desnudos.

Así que osáis a perturbar la paz de nuestra isla- dijo una sirena que lucía una armadura y que blandía una gran lanza que parecía estar repujada por diamantes.

Nadie se atrevió a decir nada. Sólo don Alberto osó a responder.

- Lo sentimos. No sabíamos que esta tierra os correspondía. Sólo queríamos echar un vistazo- Añadió viendo los rostros de horror de sus compañeros.

- Nosotras también lo sentimos- respondió la sirena. Su voz era cruel y en sus rojizos cabellos parecía arder una mar hecha de odio.- Os condeno a muerte por pisar sin autorización los dominios de la gran reina Ekaterina.

Uno de los grumetes quiso sacar su pistola pero una sirena rubia lo atravesó con su lanza.

Todos los hombres se miraron. Sus pistolas y cuchillos poco podían hacer ante aquel pequeño ejército y de seguro que antes de que alguno se moviera, sería atravesado por una de aquellas lanzas. Ante esto, cuatro hombres también fueron asesinados por alzar sus espadas contra las sirenas. Fueron encadenados y obligados a entrar en una fila a una de las cuevas. Las sirenas abrían y cerraban la marcha. Pese a tener colas de pescado, se movían con gracia y podrían haber sido más bellas pero una expresión de crueldad se cernía sobre sus semblantes. Parecían gozar con la angustia de aquellos hombres.

A lo lejos, los hombres sintieron los gritos de pánico de sus compañeros que custodiaban la nave. De seguro también habían sido atacados por las sirenas. Las cuevas eran más grandes de lo que aparentaban y parecían ser grandes bóvedas que almacenaban nichos con elementos tales como pergaminos y piedras preciosas. Los hombres miraban con asombro aquella estancia que parecía extenderse hacia el interior de la tierra. Caminaron durante lo que parecieron horas por aquella bóveda que estaba iluminada por débiles antorchas.

Don Alberto notó que el grupo se detuvo cuando se dio un cabezazo con el marino que iba detrás suyo. Estaban ante una amplia cámara, la cual era presidida por una sirena que estaba sentada sobre un gran trono de oro, siendo cortejado por dos grandes figuras de mármol que a nuestro capitán le parecieron dos grandes sirenas jóvenes que cargaban un libro y un arpa.

- Gran reina Ekaterina- bramó la sirena pelirroja- Aquí os traemos a estos hombres que no contentos con romper la paz sobre todas las tierras, han venido a molestar en nuestros dominios. La reina Ekaterina era una sirena que parecía ser de mediana edad. Sus ojos eran de un negro azabache que hacía pensar en un foso sin fin y al hacer una mueca, todos vieron con horror que en vez de tener dientes, tenía piedras preciosas incrustadas en sus dientes.

- No me hagas perder el tiempo- dijo Ekaterina con voz seca- arrójalos a las fauces de Leviatán. Don Alberto y sus hombres no tenían la más remota idea de qué era eso pero de seguro sería algo horrible. Al momento de proferir su sentencia, don Alberto le había murmurado con mucho disimulo a los marineros que tenía cerca su plan.

El grupo siguió a la sirena pelirroja por un pasillo y grande fue la sorpresa de los hombres al encontrarse ante un abismo bajo el cual había un enorme pozo de lava. Las sirenas parecían odiar el calor porque cuando la lava hacía erupción causando una nube de calor, ellas se alejaban.

Las sirenas procedieron a quitarle las cadenas al primero de los marineros y lo empujaron al abismo, desde el cual se oyó una risa demoníaca. Las sirenas aullaron de gusto. La sirena pelirroja se había quitado la armadura por el calor y levantaba los brazos mientras soltaba carcajadas que retumbaban en los tímpanos de los marineros.

- "Es el fin de todo", pensó don Alberto con impotencia mientras se mordía el labio. A sus veinticinco años había sido nombrado capitán por salvar a un grupo de monjes valencianos de unos vándalos que los tenían secuestrados y ahora sus amigos serían asesinados.

Mientras las sirenas se disponían a desatar al séptimo de los marineros, don Alberto tuvo una idea. Le murmuró con disimulo a uno de sus grumetes que tenía más cerca el plan y éste se lo transmitió al resto. Al momento de desatar al séptimo de los marinos al abismo de lava, los marineros se levantaron a duras penas porque las cadenas pesaban varias decenas de kilos y e intentaron empujar a las sirenas con sus cuerpos hacia el abismo. No lo lograron pero las sirenas que hasta el momento se habían mantenido a una distancia prudente del calor aullaron de dolor.

La sirena pelirroja veía con ira aquella situación. Busco inútilmente su lanza pero don Alberto se la había arrebatado y ahora él la amenazaba, apuntando a su corazón.

- Te juro que lo haré si no se rinden y nos dejan ir- dijo Alberto con un hilo de voz.

- No serías capaz, caballero- dijo la sirena pelirroja sonriendo.

Alberto la miró a sus ojos. No podía matar a aquella mujer tan seductora.

- ¡Mátela, capitán!- gritaban sus compañeros.

Pero él no los escuchaba y cayó presa del hechizo de aquella sirena. Imaginaba que sus cuerpos se entrelazaban en una mar de besos y caricias...

De pronto sintió un gran dolor en la cabeza que le hizo trastabillar.

El marino que había sido desatado le arrojó una pedrada que le hizo trastabillar y la sirena pelirroja aprovechó aquel instante para escapar pero tropezó con uno de los marinos encadenados y cayó al foso de lava, gritando como una arpía al ser devorada por aquel infierno.

El resto de las sirenas huyó maldiciendo a los marinos. De seguro no tardarían en llegar con refuerzos.

El marino que había sido liberado desató a sus compañeros y recriminaron a Alberto por no haber tenido el coraje para atravesar con la lanza que éste sostenía ahora a la sirena.

- ¡Me embrujó!

- ¡Claro, Alberto!- le replicó uno de los más viejos.

Alberto calló. Eran mejor evitar las discusiones en aquellos momentos.

Volvieron por la cueva y doblaron por un pasillo débilmente iluminado. Sólo distinguían símbolos rúnicos pintados en las paredes. Pirámides y viejos barbados adornaban las paredes.

Doblaron por una bifurcación intentando encontrar la salida pero estaban perdidos en una gran encrucijada.

De pronto empezaron a aparecer grandes puertas de hierro. Intentaron abrirlas pero no tuvieron éxito.

Estaban a kilómetros bajo tierra y la reina Ekaterina estaba furiosa por haber sufrido tal humillación.

Habían estado caminando en silencio por un pasillo que no tenía antorchas cuando se escuchó una dulce voz:

- Qué tontos sois. Vuestro destino es morir.

Sintieron cuerpos a su alrededor y varios marinos gritaron de dolor, aullando en la oscuridad. El resto corrió.

No convenía luchar ahí ante el temor de herir a uno de sus compañeros. Todos corrieron, pese al hambre, el susto y la fatiga. Sentían gritos de furia a sus espaldas y ante aquel orgasmo de terror, Alberto se detuvo en seco. Cogió una de las antorchas. Se sacó la camisa y le prendió fuego.

- ¡Vamos! ¡Vuestras camisas!- bramó.

Algunos de sus compañeros le pasaron su ropa. Otros siguieron corriendo sin detenerse. Al cabo de unos segundos vieron como una pira de fuego había sido levantada en el pasillo, como una barricada.

Los marinos recién entendieron la idea de Alberto: Las sirenas le temían al calor y no pasarían por ahí.

En efecto, las sirenas se mantenían a una distancia prudente y varias cayeron abatidas por las armas de fuego de los marinos.

Los hombres explotaron de alegría. Las habían derrotado por el momento. De seguro volverían para acabar con ellos. Ni el fuego ni la pólvora de sus pistolas eran infinitos y debían ser precavidos. Siguieron caminando con la esperanza de encontrar a sus compañeros pero ellos no aparecían, a pesar de que un grumete imprudente gritó sus nombres, ante las miradas reprobatorias del resto. Al término de un pasillo se distinguían unos bultos.

- ¡Son ellos!-exclamó uno de los marinos, apegándose a los muros.

Sus cuerpos parecían formar un solo montón pero no sólo eran sus cuerpos lo que conformaban aquella lúgubre pila, sino que cuerpos de jóvenes sirenas coronaban su cima.

Los marinos, sin pensarlo dos veces, decidieron volver sobre sus pasos pero se escuchó un gran gruñido y detrás de la pila de cadáveres apareció un enorme ser: Su cuerpo era el de un gran mastín con patas que brillaban, pues sus garras parecían estar hechas de acero y su cabeza era la de un gran reptil. Aquel horror parecía medir dos metros de alto y llegaba hasta el techo del pasillo.

Los hombres sabían que sería imposible correr, así que ante una mirada que se dedicaron, se propusieron a luchar por su vida.

El ser sacó su gran lengua bífida y se abalanzó sobre ellos pero le dispararon causándole pequeña ronchas en su piel de mamífero. La criatura bramó y se abalanzó sobre uno de los marinos, el cual la esquivó de milagro. Al saltar la criatura expandía su cuerpo y se alargaba pareciendo volar con suavidad. Alberto aprovechó esto y al volver a saltar, él le arrojó la lanza de la sirena con todas sus fuerzas y esta golpeó al monstruo en el estómago, consiguiendo atravesarlo, algo que no habían hecho las balas. Éste cayó al piso y no se movió más. Los marinos corrieron, en una tormenta de frenesí que adornaba sus espíritus atribulados.

Al poco andar, escucharon una melodiosa voz.

*La luna, Lunalia
le regaló al Padre Sol
relojes de arenas
que un día te tejí.*

Buscaron el origen de aquel cántico y notaron que había muchas celdas en los pasillos. Todas ellas estaban vacías hasta que encontraron a quien cantaba aquellos versos en una celda llena de esqueletos. Era una sirena muy joven y bella. Sus cabellos rojizos y lisos caían sobre su espalda como una cascada de magia. No había reparado en la presencia de los marinos y seguía cantando como si nada ocurriera: Alberto y sus compañeros le hablaron pero parecía inútil. Los marinos comenzaron a golpear los barrotes de la celda pero ésta no cedía. Ante esto, Alberto blandió la lanza de las sirenas y logró romper un barrote. Hizo esto hasta que por abrió un hueco lo suficientemente grande como para que la mujer pudiera salir. Al resonar el último golpe de la lanza, la sirena les dedicó una mirada de ensueño y les dijo:

- ¿Quiénes sois?

Ellos le explicaron quiénes eran, de dónde y venían y cómo habían llegado hasta ahí. Ella los miró asombrados y dijo:

- Mi nombre es Alita y soy la reina de las sirenas del norte del mundo. Hace unos días, hubo una sublevación en mi contra. Una de mis doncellas, Ekaterina quería que yo contralara las mentes de mis súbditos para que estos trabajaran más y para que domináramos a los hombres. Yo me negué porque creo que la libertad es uno de los dones más preciados que puede haber y me asquearía meterme en la cabeza de alguien a hurgar en sus deseos y emociones. Me encerraron en esta celda y al parecer Ekaterina tomó el poder y ahora ella controla las mentes de las sirenas. Debido a que también soy una bruja pude protegerme y mi mente está libre de influencias externas. Y, por cierto, gracias por liberarme- le dijo a los marinos dedicándoles una sonrisa que a Alberto le erizó la piel pero no de miedo, sino que de fascinación. Sintió algo muy raro en el estómago que nada tenía que ver con el hambre.

- ¿Y qué haremos?- dijo uno de los grumetes- ¿Quieres que te ayudemos a derrotar a Ekaterina?

- Si no tenéis nada mejor que hacer, os agradecería aquello- repuso Alita.

- Sí, claro- replicó el grumete- Ya perdimos a muchos hombres y yo no quiero morir. Yo quiero... - pero no terminó la frase y agachó la cabeza ruborizándose.

- Ya os dije que creo en la libertad. Podéis seguirme o vagar por este laberinto hasta vuestra muerte a causa de tanta hambre y sed- dijo Alita mirando a los ojos al grumete que había dicho aquello.

Alberto y el resto se miraron con preocupación. Sin lugar a dudas, sólo les quedaba luchar ya que sólo así ellos podrían escapar de aquel espantoso lugar.

- Mirad- les dijo Alita- Esto es lo que haremos. Ekaterina le ha ordenado a las sirenas matar a seres que no tienen cola de sirena, así que si os disfrazáis, no habrá problema.

- Claro- repusieron los marinos- como si hubiera un almacén de ropa en este lugar.

- Por supuesto que lo hay- respondió Alita con calma, señalando los cuerpos de las sirenas que yacían en la pila de cadáveres del ser que tenía cabeza de serpiente.

A pesar de las quejas, los hombres habían cortados las colas de las sirenas con desagrado y ahora cada uno de ellos sostenía una gran cola.

- ¿Y cómo sabemos si tú no estás poseída por esa tal Ekaterina?- inquirió otro marino.

- Bueno, si lo estuviera ya te habría arrancado esa lengua y me la habría comido- le respondió Alita dedicándole una brillante sonrisa.

El resto sonrió y se sintieron muy tontos al sostener aquellas colas pero Alita les explicó su plan: Tenían que caminar arrastrando aquellas colas delante de él. Las sirenas los verían pero no sabrían que no eran sirenas porque contemplarían a seres moviéndose con colas y no a humanos. La idea era acercarse al trono de Ekaterina y quitarle su cetro. Sólo así, las sirenas despertarían de aquel embrujo.

Fatigados, sucios y con hambre los hombres siguieron a Alita por lo que parecieron horas hasta que llegaron a la estancia de la reina Ekaterina. Ella estaba centrada en el trono murmurando frases ininteligibles y sus súbditos no parecieron notar la presencia de extraños cuando ellos atravesaron el umbral.

Los marinos miraron temerosos alrededor. Diez sirenas armadas hasta los dientes custodiaban a la reina pero ellos siguieron su andar hasta el trono. De pronto, un dulce cántico inundó aquella estancia.

Era Alita y todos, hasta Ekaterina se quedaron petrificados ante tal cántico y sin perder la oportunidad, Alberto le arrebató el cetro y se lo arrojó a Alita. La cual al tomarlo, sonrió y lo clavó en el piso. Empezó a temblar y ellos, soltando las colas de las sirenas, la siguieron. Alberto vio por el rabillo del ojo a las sirenas guardianas huir a toda prisa por los túneles y al levantarse luego de caer, vio que Ekaterina mordía el cuello de Alita.

Alberto no lo pensó dos veces y le enterró la lanza de la sirena en el abdomen. Ekaterina le dedicó una maléfica sonrisa y cayó. Al tocar el suelo su cuerpo se transformó en una voluta de humo que ascendió formando el cuerpo de una serpiente y se desvaneció.

Seguía temblando y el recinto de derrumbaba. Alita les había indicado cómo volver al exterior, así que Alberto tomó su cuerpo y corrió por los pasillos que comenzaban a desmoronarse.

Al llegar al exterior vio a sus compañeros. De toda la tripulación, sólo quedaban cuatro integrantes, aparte de él y Alberto tendió a Alita sobre la hierba.

Sangraba mucho y los colmillos de Ekaterina habían sido clavados con fiereza en su cuello. Alita estaba casi desmayada y Alberto acarició su frente. Tenía fiebre y al parecer la herida era mortal. No podía permitirlo. Presos de la desesperación, corrieron al barco a buscar algún antídoto al barco pero no tenían como subir debido a la inaccesibilidad de las escalerillas y rampas luego de los temblores.

De pronto, Alberto sintió que en su mente alguien le hablaba desde muy lejos.

- "Dame eso que los humanos llaman menta".

- ¡MENTA! ¡NECESITO MENTA!

Dos horas más tarde, Alita estaba sentada junto a ellos hablando de lo acontecido.

- Fue un milagro el poder comunicarme contigo a través de mi mente. Sólo puedo hacerlo con personas que están muy ligadas a mí. Sólo pude hacerlo con mi madre en una determinada ocasión pero nos costó muchísimo- dijo mirándolo sorprendido.

Enterraron a sus amigos caídos en batalla, bailaron y bebieron al son de la música de tritones.

Alberto se acercó a ella movido por algo que no tenía nada que ver con el hechizo de las sirenas y la besó, enamorado de su cuerpo, de su alma, de su espíritu de sirena con la cual esperaba escribir la leyenda de amor de su vida en las páginas del mar junto a ella... ¡Para ellos siempre sería hora de aventuras.

Adiós

Autor: Perceval

La luz de la Luna, filtrada por un sutil velo de nubes pasajeras, iluminaba apenas. El joven Besnos, seguía un rastro en la oscuridad. No acostumbraba perseguir presas durante la noche, pero esta vez lo atraía un aire distinto. Un algo, un espeso olor florido, una brisa pesada, una insomne vitalidad, le impedía estarse quieto en casa. El tiempo pasaba sin pasar. Decidió por tanto, tomar su arco, su carcaj y salir de su cabaña. Las estrellas y los contornos. Todo parecía reposado en el monte, y sin embargo, una enigmática tensión se insinuaba. "¿Qué tenemos? ¿Qué hay?" se preguntó expectante, respirando hondo, pero luego se propuso concentrarse en la cacería. Siempre resultaba un buen remedio para su mente dispersa.

Localizó, un momento después, lo que identificó como huellas de ciervo sobre la floresta y apuró el paso. Pero ¿por qué la insensatez? ¿Por qué la prisa? El hecho es que ahora corría, motivado por una carrera loca dirigida a ninguna parte. Corría, así, sin razón alguna, cuando después de un rato algo lo distrajo: percibido de pronto, por el rabillo del ojo, un tenue resplandor azul claro detrás de una colina. Esta luz extraña y etérea no se parecía a nada de este mundo y le hacía temblar; aunque no sólo por miedo. En plena noche se sentía ahora más despierto que nunca y toda su atención se fijaba en aquella luz. Le atraía tan fuerte como el destino inevitable. Terrible y dulce a la vez. Pavoroso y fascinante. Se acercó entonces, a tropiezos trepando la colina lo más rápido que pudo, para descubrir el origen de aquello, hasta que, con el aliento entrecortado, al fin pudo ver.

El mar estaba allí, la playa, las olas y las gaviotas. "Qué diferente es el mar por la noche", había pensado otras veces. Pero esta noche era diferente a todas las otras noches. Esa luz azul que lo inundaba a todo y detenía el paso del tiempo. Y luego, ¿cuán luego?, pudo descubrir la fuente de donde emanaba. Allá a lo lejos una mujer vestida de un largo vestido blanco, pequeña a la distancia, pero nítida en la orilla de la playa, estaba rodeada de este resplandor azulino ¿sería ella la que lo irradiaba? En ella brillaba con mayor intensidad. Besnos, inmovilizado ante esta visión, dudaba si se trataría de un espectro. Pero aún si lo fuera, juzgaba encontrarse ante la más alta de todas las bellezas posibles. No se veía claramente, pero ahí estaba, una joven de cabello oscuro y alargado cuerpo. De pie sobre la arena, como si flotara, recibía las olas en sus pies descalzos. Alzó ella un delgado brazo, con una gracia indecible, y de pronto se vio venir un bote que, muy lentamente, se le acercaba. Una pequeña embarcación, casi plana, pero de alta quilla, y sin remador, que se acercaba por sí sola. "Viene por ella, va a llevarse a la mujer azul", piensa; "¡No otra vez!", se oye suplicar en voz alta. Pero luego se pregunta "¿Por qué digo, otra vez?". No recordaba haber visto nunca algo como esto, y sin embargo, la herida en el corazón era el eco de un

lejano recuerdo ya olvidado. Volvió entonces a su memoria, para revisar en qué momento de su vida había contemplado a esta mujer y qué era lo que en él se lamentaba.

“Recuerdo y no recuerdo; la memoria es un pozo infinito” se dijo y retornó en su interior, buscando el fondo de su propia vida como un rayo. Y los múltiples retazos de un espejo roto se le presentaron como una sola imagen. Se vio una vez de pequeño, en la lejana infancia, caminar de la mano de su padre. Seguía, en medio de una densa niebla, los pasos firmes y veloces de este hombre que le parecía un gigante. No veía nada, pero se sentía seguro ¿Adónde iban? No lo recordaba, pero revivía ahora la angustia del momento en que se soltaba y perdía la mano de su padre. Ahora estaba solo, perdido en medio de esa masa blanca y uniforme que hacía cada paso un mayor extravío. Lloraba ruidosamente, hasta que después de largos minutos, a lo lejos, descubría la luz de las antorchas y luego voces: su padre y otros adultos lo buscaban llamándolo. Las luces lo habían salvado, pero ¿era esa la luz que le hería el alma?

Luego otra imagen acude a su mente. Tambores a lo lejos, luego flautas y cantos. Lluve y ve retornar marchando a los soldados de su pueblo. Habían sido vencidos en la guerra, algunos caídos, muchos heridos. Pero sus rostros mostraban un temple altivo y orgulloso mientras entonaban himnos patrios. Besnos recordó estas otras lágrimas, que no eran solo de tristeza, que volverían unas pocas veces más en su vida. Truenos, relámpagos, tambores, flautas, banderas, y el brillo en las armaduras. ¿Era esa la luz que le hería el alma?

Múltiples fragmentos de su vida se suceden ante él. Esa joven de otro pueblo, a la que nunca volvió a ver. El instante exacto en que capta “yo existo de verdad”, y el momento se le escapa. Las risas entre amigos y el “vuelve pronto” que le dijo alguno cierta vez. Un arrullo más lejano. Asomarse al borde del abismo. Ese fogón que le confortó y expandió el espíritu. Un amanecer más claro que todos los rocíos... ¿Algo de todo esto era la luz?...

De pronto, con lágrimas y como despertando, vuelve a lo que observaba. El pequeño barco ya está llegando a la playa y la mujer se apresta a subir a él. Besnos, lleno de tristeza, se esfuerza en correr hacia ella pues sabe que su partida no tendrá regreso. Va llegando a ella y logra llamar su atención.

“Amiga” la llama, y ella lo mira a los ojos con calma y le sonríe, y con esa sonrisa el alma de Besnos queda en completa paz. La mujer se retira lentamente y él la contempla alejarse. La deja partir y permanece aún un largo rato mirando y oyendo el mar, recibiendo tranquilo la fría y húmeda brisa. Luego, de regreso, en el camino también ve al ciervo al que seguía el rastro en un principio y pasa de largo a su lado. Una vez en casa, reposa en su cama. Sopla su vela. “La sonrisa es la promesa”, se dice, y se queda dormido.

Corazones de Piedra

Autor: Alhue

Eran tiempos hostiles, las guerras que azolaban la región de Tuhar se remontan a tres generaciones atrás, después de que cayera el imperio Draguius de Oriente las revoluciones consiguieron avanzar mas allá de las fronteras del oeste y las guerrillas aumentaron en Occidente. Se multiplicaron la cantidad no natural de muertes y eso elevo las energías sobrenaturales en la tierra, los ancianos dicen que estas energías empiezan a alimentar a los espíritus de la naturaleza y que por eso los cambios climáticos y la intensidad de estos ya no son los de antes, generando así un desequilibrio en estas tierras. Guerras anteriores así lo han demostrado pero después de un tiempo volvían a su orden original, no así ahora. Las cosechas han bajado y el alimento ha empezado a escasear en ciertas partes, lo que esta

desesperando a la gente de esas regiones, pero como consecuencia de nuestros actos, nuestro propio castigo tiene una luz de esperanza, recalcan los chamanes de la región ya que los grandes espíritus del orden mandaron desde su morada ciertos "dones" para calmar a los espíritus que han sido afectados por estas energías alteradas. Pero esto no era mas que un plan engendrado por los grandes espíritus del caos, ciclo redundante para poder llevar el desequilibrio al mundo con dichas guerras y ellos poder reinar a lo que apelan por derecho en lo que las leyendas cuentan como "la antigua disputa de los grandes espíritus del universo". Se dice que hicieron esto para encontrar los dones de los espíritus del orden y utilizarlos para si, ya que estos no podían fabricar los suyos por la maldición que los otros les pusieron en la primera gran guerra del cosmos, eso relatan las antiguas historias. Esto lleva ocurriendo cada cierto tiempo sin éxito. Muchos dicen que son solo historias, parte del folklor o simplemente inventos para esperanzar o desconcertar a la gente, pero hay otros que se aferran ciegamente y predicar los cambios que se avecinan. En lo personal creo que intentan en enseñar a los habitantes de esta tierra a caminar por buen paso y que por ese motivo suceden estas cosas cada vez que se producen situaciones de conflictos bélicos.

No paso mucho tiempo y la tercera generación empezó a buscar los dones (por lo menos los mas creyentes) y se pillaron con una sorpresa, los dones existían y sus formas eran piedras de colores fantasmagóricos. Los rumores se esparcieron rápidamente por toda la región, pasando las fronteras y antiguas caravanas de viajeros revivieron producto de esto, el clima en ese entonces ya era algo a lo que te podías acostumbrar en pocos días, mi familia al enterarse de esto solo siguieron con la rutina de siempre, esforzándose cada vez mas para poder mantenerse en pie y combatir la catástrofe que nos azolaba. Mi tío Serri en el puerto de Ior nos comunicaba que el mar se había llevado varias vidas a sus aguas, que la pesca estaba muy peligrosa y que los marineros ya no querían hacerse a la mar, dice que producto de lo mismo, dos de sus camaradas perdieron la vida, nosotros le comunicamos que nuestras cosechas mas de la mitad se ha perdido y que los animales se están desesperando y se han vuelto mas agresivos o han sido devorados por bestias salvajes que migraron desde las tierras del este de Dur, donde también se dice de aquellas criaturas míticas que pueden hablar lenguaje de hombres, bestias, los verdes y rojos orcos, los altos diurnos y nocturnos y lafkenches (gente pequeña como los gnomos, goblins, duendes o enanos).

Fue así que un día buscando plantas medicinales para algunos animales enfermos de nuestra granja lo encontré, la esencia materializada del espíritu de la montaña que nuestras canciones a el dedicadas se cantaban para bendición de la tierra, encargado de hacer fluir el gélido viento y las aguas de los arroyos. Me encontraba en la falda de la montaña, siempre oí historias pero jamás vi algo hasta ahora, los espíritus se hacían visibles y la gente les temía, los mas sabios los admiraban y los creyentes les rendían culto. Yo me quede estupefacto y veía como me observaba entre el fluir de un arroyo que estaba a poca distancia de mi, luego recapacite y me pregunte del porque no estaba en lugares mas alto, donde la gente comúnmente suele mencionar, ¿qué es lo que hacia por aquí? fue ahí cuando comencé a sentir miedo, pues empezó a acercárseme y no podía moverme, el frio se apodero de mi cuerpo y fue entonces cuando de sus manos grandes y deformadas salió un cristal azul el que lo puso en mi frente y se fundió congelándome y escarchando el lugar. Cuando desperté estaba todo cubierto con una especie de roció, era la escarcha derretida, no entendía nada, no sabia que me había pasado y fue cuando note algo inusual en mi brazo, me remangue las ropas y estaba ese extraño tatuaje. Desconcertado tome mis cosas y me marche a casa un poco aturdido, en el camino me tope con un pequeño grupo de viajeros de cuatro personas a los que ayude a encontrar su camino en dirección a la montaña, aun que me tiritaban las palabras y no eran fluidas, mas bien pausadas. Se notaban ansiosos y apurados, sus vestimentas no eran de estas partes y su acento tampoco, uno de ellos me quedo observando todo el tiempo, quería algo, lo buscaba con la mirada pero resignado no pudo mas que seguir al grupo sin hacer ninguna acotación. Seguí mi camino, parecía ser que estaba muy activo el flujo de personas por los caminos así que acelere el paso, no podía dejar de pensar mientras caminaba en aquel espíritu y el tatuaje que me

dejo, mientras mas le daba vuelta no entendía nada. Llegando a casa no comente lo sucedido, pues no sabia como reaccionarían a esto y me dio miedo así que lo oculte.

Al llegar la noche todos con regularidad normal nos fuimos a dormir, pero yo no podía conciliar el sueño, como si me hubiera tomado mas de cinco tazas de café, así que decidí ir a dar una vuelta pues la luna estaba llena e iluminaba todo el campo, sentí la necesidad de ir al arrollo de donde obtenemos el agua y me quede observando el reflejo de la luna. No sé cuánto tiempo había pasado, pero la luz anaranjada y titilante me despertó pues me había quedado dormido. Volviendo en si deslumbrado aquel brillo infernal que espantaba la luz lunar con su impío resplandor intensificando la oscuridad de los alrededores, la granja se estaba quemando, solo se escuchaba el sonido hambriento de las llamas devorándolo todo, no entendía que había pasado y al mirar bien, enfoqué mi visión en cuatro sombras que miraban el espectáculo en primera fila, como asegurándose de que todo ardiera hasta quedar en cenizas. Eran ellos, el grupo con el cual camino a casa me había topado, forcé mi vista con el viejo truco del abuelo y vi sus rostros confirmándolo, pero sus expresiones eran de disgusto, luego no recuerdo bien lo que paso, son imágenes oscuras dentro de mi cabeza y estaban mis ropas manchadas de sangre, cuando recapacite estaban dos figuras arrancando y mi brazo tatuado lo sentía frio, mire luego a mi alrededor y vi dos cuerpos en el suelo, eran los del grupito, no sabía que pasaba, pero juzgando lo que estaba ocurriendo no fue muy difícil adivinarlo, solo la incertidumbre de no saber como paso. Con temor me acerque a uno de ellos, imposible que hubiera sobrevivido, estaba con el vientre desgarrado, el otro con el brazo arrancado aun gemía lastimosamente. Le pregunte al resplandor de las llamas que seguían consumiendo la casa el por qué lo habían hecho, pero como era de esperarse no me respondió y mi cólera se encendió nuevamente, esto es lo que había pasado anteriormente pues las imágenes me llegaban a la cabeza en forma de relámpagos. El espíritu tomo posesión de mi cuerpo y el tatuaje comenzó a iluminarse con un azul espectral. El solo se dejaba llevar por mis emociones pero algo detuvo su actuar y me fui congelando, el mundo cambio y se transformo visualmente. Nunca tuve semejante experiencia, este era el reino espectral y la situación que estaba viviendo abrió una puerta a la que entre sin remedio alguno y los flujos de luces comenzaron a girar alrededor mío invadiendo mi mente hasta que su luz desbordaba por mis ojos y fui devuelto al lugar del que venía. El tipo que interrogaba ya no estaba pero la casa seguía consumiéndose. Las lagrimas barrían la suciedad de mi rostro, pero sabia que no podía hacer nada ni quedarme mucho tiempo, una extraña fuerza me impulsaba a avanzar. La luna aun reinaba majestuosa y era la perfecta guía para esta noche que fragmento mi alma.

Ellos venían por mi, me buscaban y lo sabia, mas sus intenciones me eran desconocidas y además manejaban información que me era ajena. Camine largo rato por el bosque llorando tan fatídica perdida, mi corazón no aguantaba tanto dolor, no lo asimilaba. Unos instantes atrás compartíamos todos juntos y ahora solo queda el amargo olor del humo que se había impregnado en mi ropa.

Pase por pequeños pueblos, guiado siempre por el espíritu de mi brazo derecho, no hice preguntas, no puse obstáculos, no me queje solo seguí, pues mi mente no se encontraba ya conmigo. De repente llegamos a un huerto repleto de verduras y hortalizas que parecían no estar afectadas por el extraño comportamiento del clima. Consumí desesperadamente algunas hortalizas y tubérculos crudos pues llevaba dos días sin probar nada mas que agua y me recosté en un gran árbol que estaba cerca, podía ver sus frondosas ramas repletas de hojas, nidos con pajarillos en ellos y como se dejaban acariciar por la brisa que pasaba sin detenerse y fue cuando y reflexione sobre lo que había pasado, recordé que la noche anterior el espíritu me había dicho su nombre verdadero y la razón de todo esto, al final la culpa de todo solo era mía, pues aquel grupo solo buscaba al espíritu y el no podía abandonar su guardia, pues cuidaba el lugar sagradamente pero, esta vez era todo diferente, pues sintió miedo, sabia lo que le pasaría si lo capturasen y vio la oportunidad perfecta en mi. Quizás su conciencia lo motivo a contarme lo

sucedido y a revelarme esos secretos prohibido para la mayoría de los humanos pero que sin embargo a las que otras especies y razas no estaban vetados.

Tras reposar un rato bajo aquel gran árbol en la cercanía me quede dormido, al momento de despertar vi una pequeña y extraña silueta frente a mi que me observaba curiosamente. Sus atuendos eran muy elaborados pero se notaba el desgaste que tenían, quizás por los años o lo descuidado que era. Parece que estaba por lo mismo que yo, robando comida, se aproximó a mi con cautela hablando sin parar.

—Amigo me presento, soy un gnomo errante, del bosque de Uduru, la tierra mágica de la naturaleza y mi nombre es Darrdden el tercero, ya que anteriormente en la familia hubieron dos antes que yo con el mismo nombre, solo por eso, pero te preguntaras del por que estoy tan lejos, pues ya que insistes te diré —Dijo todo y solo con una bocanada de aire, pensé que estaba loco, pero no, ese enano me hablaba como si de siempre nos conociéramos, ni mi huésped ni se inmutaba por la presencia de este ser y parece que le agradaba, seguramente no había nada que temer, mientras hablaba no podía hacer mas que inhalar y exhalar resignado a escuchar— que mi familia dice que soy una vergüenza para ellos por no poder construir, armar, reparar cosas, lo que sea, cualquier cosa, como lo hacen todos. Dicen que eso de la magia es solo para holgazanes ociosos que no saben que ocupar su tiempo, así que decidí emprender camino, mas no saben que es agotador estudiar arto—. En ese momento comprendí que el comprendió que estábamos en igualdad de condición y que pretendía que nos uniéramos en algún viaje aventurero en busca de algo, lo que sea, pero la verdad no tenía intenciones de seguir camino con compañía y fue así como le empecé a interrumpir:

—Espera un poco, dime ¿que quieres? —le pregunte rebajándole la importancia a todo lo que me había dicho.

—Si crees que soy solo un lafkenche de pacotilla estas muy equivocado, te comentare que el verdadero motivo del que no este con los míos es porque me temían, les daba miedo y eso no lo soportaban —lo dijo de una forma muy egocéntrica para su condición que me eché a reír levemente.

—Esta bien, pero que sacas con seguir mi camino, no sabes hacia donde me dirijo ni mucho menos mis intenciones —le hable desinteresadamente mientras veía las ramas moverse junto a la brisa de ese momento.

—Nada de eso mi amigo —dijo con una seguridad y seriedad que me hizo prestarle atención solo bajando la vista pero mi cabeza aun apuntaba hacia arriba—, se lo que te paso y se que puedo ayudarte, pues yo al igual que tu soy uno de los que recibio el don de los antiguos y grandes espíritus del orden y la rectitud —me estremeció aquel comentario lo que me hizo bajar bruscamente la cabeza.

Decidimos pues emprender camino mientras me relataba historias de su pueblo y su comunidad, como se intereso por la magia y como termino junto a mi. También me conto que la piedra que yo tenía era una muy rara y de la que tenían conocimientos algunos, también intereses de por medio y que debía protegerme a toda costa ya que harían lo que fuese para poder obtenerla. Mi piedra era una de las mas raras y una de las mas importantes, y debía llegar al valle sagrado de Idur donde las piedras flotan en círculos, donde la tierra es libre de las sombras espectrales pero que la maldad de las criaturas no es impedimento para que estas practiquen sus hechicerías, es ahí donde la solución marcara el fin de este caos o lo intensifique.

Mientras avanzábamos nos topamos con varias dificultades, pero siempre el pequeño Darrdden interfería primero para que yo no luchase, parece que su misión se lo tomaba muy apecho, como si de toda la vida me conociese para protegerme arriesgando la suya. Algo mas tenía que haber, que es lo que quería

conseguir, mi mente comenzó a cuestionarse ciertas cosas que me empezaron a mantener incomodo, o quizás solo era el delirio que me producía todo esto, todo lo que me afectaba como la muerte de mi familia, la sed de venganza que se acrecentaba en mis pensamientos, el poder que se me concedió, precio mas que pagado creía yo, los espíritus después de todo no daban nada gratis, si es así, que es lo que tubo que pagar Darrdden por su don, no me ha contado eso.

Llego el día en que pasamos la ultima frontera antes de llegar al Idur y el camino era realmente malo, el avanzar entre tantas rocas y arbustos espinosos era enfermante, hasta que divisamos un rio, el que se supone es el guía para encontrar el valle, pero como era de esperarse había sido todo muy fácil hasta ese momento, por lo que un poco de dificultad no podía faltar y es en ese momento donde salen tres sombras entre medio de grandes arbustos y como no iba a reconocerlos, fue cuando mi colera se volvió a encender, pero antes de que siquiera pudiera perder el conocimiento, Darrdden se adelanto y conjuro de forma fuerte y estridente utilizando para ello la piedra bajo su control, la que amplificaba sus poderes y del cielo pequeñas lenguas de fuego se asomaron para acariciar a nuestros enemigos. Angueku se calmo y el tatuaje bajo su intensidad lumínica, pero el frio aumento. Los tres rieron y desde las sombras de sus ropajes aprecio un horrible espectro que les protegió de aquellas lenguas de fuego.

—No eres el único con trucos bajo la manga —dijo ironizando la frase aquel que le faltaba un brazo—, pero esta vez las cosas van a cambiar drásticamente maldito insecto.

Supe que se refería a mi, por lo que le había hecho, pero el gnomo estando en primera fila se tomó el cumplido haciéndolo enfadar y convocó así las fuerzas ocultas de su extraña magia, su ira lo domino y el espíritu de su piedra tomo posición de él. No queda mucho que decir, aquel espectro sabia que ahora no era rival y se separo de ellos dejándolos a su suerte, cosa que lo libro de ser "aniquilado". Pero en el momento que el gnomo lanzaba su ataque encolerizado, dejo una brecha abierta en la cavidad de su alma, lo que el espectro aprovechó para inmiscuirse dentro de él, fue así como el primer gran espíritu del caos controlo uno de los preciados dones de los espíritus del orden, fue así como puedo también expulsar el alma de Darrdden el cual absorbí sin saber como. Esta sería la batalla de las posesiones, la que definiría el destino incierto del mundo y sus razas, pero no seria la ultima batalla...